

III CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL « QUIJOTE »

FIESTA LITERARIA

EN EL

INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO DE VALENCIA

8 de Mayo de 1905



FIESTA LITERARIA

CELEBRADA POR EL

INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO

DE VALENCIA

PARA CONMEMORAR EL III CENTENARIO

DE LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO INMORTAL

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

DISCURSOS, DISERTACIONES Y POESÍAS

VALENCIA—1905

IMP. DE MANUEL ALUFRE

FELICERS, 6





RECUERDO DEL TERCER CENTENARIO DEL QUIJOTE





Fiesta Literaria, organizada
 por el Claustro del Instituto Se-
 neral y Técnico de Valencia, para
 conmemorar el tercer centenario de la
 publicación de «El Quijote», que se
 verificará en el Paraninfo de la Univer-
 sidad Literaria de esta Ciudad. * * *

PROG

- 1.º **LAS ALEGRES COMADRES**, de Winssor (overtura), Nicolai, por el **Sexteto Bellver-Calvo**.
- 2.º **Discurso** por el Catedrático D. Vicente Calatagud y Bonmatí. **Consideraciones sobre «LA POBREZA DE CERVANTES.»**
- 3.º **MARCHA NUPCIAL** (Lohengrin), Wagner.
- 4.º **Lectura** de trabajos realizados por los alumnos de la asignatura de Lengua Castellana, correspondiente al 1.º curso del Bachillerato.

RAMA

- 5.º **FIESTA BOHEMIA**, Massenet.
- 6.º **Lectura** de trabajos realizados por los alumnos de la asignatura de Historia general de la Literatura, correspondiente al 5.º curso del Bachillerato.
- 7.º **Discurso** por el Catedrático D. Saturnino Milego é Inglada.
- 8.º **CORNELIUS** (marcha), Mendelssohn.
- 9.º **Discurso resumen** por el Ilmo. Sr. Director de dicho Centro D. Pedro Aliaga y Millán.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulación, libres y exentos:

CERVANTES.

8 de Mayo de 1905.

Imp. de M. Alufre.

DISCURSO DE D. VICENTE CALATAYUD





La pobreza de Cervantes

SEÑORES:

BIEN ha merecido de los amantes de las glorias nacionales el popular escritor Mariano Cavia, que en momento de feliz inspiración concibió y dió á luz la idea de celebrar el tercer centenario de la aparición del libro inmortal *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*. Apenas anunciada, fué acogida con simpatía por la opinión pública, y no tardó en apoderarse de los ánimos y dominar en ellos como invencible sugestión. Es que el pueblo español, abatido por desgracias recientes, sentía nostalgia de su grandeza pasada, y el nombre de Cervantes, que es una de sus glorias no marchitas y tantas otras recuerda, sonó en sus oídos como voz de esparcimiento en las tristezas presentes, y como llamada de esperanza en lo porvenir. La simpatía del primer momento trocóse muy luego en entusiasmo caluroso, que llegando hasta el Poder público, inspiró la R. O. del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, en que el Ministro, interpretando el general deseo, recomendaba la celebración de actos literarios y artísticos en todos los centros docentes, para conmemorar aquel acontecimiento se-

ñalado con piedra blanca en los fastos literarios de la nación española: Universidades é Institutos, Escuelas públicas y privadas, Academias y Ateneos, Liceos y Colegios han competido por dar solemnidad á estas fiestas, noble expansión del espíritu nacional que vive y alienta en las sabrosísimas páginas del *Quijote*, como vivía y alentaba en el alma de su autor, el nunca como se debe alabado *Miguel de Cervantes y Saavedra*. Doquiera se habla la lengua en que fué escrito *El Ingenioso Hidalgo*, y aun en pueblos donde se habla lengua distinta, resuena hoy con elogio el nombre del que justamente comparte con Castilla el derecho de dar apellido á la lengua de los españoles.

No ha desmentido Valencia en esta ocasión su tradicional entusiasmo por Cervantes, de que son monumentos imperecederos la 2.^a edición del *Quijote* hecha en nuestra ciudad el mismo año que se imprimió la primera de Madrid, y la bellísima comedia *D. Quijote de la Mancha* de nuestro Guillem de Castro, compuesta dos años después.

Un número, aunque modesto, del festival que dedica á honrar la memoria de nuestro héroe, es la velada que celebramos. El claustro que la preside acordó que los alumnos de *Lengua Castellana* y el que os dirige la palabra, como encargado de su enseñanza, compartiéramos con los de *Historia literaria* y su profesor el papel de mantenedores de este certamen. En cumplimiento, pues, de tal acuerdo, me levanto para dar una nota, siquiera inarmónica por lo que á mí toca, en el general concierto de alabanzas al insigne español que con la espada y con la pluma supo conquistar inmarcesibles laureles para sí y para el suelo donde nació; el cual siente orgullo de su *Manco de Lepanto*, autor de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, «honra, no solamente de su patria, sino también del género humano». (Bowle, *Anotaciones al Quijote*).

No he de ocultar, señores, el desasosiego que siento al tener que hablar del Príncipe de los Ingenios, y haber de hacerlo en presencia de maestros respetabilísimos por su

ciencia, y delante de escolares dignos de tales maestros; mas este temor es la mayor alabanza que de cuanto yo diga podrá resultar á Cervantes y el mayor homenaje de respeto que puedo tributaros á vosotros; porque tal temor, que acompaña siempre á la percepción de lo sublime, sólo se produce en el alma por la contemplación de algo extraordinariamente grande, por donde el que ahora me asalta viene á ser espontánea y auténtica revelación de la magnitud de la causa que lo engendra; no de otra suerte que los temores y zozobras de los que navegan, dan testimonio de la imponente grandeza del mar, que hace sentir la propia pequeñez á quien se atreve á surcarlo sobre débil quilla.

No voy á reseñar la vida de Cervantes por ser háрто conocida; sólo quiero notar una circunstancia de ella, la *pobreza*, su compañera inseparable de la cuna á la mortaja. Cuenta el licenciado Francisco Márquez de Torres, censor eclesiástico de la segunda parte del *Quijote*, que preguntado por unos caballeros franceses que formaban el séquito de cierto embajador de aquella nación, acerca de la «edad, profesión, calidad y cantidad» de Cervantes, cuyas obras hasta entonces publicadas se sabían casi de memoria, hubo de decirles que era «viejo, soldado, hidalgo y *pobre*». Y como uno de los interlocutores respondiera sorprendido de que «á tal hombre no le tuviese España muy rico y sustentado del Erario público», otro caballero contestó con mucha agudeza: «*Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo*». Así fué, y bien podemos nosotros bendecir aquella pobreza que apretó á su ingenio y le hizo sacar el inapreciable tesoro con que enriqueció las patrias letras.

No lo estiman así muchos que, tomando pie de esta circunstancia de su vida y como si quisieran hacer resaltar con el desdoro de la nación el mérito del escritor, mezclan con sus elogios á Cervantes acerbísimas censuras injuriosas para España, con mengua y olvido de aquel sentimiento

que el gran orador romano llamaba *pietas in patriam*—*piedad para con la patria*. ¡Cómo si la gloria del autor de *La Galatea*, de las *Novelas ejemplares*, del *Persiles* y, sobre todo, de *El Ingenioso Hidalgo* no pudiera sostenerse ni brillar sino á favor de las sombras y negruras que nublen el claro cielo de nuestro noble pueblo! Yo no suscribo á tales censuras ni á ellas suscribiría Cervantes; antes bien sus manes rechazarán piadosos las alabanzas que se le dirijan envueltas en el oprobio de la patria. Nunca brotó de su pluma recriminación alguna contra ella, y si á veces su gran corazón, siempre sereno y jovial, se sentía oprimido por el peso de la desgracia, á sí mismo, que no á otros culpaba de sus infortunios.

Alguien ha dicho ingeniosamente que Minerva unge á sus devotos con un aceite mágico que confiere órdenes de gloria con imposiciones de hambre y harapos. Parece, en efecto, disposición secreta de la Providencia que los hombres de talento extraordinario y de virtudes superiores han de pasar por la tierra devorando privaciones y apurando amarguras. Ciego y pobre fué el autor de la *Iliada*; el del *Paraíso perdido* terminó su vida en un barrio obscuro de Londres, sin más recursos que el escasísimo producto de sus versos vendidos por sus hijas; y no gozaron de mejor fortuna Weber y Mozart en Alemania, Moliere en Francia, Dante en Italia y Camoens en Portugal. Edgardo Poé, gran poeta de los Estados Unidos del Norte, arrastró una vida miserable, y Becker, el Tirteo de Germania, Chénier, Gilbert, Hoffman fueron infelices. No hay nación que no ofrezca ejemplares de esta guerra del mundo á los hombres que son honra y gloria de su raza, y de cada una podría decirse lo que se ha dicho de Irlanda: *Hibernia semper incuriosa suorum*.

¿Por qué, pues, atribuir á vicio imputable como característico de España lo que es fenómeno general sujeto á la jurisdicción de una ley de la Historia, que los gentiles divinizaron en la diosa Fortuna, los cristianos llamamos Provi-

dencia, y cuyo misterio tiene tal vez su revelación en aquel «*nadie es profeta en su patria*» salido de labios divinos? Lámentense, en buen hora, las privaciones y desengaños que amargaron la vida del Príncipe de los Ingenios, como amargaron la de tantos otros varones ínclitos por su talento ó por su virtud; pero si á censuras vamos, no sabemos qué las merecerá mayores y más acerbas: si lo incurioso ó lo avaro de otros tiempos en conceder públicos honores á los hombres de mérito sobresaliente, ó lo fácil y pródigo de los nuestros en darlos inmerecidamente á tantos necios que los mendigan y los obtienen con desdoro de las letras, mengua de la ciencia, ruina de las costumbres é injuria al verdadero mérito. En aquellos tiempos—dice discretísimamente Valera,—«si el soberano sacaba á veces del lodo á validos indignos y necios, éstos no eran tan inestables y ni remotamente tan numerosos como los que hoy levantan los partidos; por donde no hay nadie por ruín y para poco que sea, que no se juzgue en potencia propincua de escalar los primeros puestos, y con el derecho de infamar á los que mal ó bien los ocupan y estorban el logro de su deseo» (1).

Apena el alma leer lo que á tontas y á locas se dice y repite de esta nobilísima nación, por si Cervantes no tuvo la protección que debió, por si no fué conocido y premiado su mérito tan pronto como fuera justo, por si murió obscurecido y fué sepultado en humilde tumba! Tengo guardados varios artículos y no corto número de composiciones en verso escritas en honor de Cervantes, y apenas hay alguna que á vueltas de las alabanzas á nuestro héroe, no contenga frases mal sonantes para España. En una escrita en décimas, leo:

«También mártir supo hacerte
»La ingratitud española».

(1) *Discurso* leído en la Real Academia Española, en 15 de Septiembre de 1864.

En otra compuesta en redondillas, que nada tienen de cervánticas, se expresa así su autor:

«Es la patria de Cervantes!

• • • • •
La que á esos genios gigantes
En triste pago condena
A Colón á una cadena,
Y á la miseria á Cervantes.

La que quizá á algún enjambre
De necios llenó de honores,
Cuando harto ya de dolores
Moria Cervantes de hambre.

En sus últimos instantes
Al pie de la sepultura,
¡Oh patria! con qué amargura
Debió mirarte Cervantes!»

¡Así, señores, se fantasea por tener el triste placer de maldecir de la patria! No revela tal estado de ánimo imaginado por el autor de esos versos, la carta que después de recibida la Extremaunción, cuatro días antes de morir, escribió Cervantes al Conde de Lemos. En cambio sentirá ahora amargura oyendo pronunciar su nombre para hacer de él piedra de escándalo en vilipendio de su patria. Aparte que no es cierto, en absoluto, el abandono que se supone, y de ello da testimonio el mismo Cervantes:

«Viva, dice, el gran Conde de Lemos, cuya Cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie; y vívame la suma caridad del ilustrísimo Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Nevulgo. Estos dos príncipes, sin que lo solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que

si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.

La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede nublar á la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechura, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por consiguiente favorecida». (*Prólogo de la 2.^a parte del Quijote*).

Así pensaba Cervantes y así sentía de la pobreza; no como le presentan espíritus estrechos que no alcanzan la elevación de su alma y la grandeza de su corazón, templado al calor de una educación cristiana y piadosa, que le sostenía tranquilo y resignado en sus desgracias, sin que fuesen bastante á moverle los reveses de la fortuna ni la malquerencia de sus rivales. «Si se atiende—dice un eminente crítico—á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el *Quijote* viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira».

No acepto, sin embargo, el parecer de quien, para sincerar á España de la nota de indolente é ingrata, ha tomado á empeño negar á Cervantes su miseria y sus desgracias, sin advertir que con esto le quita la joya más preciosa de su diadema y el brillo más puro de su gloria. No hay verdadera gloria sin desgracia; el infortunio es el hoplita que les va abriendo el campo á los varones esclarecidos, es el dragón que guarda las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides: quien desee apoderarse de ellas á todo trance, ha de pelear con ese monstruo y vencerle en singular batalla; y puesto que le venza, no ha de salir sino chorreando sangre el cuerpo, el corazón herido, el alma ensayada al fuego.

Cervantes tuvo enemigos, tuvo envidiosos que le persiguieron. Siempre la envidia ha puesto su asiento junto al mérito y la virtud. Donde quiera surja un Sócrates, se le-

vantarán para acusarle Anitos y Melitos; para un Homero no faltará jamás un Zoilo; un Virgilio tendrá siempre Mevios que le insulten y Bavios que hagan fisga de él y le escarnezan. La envidia es la primogénita de las ruines pasiones. Su estrategia en todo tiempo ha sido oponer los ingenios mediocres á los superiores, procurando que del ensalzamiento desmedido de los primeros resulte la desestimación que los envidiosos ansían para los segundos. Esta táctica es de hayer y de hoy. ¿Se ve á uno que pueda prevalecer por su talento ó por su virtud sobre los demás? Allí están todos unidos con los lazos del odio para echarse sobre el atrevido que tiene la avilantez de ser más que ellos: le negarán el talento, la virtud y el mérito que con generosidad conceden al primer mediocre ingenio que se preste á hacer su infame juego: á Petrarca opondrán un Serafín Aquilano, á Racine un Pradrón, á Cervantes un Avellaneda.

Es esta antilogia como el testimonio de lo avieso y torcido de la humana condición en el estado de nuestra naturaleza caída; es la revelación del misterio del pecado original. El hombre virtuoso dado á la práctica de buenas obras, rara vez escapa de la burla ó de la ingratitude, y si no muere en la cruz, están á todas horas en un tris de lapidarle sus más íntimos amigos.

El fenómeno es de todas las épocas: las pasiones humanas han producido siempre graves desórdenes en los pueblos y naciones; mas pasados esos tiempos, debe correrse un velo sobre las llagas que han abierto en la humanidad, según el hermoso pensamiento de Estacio en aquellos versos, que nunca debieran olvidarse:

*Excidat illa dies aevo, nec postera credant
Saecula; nos certe taceamus, et obruta multa
Nocte tegi nostrae patiamur crimina gentis.*

Bórrese de los tiempos aquel día,
Ni en él crean los siglos venideros;
Callémoslo nosotros igualmente,

Y hagamos que en la noche del silencio
 Los crímenes que ha visto nuestra raza,
 A la posteridad queden cubiertos.

Así habla el buen sentido, y de lamentar es que no tengan á la vista su dictamen los que un día y otro se entretienen en revolver el cieno de la historia, no en verdad para sacar lecciones útiles á la posteridad, sino por el menguado placer de arrojar lodo al rostro de pasadas generaciones, bajo la sugestión de un insano modernismo á cuyo parecer

cualquiera tiempo pasado
 fué peor,

sin parar mientes en que con ello contradicen una ley psicológica del espíritu humano (1).

(1) Por si necesitara justificación este mi juicio sobre esta tendencia modernista, estimo oportuno transcribir la siguiente observación de Valera (*). «Es condición del alma humana no contentarse con lo presente, y como la aspiración con dificultad finge una esperanza adecuada á ella, los hombres suelen siempre fingir en lo pasado y no en lo porvenir lo sumo de la hermosura y de la perfección que conciben. Para levantar sobre cimientos sólidos el alcázar de nuestras ilusiones y la meta ó término de nuestro deseo, conviene si ha de ser en lo porvenir, apelar á lo sobrenatural, ir más allá de este mundo sensible en alas de la fe religiosa. En este mundo, con sólo la imaginación, y no sostenidos por la fe, jamás hemos llegado á fantasear, soñar ó columbrar otra vida mejor en lo venidero, hasta una época muy reciente, de donde ha nacido una filosofía de la historia optimista y alegre: la doctrina del progreso. Pero antes, y aun hoy para muchos hombres, la edad de oro se pone en lo pasado; y si en lo porvenir se esperó alguna vez ó se espera aún, es por milagro, y como una purificación, como una vuelta, como el renacimiento de un período histórico ya transcurrido. Las naciones ó las razas que tienen una grande y gloriosa vida, ó por la acción ó por el pensamiento, y que vienen á decaer, á perder la fuerza política que las unía, y á dejar de vivir de vida propia, son casi siempre las que creen un ideal en que luego el resto de la humanidad se complace. Este ideal aparece en lo pasado, en el período de mayor esplendor de aquella raza, ó se columbra en lo porvenir merced á una renovación milagrosa y divina del mismo período».

(*) *Discurso leído ante la Real Academia Española, en 25 de Septiembre de 1864.*

Si nuestros antepasados contemporáneos de Cervantes no le conocieron ni honraron en vida como merecía, hacedmoslo ahora nosotros, que somos la misma nación, y tenemos con ellos la solidaridad de la historia. Y si se dice que los honores póstumos no alivian los dolores que sufrieron en vida los ínclitos varones á quienes se tributan, responderé, que los hombres verdaderamente grandes nacen el día de su muerte. El *mayor de los griegos*, herido en el campo de batalla, teme arrancarse el acero que tiene clavado en el corazón, hasta que no sabe el éxito de la jornada; y como sus compañeros de armas acudiesen á él gritando victoria, y luego al verle rompiesen á llorar, «Tebanos—les dice el héroe expirante,—vuestro general no ha muerto; al contrario, hoy, hoy, este día glorioso es cuando nace Epaminondas». Y se arranca el hierro del costado y muere. El día de su muerte nacia Epaminondas. Colón gimió en triste abandono en la obscuridad de un rincón de Valladolid. Nadie ignoraba la situación precaria del descubridor del Nuevo Mundo, y sin embargo nadie acudió en su auxilio. Mas tan luego como se supo su fallecimiento, el respeto se sobrepuso á la envidia, el dolor acabó con la indolencia, y allí fueron los decretos reales para honrar y ennoblecer al difunto; allí las exequias de príncipe; allí la admiración entusiasta; allí el dolor, resonando en llanto sublime del uno al otro extremo de la nación. El que acababa de morir como un mendigo, nació para la grandeza en ese instante. El día de su muerte nació Colón para los pueblos civilizados, la gratitud le reconoció y el amor empezó á mecerle en cuna de oro. El día de su muerte nació Cervantes; el día de su muerte nacen todos los hombres para quienes vivir es morir trabajando al yunque de la gloria. El lenguaje cristiano llama *natalicios* los días en que mueren los *santos*.

Si amigos indiscretos de Cervantes toman pie de su pobreza y de sus desgracias para injuriar á la Patria, en cambio sus enemigos, invocando aquella sentencia «cada uno es hijo de sus obras», deducen de ella cargos contra el

autor del *Quijote*, achacando sus infortunios á vicios y malas pasiones. Si los primeros faltan á la piedad para con la patria, los segundos ofenden á la caridad y á la justicia que nos obligan para con nuestros semejantes, y si dignos de censura son aquéllos, no son éstos más excusables y menos merecedores de reproche.

Se equivocan los que pretenden explicar los misterios de la vida humana por la fácil y socorrida teoría de que *todo hombre es dueño de su suerte*, suponiendo que los hambrientos, los desnudos, los desheredados de la fortuna, grandes y pequeños, no han de imputar sus desdichas sino á ellos mismos, á su propia incapacidad é indolencia. Tan austeros Catones no recibirán sin duda la recompensa que el Hijo de Dios tiene ofrecida á los que ejercen la caridad á impulso de la misericordia: «tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber: venid, benditos de mi Padre, á recibir el premio de vuestras buenas obras». Si todos los desventurados del mundo debieran sus desventuras á sus propios vicios, el Juez infinito no llamara bienaventurados á los que lloran y padecen persecución, ni les llamaría á sí para consolarlos y glorificarlos: «*venid á mí todos los que padecéis y estáis cargados, que yo os aliviaré*». No es lo mismo el vicio que la desgracia. Negar la existencia de la fortuna, allá se iría con negar su rueda, máquina real y bien á la vista que va moliendo en sus vueltas á la mitad del género humano, al paso que á la otra mitad la toma en el suelo y la levanta hasta colocarla frente á frente con el Sol. Los más ruines, ineptos y perversos suelen ser los que más altos se asientan insultando al universo con la incapacidad y la perversidad triunfantes. Desdichas, pesadumbres, dolores, son en cambio la herencia de la flor del género humano, y esa flor se compone de los grandes poetas, los filósofos sublimes, los héroes magnánimos, los patricios ilustres; y ante el cuadro lastimoso de poetas, filósofos, inventores de las cosas, descubridores de mundos, grandes escritores, políticos eminentes, héroes de la virtud que se van á la eter-

nidad oprimidos por el hambre, rendidos de fatiga, acoceados por sus semejantes, empapados en sus propias lágrimas, no podemos menos que reconocer la existencia de un misterio inescrutable que se desenvuelve en ellos desde el principio del mundo; misterio que vendrá por ventura á sernos revelado el último día de los tiempos, cuando las tinieblas vuelen rotas á la nada, y el cielo abierto nos inunde de luz nueva y nos harte de verdad. Entonces será cuando, viendo la vida humana á la clara luz que irradiará sobre nuestros ojos el rostro de Dios, conoceremos lo que ahora no nos es dado y exclamaremos... ¡buena es tu obra, Señor, perfecta tu ley, sabia y santa tu providencia!

Que Cervantes tuvo defectos ¿quién no los tiene? Que tuvo debilidades ¿quién está exento de ellas? Escrito está que siete veces al día caerá el justo, y precisamente por ese peligro de caer á que están expuestos aun los más virtuosos, se halla consignada en el libro de la Sabiduría aquella sentencia de divina prudencia que se lee en el Eclesiástico: *No alabes á hombre alguno antes de su muerte.* ¿No podría hallarse en esta manera de ver la razón de la sobriedad de nuestros antepasados en hacer la apoteosis de los grandes hombres mientras vivieron?

Entre cuantas ofensas se han hecho á Cervantes, ninguna tan injuriosa para él como la que le dirigen en son de elogio algunos de sus admiradores, suponiendo que el *Quijote* contiene un sentido oculto, *esotérico*, enigmático, no comprendido por nadie hasta ahora, y descubierto en estos últimos tiempos por algunos iniciados que presumen de poseer la clave para explicarlo. No negaremos que escritores de reputación, tanto nacionales como extranjeros, han meditado sobre el recóndito espíritu del *Quijote*; pero atribuyéndole cada cual el simbolismo más de acuerdo con sus preocupaciones ideológicas, transforman al popular y transparente *Caballero de la Triste figura* en una especie de mito filosófico á la moderna, que es lo mismo que despopularizarle. Tal vez arrastran á esos críticos, sin que ellos

mismos lo conozcan, sus obcecaciones de escuela; tal vez, conociendo el valor de la adquisición, le pretende cada cual para la suya, achaque común á las sectas de todos los tiempos. Lo cierto es que recientemente se ha querido presentar á Cervantes como un descreído á lo Woltaire ó como un revolucionario á lo Tolstoi, cuyo pensamiento oculto ha sido combatir instituciones que él siempre respetó, y proclamar principios del novísimo radicalismo político-religioso.

Permitaseme traer aquí, para responder á semejantes cavilaciones, lo que á tal propósito ha escrito el ilustre académico que acaba de bajar al sepulcro, D. Juan Valera: «Así mismo dice—pretenden algunos—ver en Cervantes un descreído burlón. Nada, á mi ver, más contrario á la índole de su ingenio. Cervantes era profundamente religioso...

España había hecho la causa de la religión su propia causa; había identificado su destino con el triunfo de nuestra santa fe; había puesto por base, no sólo á su imperio, sino á sus pretensiones de preponderancia, y de primado, y de soberanía entre todos los pueblos de la tierra, la victoria del catolicismo sobre la incredulidad y herejía. Ser, pues, incrédulo entre nosotros, á más de renegar de Cristo, era renegar del ser de español y de hidalgo y de fiel vasallo. Este modo de nacionalizar el catolicismo tenía algo de gentilico y más aún de judaico: fué un error que vino á convertir, en España más que en parte alguna, á la religión en instrumento de la política; pero fué un error sublime que, si bien nos hizo singularmente aborrecedores y aborrecidos del extranjero, y conspiró á nuestra decadencia, colocó á España, durante cerca de dos siglos, á la cabeza del mundo, dándole en el gran drama de la historia un papel tan principal, que nada se entendería si nuestros grandes hechos, pensamientos y miras se sustrajesen por un instante de la escena.

Siendo esto así, como lo es, Cervantes, que en grado

eminente representa el genio de España, tuvo que ser y fué eminentemente religioso. En todas sus obras se ven señales de la piedad más acendrada. Cuanto se conoce de su vida concurre á persuadirnos de esta calidad que adornaba su espíritu»...

No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote*, para probar que carece de profundidades ocultas. Ningún crítico español ni extranjero ha descubierto ni rastro de esa doctrina *esotérica*; y sería de maravillar y caso único en los anales de la inteligencia humana, que durante más de dos siglos y medio hubiesen estado escondidos en un libro tesoros de sabiduría sin que nadie de ellos se percatase. Por otra parte, el disimulo de Cervantes no tiene explicación, á no suponer que su espíritu era contrario á la moral ó á la fe ó á política de España en su tiempo, y creo haber probado que no lo era».

Dos palabras, para terminar, sobre el *Quijote*, libro del que se ha dicho «que no tiene igual ni semejante en su género entre griegos ni latinos, ora se considere el artificio de la fábula, ora los primores del lenguaje»; libro que ha sido llamado «la admiración del mundo, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los malhumorados y el repertorio de todas las gracias de la conversación», libro que ya en vida de su autor «manoseaban los niños, leían los mozos, entendían los hombres y celebraban los viejos».

Alguien ha comparado el *Quijote* con la *Suma* de Santo Tomás, y no sin razón, pues lo que es este admirable libro para filósofos y teólogos, eso es aquél para los hablistas y literatos, esto es, un arsenal con todos los pertrechos y paramentos para el arte del buen decir. En él lo rico y puro de las voces corre parejas con lo nuevo y vario de los giros; la elegancia del estilo que nunca decae con la sutileza y transparencia del pensamiento, y la gracia desafeitada campa allí en trenza y en cabello sin estar pagada de su hechizo y

desenfado. En este libro tiene su casa solariega la invención, su estudio permanente la pintura de los caracteres tomada del natural; allí vira á todos los rumbos la travesura del ingenio, hinche todas sus velas la fantasía, enciende todos sus faros la memoria, y el entendimiento como piloto de la nave no deja á tiempo ni á deshora de mirar al cielo en busca de orientación. En él encuentra el sabio hondura para su ciencia, el ignorante risa para su holganza, el indiscreto avisos para sus extravíos, el prudente enseñanzas para su conducta y todos satisfacción para sus gustos, y máximas para regular su marcha por el camino sinuoso de la vida.

El *Quijote* no es una mera sátira de los libros de caballería; si tal fuera, su oportunidad hubiera pasado como la causa efímera que le dió motivo; antes bien, el interés siempre creciente que este libro despierta, revela en él algo permanente que interesa á la vida humana. La sátira literaria es el ropaje en que va envuelta la obra maravillosa del poeta. Va el *Quijote* contra los libros de caballería, pero vive en él el espíritu caballeresco, esto es, viven en él las ideas caballerizas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad de los amores y otras virtudes que constituían el ideal del caballero, y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus. Los fieros de don Quijote cuando habla airado; los suspiros de su pecho si recuerda sus amores; las acciones y palabras del famoso caballero, grandes las unas, sublimes las otras, aire fuera todo sin la substancia fina que corre al fondo y se deposita en un lugar sagrado cual precioso sedimento. Equidad, probidad, generosidad, largueza, honra, valor, son granos de oro que descenden por entre las sandeces del gran loco y van á crecer el caudal de las virtudes. Ni D. Quijote es ridículo ni Sancho bellaco, sin que de la ridiculez del uno y la bellaquería del otro resulte algún provecho general.

El pensamiento del Hidalgo manchego se eleva á esferas más altas á donde nunca llegó el de los *Amadises de Gaula*, ni el de los *Orlandos furiosos*, ni el de los *Palmerines de In-*

glaterra; el Caballero de la Triste Figura, seco y avellanado como la madera de su lanza, enhiesto y empinado sobre los estribos de su Rocinante, es la imagen acabadísima del soñador espíritu humano, siempre en busca de aventuras fuera del círculo en que coloca á cada individuo su providencial destino. Vese al rústico labriego echarla de soldado, al mísero ganapán darse aires de caballero; el que no supo administrar en casa aspira á regir la cosa pública, el ignorante alardea de sabiduría, el rapsodista de originalidad, el vicioso de virtudes; y el que nunca supo obedecer llama tiranos á los que gobiernan, el que nunca probó su valor llama cobardes á los héroes, y se presenta á sí mismo como regenerador y padre de la patria. Y así anda esta pobre humanidad de decaída y maltrecha, de aporreada y ridícula, de soñadora y engañada, tomando los molinos de viento por gigantes, las ventas por castillos, á los mercaderes por soldados, los entierros por miedos de la otra vida y á los frailes inermes y pacíficos por malignos aventureros.

El *Quijote* es el martillo no sólo de los libros de caballerías echados por él hace tres siglos de la república de las letras por falaces y perniciosos, sino de todos las demás que no tienen por base la verdad, la justicia y la belleza que forman la trilogía en que descansa la moral literaria. Tan dignas de censura son las malas obras que los hombres llevan á cabo arrastrados por la pasión, por el orgullo, por la vanidad, como las fingidas por los poetas con detrimento de la virtud y para glorificación del vicio. A los golpes de la lanza de D. Quijote huyen dispersos como rebaños de ovejas, desde los lúbricos trovadores provenzales hasta lord Byron y Enrique Heine; desde las meretrices de Ovidio hasta las cortesanas de Zola; desde la poetisa de Lesbos que despreciada por Faón atenta contra su vida, hasta los novísimos noveladores y dramaturgos que coronan por suicidas á sus héroes.

Y mientras tales míseros ingenios huyen y se ocultan como las sombras á la presencia de la luz, paréceme que

Homero tiende al paso de Cervantes su clámide griega, que Virgilio le saluda respetuosamente, que Dante le sonríe, que Tasso le aplaude, y que Lope y Calderón, Hurtado y Solís, y Góngora y Espinel se inclinan ante él, diciéndole al pasar:—Salve, Príncipe.

HE DICHO.





COMPOSICIONES

LEÍDAS POR LOS ALUMNOS DE GRAMÁTICA





Alonso Quijano el Bueno

ERASE un pueblo cuyo nombre, por no añadir un ápice á la verdad del cuento, será discreto callar, que al fin al buen callar llaman Sancho, y en el pueblo un vecino solterón empedernido, porque andaba mareado con las quimeras de ciertas historias muy popularizadas á la sazón, y el que está enamorado de quimeras no sirve para vestir la realista casaca.

Alonso era su nombre, su linaje Quijano y por la suavidad de su carácter y sus altas prendas sociales sus paisanos le habían rebautizado con el renombre de Bueno.

Vivía en casa propia y al cuidado de sus haciendas, las cuales si no eran tan largas que le hicieran rico, bien administradas dábanle para pasarlo con cierta holgura. Era hombre frugal en el comer, aunque largo y estirado de estatura, no muy delicado de boca, enjuto y magro de carnes, seco de rostro y con el continente de hijodalgo que de sus mayores había heredado.

Para hacerle compañía vivía con él una su sobrina, que no llegaba á los veinte, y para el cuidado y frente de la casa había tomado un ama de gobierno, la cual ama tenía esa

edad de seso y madurez que quitan materia á las lenguas murmuradoras.

Ayudábanle á pasar las largas veladas de invierno y las no cortas siestas del verano, dos amigos suyos, discreto y muy leído el Cura, que era uno, gracioso y bien intencionado el otro, que era rapista. Y con aquella hacienda y esta compañía pasábalo nuestro Alonso el Bueno tan guapamente, sin que le faltara humor para divertirse ni le sobrara el tiempo para aburrirse.

Frisaba en los cincuenta de edad cuando le dió la pestilencial manía de pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, entregado con el ensimismamiento de Arquímedes, á la lectura, no precisamente de obras matemáticas y teorías físicas, sino de libros de caballería.

Eran estos unas novelas é historias fabulosas en que los autores pujaban y jugaban á quien puede más en la invención de disparates imposibles y aventuras disparatadas.

Válame Dios y cuántos de esos infundios había amontonado en su biblioteca el bueno de Quijano para irlos luego trasvasando al casco de su cerebro. Ni reparaba en gastos para adquirirlos, ni se acordaba de las gracias juveniles de su sobrina; dió al olvido completo el cuidado de la hacienda y el ama quedó por capitana de la administración. Para Alonso no había campo ni monte, no había valle ni mar, no había Cura ni barbero, no había comer ni dormir; libros y solamente libros, embustes, trapacerías, cuentos y nada más.

Esta es la obra de la afición á leer mentiras que se empiezan riendo y se acaban creyendo, y luego no hay por donde tomarle el gusto á la verdad, que, ó se confunde y pone al mismo nivel con la mentira, ó se desprecia por descarnada y poco graciosa.

Con el escaso dormir y el sobrado leer á Alonso Quijano se le iban aflojando los tornillos, los sesos se le volvían por punto masa de requesón, la fantasía andaba suelta como loca desgüeñada, encabritábasele la imaginación, perdía por

momentos el juicio y gravedad y no hay casa de orates que con su cabeza pudiera compararse.

Todos se le antojaban Palmerines y Amadises; armaba las grandes disputas con el Cura sobre quién había sido más cumplido caballero de entre los que inventaban los autores; las mal olientes lugareñas aunque zafias y retozonas se le antojaban princesas encantadas y muy recatadas emperatrices y todo el mundo le parecía tal y como lo pintaban los tales libros de malas andanzas.

Según iba subiendo la calentura de su cerebro, los extremos de su locura y desvarío se ensanchaban. Ya se imaginaba convertido en un *Tirante al blanco* del brazo con la aguda doncella *Placerdemivida*, ya se fingía un Don Reinaldos de Montalbán, capitán de unos bandidos más ladrones que Caco; ya se figuraba hecho un *Don Belianis* con la carga de su impertinente cólera; ya andaba á tajos y mandobles con los doce Pares de Francia, trababa reñidísimos combates para libertar señoras cautivas y creíase llevado en alas de la fama hasta los confines del mundo y pregonado por todo él como el caballero más enamorado, más enderezador de entuertos y desfacedor de agravios de cuantos en las historias y cuentos más ó menos divertidamente se contaban.

—Virgen la mi madre, decía al Cura la sobrina de Quijano; si su merced y el compadre barbero no se vienen por casa y sacan á mi tío del atolladero de sus andanzas, que no doy un ardite por su vida, y no digo por su razón, porque ésta ya la tiene totalmente perdida.

—Descanse su merced, respondió el Cura, que esa buena obra de caridad haremos gustosos el compadre y yo, aunque me temo que será sin gran fruto, porque la fiebre de la locura es muy alta y su señor tío el buen Alonso se ha hecho y dado á vivir en un mundo del cual no ha de sacarle ni quien sacó á Lázaro del sepulcro.

—Es un ruido infernal el que se oye en su habitación á altas horas de la noche con golpes en la mesa y voces en la

estancia, destemplados gritos, sillas que son empujadas, chocar de armas y otros excesos como si allí anduviera trabado en descomunal batalla con toda la tropa de malandrines y follones que corre suelta por el mundo.

—No diré yo que por el mundo, pero sí se ha soltado dentro de su cabeza esa jauría de perros rabiosos, y como le hayan mordido el cerebro, según parece, ni las sangrías de maese Nicolás le han de sacar una gota del veneno de tantas mentiras y despropósitos.

Y el Cura decía bien, que bien se sabía el Cura los efectos y resultancia de la embriaguez de las novelas. Aquel Alonso sesudo y grave de otro tiempo se había tornado en otro de mirar duro y hablar desconcertado; no atendía á razones ni se daba á partido, y en no darle cuerda y dejarle resbalar por la pendiente de sus quimeras, era igual que provocar su cólera y precipitarle en el derrumbadero de sus despropósitos.

—A los locos, dijo filosóficamente el Cura, ó matarlos ó dejarlos, y como nunca hay razón para dar muerte á un hombre, que es tan incapaz de cometer una maldad como de ordenar un pensamiento y discurso dentro del orden de sus desvaríos, no hay sino dejarle hacer é inventar traza y medio de reducirlo por engaño.

Mientras platicaban el Cura y la sobrina con el ama sobre el deplorable estado del amigo, tío y amo respectivamente, éste, concebido su proyecto de salir al campo en busca de reales tropiezos é imaginadas aventuras, reducía y concertaba su expedición andantesca con quien había de servirle de escudero, un tal Sancho Panza, rudo y malicioso, cargado de abdómen y romo de mollera, más atento á su conveniencia personal que al provecho común é interesado en las andanzas caballerescas por el afán de llegar á gobernador de alguna ínsula.

Y una madrugada, cuando el rubicundo Apolo asomaba su faz por los balcones de Oriente y la armoniosa orquesta de pequeños y pintados pajarillos saludaba la

venida del alba, D. Quijote (este era el nombre de guerra con que Quijano se había empadronado en el registro de la caballería andante), seguido de su escudero Sancho, montados aquél en flaco y macilento rocín y arrellanado este á lomos de lucido y medrado rucio, puestos sus ojos el caballero en la soñada emperatriz del Toboso, la sin par Dulcinea, y no apartando los suyos el acólito de la ínsula por venir y de su abandonada Aldonza, salieron por los campos encomendándose el amo á la hermosura de su adorada y el satélite á la buena de Dios.

Llenaron su cometido ambos, derramando discreción y locuras D. Quijote, según fuera la cuerda que tocaran y el punto donde le hicieran cosquillas, y simplezas mezcladas con sentencias Sancho; divirtiendo á cuantos topaban en el camino menos si eran los follones yangüeses y el colérico vizcaíno; descalabrándose contra los aspas del molino de viento el caballero á pesar de las advertencias del espantado escudero y atracándose este en las opulentas bodas de Camacho. Todo les iba á pedir de boca, mayormente si caían en el palacio de los duques. Hicieron reir mucho y dieron mucho que discurrir sobre el concepto que de ellos habían de formar, viniendo á parar en conclusión en dar por loco al amo y por simple al criado si de caballerías se trataba, y por muy entendido al primero y nada tonto al segundo cuando se les llevaba á terreno firme.

La treta ideada por el Cura y Sansón Carrasco había conseguido el feliz suceso que esperaban. Vencido y humillado en justa pública el caballero de la Triste Figura, la flor y nata de los andantes caballeros, el más fiel guardador de las ordenanzas caballerescas, regresaba á su hogar en cumplimiento de la penitencia que se le había impuesto. Cabizbajo y mohino como quien no puede con el peso de la afrenta sufrida, aún tuvo alientos para suplicar á su fidelísimo escudero que acabase la tanda de azotes para desagraviar á la turba de encantadores envidiosos y devolver á su pristina hermosura y donaire á la descuidada labradora

del Toboso, convertida por la locura de un andante en princesa encantada.

—Yo soy gustoso en dar gusto á su mercé, respondió Sancho, y puede su mercé decir que tuve yo la culpa cinchando flojo á Rocinante. Sólo que quisiera fuese entre árboles mejor que á campo descubierto, por la compañía que me hacen y la parte que toman en el sufrir y aguantar los azotes.

—Sea como quieras, Sancho bueno, y date la pena de los azotes donde te plazca, Sancho amigo, que yo haré que tu nombre sea famoso y aventajado entre cuantos escuderos han servido en esta hermosísima profesión de la andante caballería.

Y luego murió D. Quijote, no sin haber cobrado la razón perdida, llorado sus desvaríos y perdonado á Sancho las irregularidades que en la administración pudiera haber cometido.

Murió vuelto á ser Alonso el Bueno de otros tiempos, cuando aún no había perdido el seso con las sinrazones de inextricables razones, cuando estaba virgen de los disparates y locuras cometidos, cuando no había enseñado al mundo el descosido de su locura, que solamente en la cabeza tenía asiento, sin mancillar la buena reputación anteriormente adquirida.

Fué escarnio y burla, divirtió con sus donaires y decires no menos que con sus aventuras, alabó la virtud, rindió adoración fervorosa á un ideal puro y fantástico, malrotó el tiempo y parte de su fortuna enseñando á voces que la lectura de los libros caballerescos pudo hacer locos pero no corrompidos.

Si Alonso Quijano bajó al sepulcro llevándose por mortaja el ridículo de la andante caballería y las locuras de su quijotismo, no se extinguió la familia y su sangre fué llevada al hijo de su sobrina, á quien llamaron por buena memoria del tío *Quijotillo*.

Y es lo cierto que se le parecía cual si fuera su propio

padre, aunque no lo era, en lo estirado del cuerpo, lo escaso de carnes y muy singularmente en la afición á leer.

Esto último es lo que principalmente tenía en alarma á su buena y escarmentada madre.

—Hijo Alonso, recuerda que al tío fué milagro que nos le trajeran vivo de sus descabelladas salidas y así te ruego, suplico y conjuro á que no te metas en esas desdichadísimas andanzas de los disparatados libros.

—Descanse su mercé, que no voy á ser tan mentecato que resucite aquellos soñados y nunca vivos caballeros, bien muertos y eternamente sepultados por el ridículo de mi señor tío.

Y así era la verdad. Quijotillo no tocó un libro de aquellos que volvieron los sesos y secaron el cerebro de Quijano: tenían poca enjundia para él. Pero se pasaba las noches y los días leyendo otros libros de otros autores, los cuales libros devoraba con opresiones y dilataciones, pasmos y enardecimientos del corazón.

«Esta es la verdad pura, decía, y no las quimeras de la caballería; este es el mundo de la realidad, el mundo por dentro y el teatro visto entre bastidores. Estas son vistas y tratadas de cerca las rezadoras damas, las pudibundas doncellas y las desenvueltas pastorcillas; estos son los hombres de la hipocresía, y los mancebos que engañan á sus padres y tutores. Ver cómo la fortuna va y viene de mano en mano sobre el tapete verde; inspeccionar y revistar las interioridades de los hogares y de las conciencias merced al auxilio del travieso Asmodeo; paladear las sabrosas exquisiteces del manjar de los dioses; aspirar el vaho embriagador de la sangre humana recién salida del cuerpo por la brecha que abre el puñal asesino; no desconocer ningún misterio de los que antes guardaba ocultos el recato; revolcarse con embriaguez en colchones de pluma y sentir el hervor de la sangre y la revolución de los espíritus animales, es el colmo de los placeres, la flor y nata de las diversiones, el mayor de los regalos de la vida».

Con estas lecturas y espasmos la salud del joven *Quijotillo* se resentía, la sensibilidad se le embotaba, sus ojos perdían la vivacidad de los pocos años, la tez era espantosamente demacrada, su cuerpo era pesada carga para la flacidez de las piernas, su andar tardo, su hablar trabajoso, su discurrir nulo, coloreábanse de carmín sus mejillas y el pecho respiraba con fatiga.

Su asustada madre vino á consultar al Cura, que en las funciones sacerdotales había sucedido al grande amigo del tío.

El Cura se dió una vueltecita por la librería del aviejado joven, aprovechando una ausencia de éste, y al leer los sugestivos títulos de las obras, exclamó:

—Señora; su mercé ha perdido un hijo por efecto de las lecturas, como por ellas perdió al tío: á éste se lo llevaron por la cabeza los disparates de caballerías; al hijo se lo llevan por el corazón las porquerías del naturalismo. Y es lo peor del caso que Cervantes no ha dejado sucesión y *el naturalismo literario no tiene siquiera un mal Avellaneda.*

ADOLFO.





¡A Cervantes!

CERVANTES: quien no te adora,
 O tus méritos extraña,
 No sabe que, siendo España,
 De dos mundos la Señora,
 Y la Vestal guardadora
 De tu llama celestial,
 Dió de su amor maternal
 A la humanidad ejemplo,
 Haciendo de ella tu templo,
 Y de sí tu pedestal.

Que midiendo diligente
 La potencia de tu genio,
 Vió miserable proscenio
 Para tí el mundo; y prudente,
 Y con rostro sonriente,
 Te dijo: *tiende tu vuelo,*
Y rasgando el negro velo
Del dolor que nos aterra,
Deja después esta tierra,
Por tu patria, que es el cielo.

— 40 —

¡Y tú á su consejo fiel,
 Y ganoso de loores,
 Sembraste el mundo de flores
 Mientras bebías su hiel;
 Y prisionero en Argel
 Tras las glorias de Lepanto,
 Engañabas tu quebranto
 Trocando males en bienes,
 Ornando tus nobles sienes
 Con la diadema de santo!

Y cuando, merced al oro
 De la caridad cristiana,
 Perdió la costa africana
 Contigo el mejor tesoro.
 Encontraste... (¡con desdoro
 De la patria, que aún lo llora!)
 La ingratitude mofadora
 De tu honor en desagravio.
 ¡Siempre esclavizado el sabio
 Por la envidia detractora!

¿Cómo tu alma generosa
 Vengó tan negro desdén?
 ¡Ciñendo la patria sien
 Con tu diadema gloriosa;
 Mientras tu frente rugosa,
 Del ingenio maravilla,
 De un magnate de Castilla
 Mendigaba protección!
 ¡No merece compasión
El loco de la Guardilla!

Pero sorprendes al mundo,
 Que se paga de ilusiones,
 Con las bellas creaciones

— 41 —

Del ingenio más fecundo,
 Con el *libro* sin segundo,
 De España gloriosa dote;
 Para que rían á escote
 Desde el uno al otro polo,
 ¡Mientras suspiras Tú solo
 Ante el divino *Quijote!*

¡*El Quijote!*... Esa preciosa
 Del saber enciclopedia,
 Esa trágica comedia,
 Esa tragedia graciosa,
 Esa verdad fabulosa,
 Que, mezclando con destreza
 La malicia y la simpleza,
 La demencia y la hidalguía,
 Hace llorar de alegría
 Y reirse de tristeza.

Ese poema inmortal,
 Océano de armonía,
 Ese raudal de poesía,
 Ese museo nacional;
 Ese espejo celestial
 De los en hablar expertos;
 Ese cielo de conciertos
 De tan raros atractivos...
 ¡Que narcotiza á los vivos
 Y resucita á los muertos!

Ese rico testamento
 Admiración de los sabios,
 Con su *Vengador* de agravios,
 Con su Sancho y su *jumento*,
 Con su rocín macilento,
 Con su bella *Dulcinea*,

Con su libre *Dorotea*,
 Con su *Cura* y su Barbero,
 Con su *Moza* y con su arriero,
 Con su yelmo y su hacanea;

Con su viejo *Mantesinos*,
 Sus *Ínsulas Baratarias*,
 Sus *batallas* temerarias,
 Sus batanes y *molinos*,
 Sus furiosos *vizcaínos*,
 Su *cazadora* hechicera,
 Su desdeñosa *cabrera*,
 Y su doctor *Pedro Recio*...
 ¡Es joya! que á ningún precio
 Tu madre patria cediera!

¡*El Quijote!*... Ese gigante
 Literario, al que hacen coro,
 Cual semidioses de oro
 Ante Júpiter Tonante,
 El *Buscapié* chispeante,
 La graciosa Gitanilla,
Galatea la pastorcilla,
El Coloquio tan sabroso,
 Y el *Extremeño celoso*...
 ¡Es la gloria de Castilla!

Es la sublime epopeya
 De la sociedad humana;
 Es la lengua castellana
 En su encarnación más bella,
 Es la venturosa estrella
 Que ahuyenta el genio del mal;
 Es el destino fatal
 De la razón sin conciencia
 ¡Es la obra por excelencia!
 ¡Es tu sello de inmortal!

— 43 —

Que sólo tú has alcanzado
 El privilegio exclusivo
 De estar en el mundo vivo
 Y en el cielo laureado;
 De ver tu nombre grabado,
 Pese á rivales naciones
 En todos los corazones.
 ¡No; no es posible que mueras!
 ¡Que son para tí quimeras
 Siglos y generaciones!

Doquier la vista se lanza,
 Doquiera el paso se torne,
 Se encuentra una *Maritorne*,
 Un *Quijote*, un *Sancho Panza*:
 Una perdida esperanza,
 Un proyecto malogrado,
 Un doncel enamorado,
 Los sabios, los ignorantes...
 Nos recuerdan á Cervantes
 De laureles coronado.

¡Gloria á España! ¿Quién no goza
 Con tus glorias? Por tí vela
 El *Cebedeo* en *Compostela*,
 La *Virgen* en *Zaragoza*;
 Y si algún triste solloza
 Herido de mal profundo,
 Hay un *Cervantes* fecundo
 Para hacerle reir á escote.
 ¡Gloria al autor del *Quijote*,
 El primer libro del mundo!

¿Quién, Cervantes, no te adora,
 O tus méritos extraña
 Al saber que, siendo España

— 44 —

De dos mundos la Señora,
Y la fiel conservadora
De tu llama celestial,
Dió de su amor maternal
A la humanidad ejemplo,
Haciendo de ella tu templo
Y de sí tu pedestal?





AL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

DECLAMADO POR D. JOAQUÍN GUZMÁN FOURRAT

SILVA

SOL esplendente de la patria mía
brillante luminar de nuestra historia,
Cervantes inmortal, genio fecundo
cuya afamada gloria
no se encierra en los ámbitos del mundo;
permite que mi ardiente fantasía
celebre tu memoria,
y en la corona de laurel eterno
con que tus sienes ceñirá la España
una hoja al menos verde y refulgente
con timidez coloque
que tu recuerdo evoque
á los ánimos tiernos infantiles
y á los ardientes pechos juveniles.

¿Por qué tu faz turbada
hoy se viste de luz, misera Iberia,

y con la veste de Minerva ornada
 marchas festiva en triunfal carroza
 de lauros atestada
 del Betis sacro al Ebro caudaloso
 y doquiera que un templo se levanta
 del humano saber, posa tu planta,
 y ciñes la alba frente
 do brilla refulgente
 cual sonrosada aurora
 la llama del ingenio creadora?

Hoy surge de la tumba
 como Febo del fondo del Océano
 el genio sobrehumano
 cuya voz á través de las edades
 más sonora retumba.
 Contempladle, su brazo mutilado
 es del invicto y español soldado
 que entre el humo y la sangre del combate
 puso pavor y espanto
 al Turco vil, en la inmortal Lepanto.
 Un libro abierto en la su diestra miro
 y en él pintado admiro
 cómo se ostenta apuesto caballero
 montado en su rocín, marchando al trote,
 el héroe de la Mancha D. Quijote.

¡El Quijote! perenne monumento
 que salvará los tiempos y el espacio;
 fué el bélico tormento
 y azote furibundo
 que desterró del mundo
 las necias y bastardas producciones
 que fueron alimento
 de locas concepciones.
 Tú el nombre hidalgo de española gente

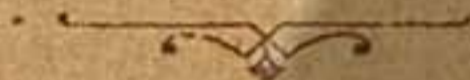
mostraste á remotísimas naciones,
y fueron hasta el cielo sublimadas
las letras de mi patria afortunadas.

¡Quijote! de verdad código santo,
alcázar de las leyes,
tú fuiste el norte y faro
de valerosos príncipes y reyes,
que aspiraron regir con mano fuerte
los pueblos todos que les dió la suerte.
Gallarda en tí tremola su bandera
la Justicia severa;
y coronada de mística aureola
la sublime virtud, hija del cielo,
en todos tus conceptos resplandece;
en tí viva aparece
la hidalguía y valor de la española
nación, tan poderosa
y siempre con el débil generosa.

Es el Quijote cual jardín ameno
de mil vistosas flores matizado
do el céfiro sereno
del habla castellana
más puro se respira
que el suave frescor de la mañana.
Es fuente cristalina
do la sublime inspiración divina
con noble afán bebieron
los genios literatos cuantos fueron.

Honor y gloria á tí, libro preciado,
más que rico tesoro,
en un estuche de oro
con perlas y diamantes recamado,
queda en los templos del saber guardado.

Sé tú la luz que alumbre
á la fatua é indocta muchedumbre
que en inmunda novela
audaz tiende la vela
sin tu soplo divino.
Dirige tú el destino
de la hispana sin par literatura
en fango hoy sumergida;
por tí sus miembros yertos cobren vida
y mi patria será la España de antes,
la España heroica de Miguel Cervantes.





DIÁLOGO

entre Babieca, caballo del Cid; y Rocinante, caballo de D. Quijote

DECLAMADO POR LOS ALUMNOS ILDEFONSO AGUILAR, JOSÉ CARBONERO,
LUIS LÓPEZ Y ANTONIO PONS

SONETO

- AGUILAR B. **C**ómo estáis, Rocinante, tan delgado?
- CARBONERO R. Porque nunca se come, y se trabaja.
- AGUILAR B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
- CARBONERO R. No me deja mi amo ni un bocado.
- AGUILAR B. Andá, señor, que estáis muy mal criado
Pues vuestra lengua de asno al amo ul-
[traja.
- CARBONERO R. Asno sé es de la cuna á la mortaja.
¿Quereislo ver? miraldo enamorado.
- AGUILAR B. ¿Es necesidad amar?
- CARBONERO R. No es gran prudencia.
- AGUILAR B. Metalísico estáis.
- CARBONERO R. Es que no como.
- AGUILAR B. Quejaos del escudero.
- CARBONERO R. No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?

ANÁLISIS

CARBONERO. ¿Qué clase de palabra es «cómo» en el primer verso?

AGUILAR. Es adverbio interrogativo equivalente á «por qué» y en tal concepto lleva tilde ortográfico en su primera sílaba; con igual valor se halla empleada en el verso duodécimo «*Cómo* me he de quejar en mi dolencia?» Otra palabra igual se halla en el verso décimo «Es que no *como*»; pero aquí es primera persona de singular del presente de indicativo del verbo *comer* de la segunda conjugación.

CARBONERO. ¿Podréis decirme qué diferencia hay entre el acento de *cómo* verbo y el de *cómo* adverbio interrogativo?

AGUILAR. Sí, señor; el acento de *cómo* verbo, es diacrítico, esto es, tiene por objeto distinguir esta palabra de *cómo* adverbio comparativo empleada en el último verso «Son tan rocines *como* Rocinante».

CARBONERO. Pero entonces se confundirá con *como* interrogativo?

AGUILAR. No, porque el *como* interrogativo siempre viene en frase interrogante sea directa ó indirecta, y aunque ortográficamente pudieran confundirse, no lo permiten el tono de la pronunciación ni la posición de la voz interrogativa que siempre se coloca á la cabeza de la frase.

CARBONERO. ¿Cómo se halla usado en plural el verbo *estáis*, siendo así que Rocinante á quien se refiere es singular?

AGUILAR. Porque aunque lógicamente se refiere á Rocinante, gramaticalmente concierta con el sujeto *vos*, segunda persona del plural, que suele emplearse como fórmula de respeto ó de cortesía, análoga al *usted* que empleamos ahora en tercera persona.

PONS. Muy cortés y muy respetuoso encuentro á Babiéca tratando con Rocinante.

LÓPEZ. Esto prueba que áun los brutos gustan de palabras de buena crianza, y aunque Babiéca veía á Rocinante que tenía «más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela», sabía «que era antes y primero que todos los rocines del mundo», «compañero eterno en todos los caminos y carreras del famoso andante caballero», que pudo decir con *mucha verdad* que

«Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino».

PONS. Andá bien se echa de ver que has leído el Quijote; también yo lo he leído, y te digo que muchas veces he quedado como las mozas de la venta á quienes endilgó esos versos el caballero manchego; las cuales no entendieron dellos más que la locura del hidalgo.

LÓPEZ. No lo extraño; Cervantes usa á veces formas, voces y construcciones hoy no corrientes, y he ahí una de las razones que aconsejan el estudio de la gramática histórica, si hemos de leer con provecho éste y otros libros de nuestros escritores clásicos. Antes de los versos citados había soltado D. Quijote la siguiente perorata á las supuestas doncellas: «Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguizado alguno, ca á la orden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran». «Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes, ni mostredes mal talante; que el mío non es de al que de serviros».

PONS. Este es uno de los varios pasajes que no entendí, y ahí está la palabra *al* á que no he podido incarle el diente.

- LÓPEZ. Ese *al* no es otra cosa que la palabra latina *aliud*, que significa «otro», la cual ha debido conservarse en nuestra lengua como muy expresiva y útil; así, pues, lo que dice D. Quijote á las mozas es que su talante no es otro que el de servir las.
- PONS. Ahora lo entiendo.
- AGUILAR. Volviendo á nuestro análisis, ¿cómo siendo *vos* el sujeto de la oración se expresa en singular el atributo *delgado*?
- CARBONERO. Porque concierta con el sujeto lógico Rocinante, no con el gramatical *vos*, y esta es la construcción usual y corriente, que se repite en las expresiones «estáis muy mal criado» y en «metafisico estáis».
- AGUILAR. ¿Qué me decís de la palabra *andá* del quinto verso?
- CARBONERO. Que es forma verbal empleada como interjección.
- AGUILAR. ¿Podrá usted señalar en el soneto que hemos recitado algunas bellezas de expresión que merezcan ser notadas?
- CARBONERO. ¡Las hay tantas! En primer lugar es de notar la construcción refleja del verbo *ser* en la forma ó frase «asno se es», construcción que da singular gracia y vigor á la expresión. De ella hay otro ejemplo en aquel conocido verso de Quevedo: «érase un hombre á una nariz pegado»; y de Cervantes entre muchos que pudieran citarse, recuerdo dos pasajes que dicen «yo de mío *me soy* pacífico» = «como quiera que yo *me sea*, doy gracias al cielo que me dotó de un ánimo blando y compasivo». En segundo lugar en la frase «¿quereislo ver?» merece notarse la genial transposición por la que el complemento *lo* propio del verbo *ver* se construye con el determinante «quereis» construcción que comunica á la expresión rapidez y energía; *quereis verlo* no es tan expresivo. En tercer lugar debe notarse la metá-

tesis de *miraldo* por *miradlo*, muy frecuente en aquel período de nuestra lengua.

AGUILAR.

¿Es idéntica la forma *lo* del «quereislo ver» á la de «miradlo»?

CARBONERO.

No, porque el *lo* primero es forma neutra que reproduce todo el concepto encerrado en el verso anterior, esto es «quereis ver si *se es* asno»? y el *lo* segundo es forma masculina que se refiere al «amo», es decir, á D. Quijote, y puede ser sustituido por *le*, «miradle», sustitución imposible en el *lo* primero.

AGUILAR.

Metafisico estáis.

CARBONERO.

Pues he comido.







La literatura extranjera y el «Quijote»

LEÍDO POR D. JULIO MARTÍNEZ BORSO

PARA desarrollarlo, haré un ligero examen de la literatura italiana, en su *Dante*; de la alemana, en su *Faust*; y de la inglesa, en su *Hamlet*.

Las aventuras de *Dante*, que guiado por su maestro *Virgilio* desciende á los infiernos, va luego al purgatorio y llega por fin al cielo donde goza de la presencia de su amada *Beatriz* encontrando en estos lugares á los principales personajes de *Italia* en los siglos XIII y XIV, forman el argumento de la *Divina Comedia*.

Italia, que desde la desmembración del Imperio de *Carlo-Magno* quedó dividida en pequeños estados, fué el teatro de las más encarnizadas luchas que pueden sostener hermanos entre sí. Como era natural, fué allí donde se vieron las pasiones más exaltadas, les hicieron cometer crímenes de tal índole que pagaron en la otra vida con los más atroces tormentos; y allí, en el infierno, mójase la pluma de *Aligieri* en la sangre que destilan sus heridas y

en la negra pez hirviente de las calderas donde sus cuerpos se hallan sumergidos «¡desventurados de vosotros!» les dice *Dante*.

Pero no todós fueron malos en estas luchas, algunos espíritus apocados fueron arrastrados al mal por la misma razón que hubieran sido llevados al bien al haber tropezado con otros, *Dante* les hace relatar historias que algunas tendrían mucho de realidad, pero que otras no sirven sino para darnos cuenta de las depravadas costumbres de la época.

Por fin, como antítesis presenta á los buenos, y *Dante* los rodea con la aureola del justo, haciendo descollar entre todas ellas á su *Beatriz* como símbolo tal vez de la pureza de *Italia*.

No es ideal el poema de *Dante*, representa la *Italia* de aquella época, la que utiliza el veneno y el puñal, la de los aventureros y tiranos improvisados.

El *Faust* de *Goete*: he aquí el resumen de la literatura alemana.

Destruyen los germanos á *Roma* y espárcense por el mediodía; pero mas los que quedan allá en sus montañas, tardos de alma y cuerpo, son los alemanes de época un poco remota; como creen en el espíritu del bien creen en el del mal y los terribles *Mefistófeles* de los estados del Norte, degeneran en ridículos diablillos al llegar á los *Vosgos*.

Esta es la leyenda alemana; una dama, un galán y un diablillo. *Faust* es la leyenda alemana por excelencia. ¿Cuál es su argumento? el *Doctor Faust*, sabio que domina todas las ciencias desde la sagrada *Teología* hasta la grosera *Alquimia*. Lo que los hombres saben, sabe; lo que piensan, piensa; lo que ignoran, adivina y entonces aparece *Goete* con su duda materialista.

En vano descubre sangre alemana, un poco de *Alquimia* y un diablo y entonces aparece *Méfisto* en escena.

Faust vende su alma á cambio de los placeres que no se hallan en los libros, y el diablo cumple su promesa, mas Dios que quiere á *Faust* cruza en su camino á *Margarita*,

la cual, por fin, salva al *Doctor*. Los dos van al cielo y el diablo como en todas las leyendas queda burlado.

La leyenda alemana llega á todos los países, y encarna en muchos de ellos. El *Faust de Goete* nos lo demuestra, sus éxitos son los éxitos de *Goete* que evaporándose de la tumba que encierra su cuerpo, corre á ver completada la obra por los melodías con que el autor francés pone alma á sus versos.

Dirijamos una hojeada sobre la literatura inglesa. *Shakespeare* nos presenta su *Hamlet*: el amor degenerado en tragedia es el esqueleto del poema inglés y el amor degenerado en tragedia es el argumento de las obras inglesas. *Hamlet* se enamora de su padre difunto, cuyo espíritu se le aparece, pidiéndole venganza contra su propia madre y contra su tío, lucha el príncipe moralmente contra la Corte, y con su aparente locura los zahiere continuamente; luego se enamora de *Ofelia* hija de un cortesano que muere á manos de *Hamlet*: *Ofelia* muere ahogada en un estanque de *Palacio*.

La escena del Cementerio nos descubre el corazón inglés, como su clima, tranquilo unas veces (muy pocas) para formarse pronto la tempestad que hace que termine *Hamlet* diciendo: «Caiga sobre mí tierra hasta formar montañas, que le digan al mundo donde yace *Hamlet* y *Ofelia*.» La tempestad está en su paroxismo.

Por este ligero análisis que hemos hecho de la literatura extranjera vemos, que cada uno encarna en sí el sentir nacional, por eso nuestro «*Quijote*» no pudo apartarse nunca de encarnar el nuestro. Todavía estaba fresco el laurel conquistado en *Granada*, el sol de la victoria reflejaba sus esplendorosos rayos sobre las armaduras de nuestros guerreros de *América*, acabábamos de hacer doblegar al turco su feroz cabeza, *Flandes* retrocedía ante el empuje de nuestros tercios, *Alemania* temblaba en silencio, en esa oleada de gloria se escribió el «*Quijote*».

Aventureros éramos todos y aventurero fué *D. Alonso*, caballeros iguales éramos todos y caballero fué el hidalgo manchego, siempre desgraciado, caballero de *Triste Figura*

como nuestra patria, que pelea siete siglos contra la *Moris-*
ma, que da al mundo viejo otro nuevo, que da siempre su
sangre por todas las acciones buenas, y la apalean en *Tra-*
falgar, le fusilan su pueblo en las calles de Madrid y
por fin, maltrecha y mal parada la vemos en la actualidad,
sin armas, sin letras y sin crédito.

HE DICHO.





CARÁCTER MORAL DE D. QUIJOTE Y SANCHO

LEÍDO POR D. EMILIO MARTÍNEZ BORSO

EL carácter moral de D.^o Quijote y de Sancho no es pura fantasía creada por la mente del poeta, es más bien el resultado de un profundo estudio psicológico del carácter del pueblo donde se desarrolla la escena, que encarnado en un rústico caballero y en un desdichado gañán, á quienes de tal manera acicala y adorna la ardiente imaginación de Cervantes, que al presentarles en escena, son dignos de competir con los caballeros andantes y escuderos más renombrados en la edad media.

No queremos discutir la existencia real de la caballería andante, pero si debemos admitir el valor personal que, llevado á último extremo, crea la colosal figura del Cid para la poesía castellana, y los doce Pares que son el espejo de la caballería francesa.

En nuestra patria, desde las hazañas del ya nombrado Cid, que desterrado por su rey atraviesa la península desde Burgos á Valencia, hasta las proezas de D. Gonzalo en el

sitio de Córdoba y Granada, hay una serie no interrumpida de leyendas caballerescas que los viejos de luenga barba y de brazo cansado en la pelea, cuentan al amor de la lumbre á sus nietos y castellanos, produciendo en los pequeñuelos orgullosos y altivos de origen el deseo de ceñir á sus futuras celadas, la corona de la gloria, y en los otros, el mozo y la lugareña, el deseo de servir á caballeros tan valerosos y de ellos obtener mercedes.

Con sólo imaginarnos ahora á un labrador rico de una villa, que sólo hace consistir su alcurnia en cobrar las rentas de su hacienda y dedicar sus ratos de ocio á las letras, tenemos ya al hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua y galgo corredor, y si pensamos con el lugareño y sus hijos sujetos á las tierras de susamos, y adornados de la astucia innata é inocencia ignorante del labriego, tenemos á un Sancho capaz de convertirse en escudero al oír contar las hazañas y proezas de un Amadís.

Alonso Quijano lee en sus libros lo que el viejo señor encanecido en las batallas cuenta á sus nietos, é ignorante, como aquéllos, de lo que la guerra significa, piensa en ser héroe de ella; pero por otra parte, hombre de edad madura y conocedor de la miseria humana, quiere redimirla con la fuerza de su brazo.

Dos son, pues, los polos sobre que gira su imaginación; correr el mundo en busca de aventuras, y entonces tropieza con los molinos de viento, con los rebaños de toros y carneros, con los duques; y correr el mundo en busca de doncellas que amparar, entuertos que enderezar, deudas que satisfacer, y entonces le vemos correr en tan múltiples aventuras como la de los galeotes, la de los batanes y las mil una que tuvo en las posadas; añadid á esto su escrúpulo caballeresco y el amor á su Dulcinea, y tenéis formado ya al personaje que tan popular se ha hecho con el nombre de Quijote.

Y Sancho, su buen amigo unas veces, y mal criado otras, Sancho que aún vive y va rodando por los mismos

caminos que fué el de Cervantes, representó el rústico ignorante, cuya ciencia está condensada en los refranes que cree deber aplicar á todo, y capaz de creer lo que por inverosímil resulta maravilloso, y así no duda un punto de que su amo haya visto al propio Montesinos en el fondo de su cueva y de que su amo gane ínsulas donde quede él de Gobernador.

Cervantes, escribió su obra en forma de libro de caballería, do hay algunos detalles de la obra que la completan, haciéndola resultar más, do hay el cambio de Alonso Quijano en D. Quijote de la Mancha, do hay la ventura con que da fin á su vida en la descomunal batalla con el caballero de la Blanca Luna.

Así entiendo yo el carácter de D. Quijote y Sancho, para juzgar lo que digo, téngase en cuenta mi edad y pocos conocimientos y véase en mi modestísimo trabajo el granito de arena que aporto al monumento de Cervantes, verdadero príncipe de las letras españolas.

HE DICHO.







CONSIDERACIONES SOBRE CERVANTES Y EL QUIJOTE

LEÍDO POR D. JOSÉ SEGURA MONTAGUT

EL inmortal autor del Quijote, es uno de los ingenios que han legado á nuestra patria un nombre ilustre y glorioso, encumbrando la novela y el idioma castellano al apogeo de su grandeza.

En nuestra literatura no se encuentra una obra que haya alcanzado tanta popularidad como El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, porque desde su aparición ha admirado á propios y á extraños, considerándola como monumento literario que perdurará mientras se hable el castellano: es más, aunque España desapareciera y no quedara recuerdo de nuestro idioma, seguiría el Quijote siendo la admiración de cuantos supieron apreciar la belleza. Y en prueba de la celebridad que ha alcanzado, basta fijarse en que en los tiempos pasados, á la manera que en Grecia siete ciudades se disputaron la gloria de haber sido la cuna de Homero, en España han disputado Alcalá de Henares, Madrid, Sevilla, Toledo, Lucena, Esquivias, Alcázar de San Juan y Consuegra el honor de

haber sido la de Miguel de Cervantes Saavedra; y en los tiempos modernos todas las literaturas le consideran como el primer novelista del mundo, y todas las naciones civilizadas festejan hoy el tercer centenario de su aparición.

Asombra y maravilla más su númen portentoso y fecundo, al considerar que las contrariedades sin fin que experimentó, apenas le debieron dejar tiempo para dedicarse al cultivo de las letras, pues si los escritores que le precedieron y alcanzaron el renombre de literatos surgieron, por regla general, de entre lo más selecto de la sociedad, y disfrutaron de todas las comodidades y ventajas de la suerte, al más insigne de nuestros ingenios, aunque oriundo de esclarecida alcurnia, le deparó su mala estrella el desamparo y la miseria, y tal serie de privaciones, contratiempos y desgracias que por sí solos bastarían para hacer decaer al hombre de espíritu más entero y esforzado, tanto más para extinguir el buen gusto, el gracejo y sobre todo, la jovialidad de la expresión. Teniendo, pues, en cuenta los infortunios que atenacearon la vida del ilustre Manco de Lepanto, la entereza y resignación con que los sobrellevó, y el regocijo de espíritu que deja entrever en sus obras, preciso será convenir que á un juicio recto y clarísimo, y á una imaginación sin par fecunda, unió un gran corazón y muchísima bondad de alma.

El genio de Cervantes se manifestó como poeta lírico, bucólico y dramático, y como novelista, produciendo muchas obras en un lenguaje tan puro, propio, elegante y armonioso que le colocaron en la cúspide de nuestros hablistas; pero la obra que le ha inmortalizado, la que ha contribuido á que en el parnaso literario se dé su nombre al idioma en que la escribió, ha sido El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha.

No ha habido un libro que haya sido más comentado que el Quijote, porque la crítica ha tratado de escudriñar sus más recónditos secretos y hasta sus pasajes más sencillos, habiéndose discutido mucho acerca de las intenciones

de su autor al escribirlo, lo cual, equivale á hacer su mejor elogio; más ateniéndonos á su sentido literal y á lo que afirma su mismo autor, podemos decir que su único fin fué concluir con los libros de caballería y con el ideal caballeresco que tan hondas raíces tenía en nuestro país.

Cervantes, para burlarse de la andante caballería y mostrar lo exagerado de tal institución en pugna con la realidad de la vida, pintó un hombre, hidalgo y honrado caballero, tan valiente como instruído, que entusiasmado por la lectura de los libros de caballería, llegó hasta la locura de considerar como verídicas sus disparatadas historias, y trató de realizar prácticamente el ideal caballeresco del siglo XVI; pero tropezó con todas las dificultades á la realidad, ridiculizándose continuamente: este tipo lo encarnó en D. Quijote. Al lado de éste retrató otro como protesta contra sus extráviós y disparates, representando la realidad de la vida; tal es su escudero Sancho Panza, bonachón y malicioso, honrado con mezcla de embustero y no poco de socarrón, que le sigue con cariño y abnegación, pero crédulo en demasía cuando le ciega la ambición, llega á forjarse las mismas ilusiones que enloquecían á su amo. D. Quijote y Sancho son á la vez tipos ideales y reales, y tan verdaderos y característicos que más parecen arrebatados á la historia, que engendrados en la fantasía: son dos personajes grandemente simpáticos de quienes todos los lectores se ríen, pero en quien ven retratada de mano maestra la constante lucha del idealismo y del realismo, de la parte poética y de la parte prosaica de la vida. Y no es que Cervantes censurara el idealismo racional ni elogiara el positivismo grosero, sino que condenó el idealismo que despreciando la experiencia y la realidad caminó á ciegas tras la inmediata realización de un ideal imposible, lo mismo que el positivismo exagerado y grosero que no reconoce otro móvil que el interés.

Don Quijote y Sancho se completan y se ayudan, son dos mitades del sér humano que, separándose, irán al

abismo, y, uniéndose, á la realización de hechos grandiosos y sublimes. Al alma de D. Quijote le sobra el idealismo que le falta á la de Sancho, y á la de aquel le falta el positivismo que le sobra á la de éste. D. Quijote obra siempre á impulsos de la fantasía, sin tener en cuenta lo que le enseña la experiencia, y por eso, aunque tiene razón al querer realizar la justicia, desfaciendo agravios y aderezando entuertos, se equivoca lastimosamente al creer que en el siglo XVI, basta para realizarlo el esfuerzo de la caballería andante.

Sancho camina guiado por la reflexión y por el sentido práctico de la vida, pero sin ideales ni entusiasmos, calculando siempre si el éxito compensará su esfuerzo; por eso, aunque procede bien burlándose de la candidez y de los disparates de su amo, no tiene razón al seguirle para llegar al gobierno de su codiciada insula, y al considerar como norma de conducta el interés personal.

Todos los demás personajes secundarios que figuran en tan colosal obra, están trazados también con colores muy vivos y sostenidos, son personajes vivos, perfectamente caracterizados, variados é interesantes, y demuestran que el que los delineó poseía un conocimiento profundo del corazón humano. El pueblo, por su parte, se ha identificado de tal modo con todos ellos que los ha creído reales y existentes, y ha llamado Quijotes á todos los idealistas, y Sanchos á todos los positivistas y calculadores. El lector, atraído por el creciente interés que dan á la obra la originalidad y variedad de las aventuras, los sabrosísimos chistes y los graciosos diálogos, siéntese impulsado á no dejar el libro de la mano, y á seguir siempre adelante en pos de inauditas y portentosas hazañas.

La lección moral que resulta de la obra es la síntesis de sus dos protagonistas: el hombre ha de vivir con el noble idealismo de D. Quijote y la juiciosa prudencia de Sancho, pero sin la irreflexión del primero ni el egoísmo del segundo.

Para terminar: el autor del Quijote no sólo consiguió el fin que se había propuesto, acabando para siempre, por medio de la sátira, con todos los libros de caballería, lo que no habían podido conseguir los escritores eminentes que seriamente las censuraron, sino que ha legado á la literatura una de las obras más importantes del entendimiento humano, una joya de inestimable valor que ha resistido y resistirá á todos los cambios de gusto y á todas las transformaciones de los tiempos, y ha logrado, sin pretenderlo, que el mundo entero le rinda homenaje de entusiasmo y admiración, y que los españoles recordemos eternamente con orgullo que el pensamiento profundo y la intuición divina que vivifica á *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, es obra inmarcesible de un compatriota.

JOSÉ SEGURA MONTAGUT.





TRABAJOS DE LOS ALUMNOS
de
HISTORIA GENERAL DE LA LITERATURA





Biografía de Cervantes

NACIÓ Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares y fué bautizado en la Iglesia de Santa María la Mayor, el día 9 de Octubre de 1547. Fueron sus padres el cirujano Rodrigo de Cervantes y D.^a Leonor de Cortinas.

En 1568 estudió humanidades, en Madrid, con el erudito Juan López de Hoyos. Entonces y con motivo de la muerte y exequias de D.^a Isabel de Valois, escribió Cervantes un soneto, unas redondillas y una elegía. Alentado con la buena acogida que tuvieron sus primeros ensayos poéticos, compuso algunas otras obrillas fugitivas, recordadas en su *Viaje al Parnaso*.

En Diciembre del mismo año y ansioso de mejorar fortuna, marchó á Roma. La expatriación de Cervantes sólo sirvió para empeorar su suerte. Sirvió en calidad de camarero, al cardenal Julio Aquaviva, cuyo destino no era como puede creerse humillante, porque entonces era común que la noble juventud española empezara su carrera sirviendo familiarmente á Papas y Cardenales.

Tres años después se alistó como soldado en los tercios españoles residentes en Italia. Asistió Cervantes á la batalla

más asombrosa que han visto los siglos, la batalla de Lepanto, donde recibió tres arcabucazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda, que, estropeada por toda su vida, fué testimonio de su valor y de la ingratitude de su patria.

Esta desgracia fué seguida de otra mayor el día 26 de Septiembre de 1575: la galera llamada *Sol*, en la cual volvía á España, se encontró con una escuadra de galeotas mandada por el corsario Arnauta Mamí; y después de un reñido combate quedó prisionera y Cervantes llevado cautivo á Argel, tocando en suerte al arraez Dalí Mamí, renegado griego.

Cervantes se dió á buscar los medios de sacudir la esclavitud intolerable á su alma generosa, como lo revela en el *Quijote*. Huyó de casa de su amo y se escondió en una cueva que en un jardín á orillas del mar había cavado un cautivo.

Allí con otros compañeros estuvo aguardando ocasión de que les salvara un mallorquín llamado Viana que, rescatado, les había ofrecido volver por ellos: Viana, fiel á su promesa, una vez vuelto á su patria, equipó una embarcación y se arrimó á las costas de Argel, pero tuvo la desgracia que en el momento de saltar á tierra le conociesen los moros, y viendo que alarmaban la costa se vió precisado á largarse al mar y no volvió á parecer.

Los infelices cautivos que habían visto su llegada y desaparición, alentados por Cervantes, se entregaban otra vez á la esperanza, cuando fueron vendidos por el que les servía de vivandero.

Mas no por eso desmayó Cervantes, sino que concertó sucesivamente otros proyectos que también se desgraciaron y hasta intentó sublevar á los cautivos, darles libertad á todos y alzarse con Argel: tan atrevida empresa malogrose.

La libertad de Cervantes no se verificó hasta el año 1580 que fué rescatado por los frailes mercenarios, mediante 500 ducados.

Vuelto á su patria, se incorporó á su antiguo tercio, y

se portó en otras varias acciones como soldado muy valeroso. Desengañado de las ventajas que podría conseguir en la carrera militar, volvió á consagrarse á las musas. La primer obra que dió á luz fué *La Galatea*, que se imprimió en Madrid en el año 1584.

Poco tiempo después, casó Cervantes con D.^a Catalina Palacios Salazar y Vozmediano, de una acomodada familia de Esquivias. Este nuevo estado sólo sirvió para empeorar su situación. La necesidad le obligó á hacer comedias.

Las comedias que escribió Cervantes fueron representadas de 1585 á 1588, y son las siguientes: *Numancia*, *La batalla naval*, *La gran turquesca*, *Tratos de Argel*, *La Jerusalem*, *La Amaranta ó la de Mayo*, *El bosque amoroso*, *La única y bizarra Arsinda*, *La toledana*, *María la de Esquivias*, etc.

Cervantes abandonó el teatro cuando Lope de Vega lo ocupó: desde entonces hasta la publicación del *Quijote*, no salió de su pluma ninguna obra de importancia.

Todo este tiempo estuvo errante de Madrid á Sevilla y de Sevilla á la Mancha, y para colmo de desgracia, los vecinos de Argamasilla le maltratan y le prenden, sin que se sepan hasta ahora los motivos de esta violencia.

Pero ¿qué son las cadenas para un hombre de espíritu? las cadenas sujetan el cuerpo, pero no el pensamiento. En una cárcel donde según el mismo autor «toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruído hace su habitación» escribió Cervantes su inmortal obra.

Los libros de caballería inundaban á España, y sus despropósitos eran la admiración de toda ella.

Yo acabaré con esta peste, dijo entre si Cervantes, y su imaginación grande y festiva les presentó al héroe que había de estirparla.

Tal fué el fin de Cervantes al escribir el *Quijote*; que la posteridad contempla atónita sin atreverse á decidir cual sea más admirable, si la fantasía que lo inventó, el gusto con que se ejecutó ó la dicción con que se expresó.

No es la índole de este trabajo apropiado para analizar las bellezas del *Quijote*, y de examinar cómo Cervantes, supo hacer de su héroe el tipo más apropiado para ridiculizar la caballería andante.

Bermudez de Castro, en su composición titulada *Los dos artistas* hablando de esta obra dice: «Especie de tela matizada con el matiz del brillante bordado de historias frescas, raras, aéreas, fragantes como las flores de un jardín. Mil extravagancias, mil locuras, con todos los atributos de gracia y chistes mezclados, y que se pierde en mil arabescos fantásticos con las más filosóficas y profundas sentencias del juicio y la razón sana, y con los amores imaginarios y ridículos, y con visiones de alucinaciones vaporosas; y alternando con ellos la candidez y la ternura, con sus episodios de amores inocentes ó tiernos, desgraciados ó felices, con lágrimas y suspiros dulces, ó con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas ó elegías. La vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas... con mil caracteres que cambian como los días. Tela florida que desarrolla una existencia fantástica, pero verdad. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusión de chistes y extravagancias, capaces de hacer reír á un sepulcro».

En 1605 se publicó la primera parte de la inmortal obra. De improviso no pudo ser entendida la sátira finísima que en ella reinaba, entonces el autor tuvo que escribir una crítica aparente de su obra que tituló el *Buscapié*. A favor del *Buscapié* se extendió la obra y en poco tiempo se hizo universal su lectura.

Los demás escritores de su época se sintieron zaheridos por la celebridad de la obra y se conjuraron para arrebatársela. Villegas se atrevió á llamarle *Quijotista*, con el pretesto de defender al versificador Argensola, á quien Cervantes no había hecho más daño que el «de estimarle en demasía».

Otro poeta tuvo la osadía de escribir la segunda parte del

Quijote, cuyo mérito sin duda no comprendía. Entonces fué cuando Cervantes publicó la segunda parte de su genial obra.

En el tiempo que medió entre la publicación de las dos partes del *Quijote* dió á luz Cervantes sus *Novelas ejemplares* y su *Viaje al Parnaso*.

Al fin de su vida dejó próximas á concluir las obras: *Semanas del jardín*, el *Bernardo*, la *Segunda parte de la Galatea* y los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*. De todas estas la única que se publicó, fué la última que después de la muerte de Cervantes dió á la publicidad su viuda, en Madrid, en 1617.

El sábado Santo, 2 de Abril de 1616, cayó enfermo Cervantes pasando al pueblo de Esquivias para ver si mejoraba; no consiguiéndolo, regersó á Madrid donde murió el sábado 23 del mismo mes á los 69 años de edad.

Esta fué la vida del genio gloria de España que en estos días honramos.

M. XIMENEZ DEL REY.

Alumno de 5.º curso.







À CERVANTES

SONETO

Tu Quijote me tiene entusiasmado:
 para sabios y necios lo escribiste
 y de todos aplausos conseguiste,
 como al mundo lo tienes demostrado.

Hoy recojes la gloria que te ha dado,
 ya que en su día escasa la tuviste:
 más si entonces premiado no lo fuiste
 España te lo ofrece hoy redoblado.

Tu recuerdo jamás pondrá en olvido,
 pues el nombre del ínclito Cervantes,
 en sus frentes lo llevan esculpido

los que son de las letras muy amantes.
 ¡Que tu Quijote el mundo ha recorrido
 conquistando ovaciones delirantes!.....

LUIS VALLS.





Vida y Obras de Cervantes

DON Miguel de Cervantes Saavedra, hombre muy ilustre é ingenioso: no se ha logrado aún descubrir su sepulcro, como también se ocultó larguísimo tiempo su cuna. Hasta ocho poblaciones se disputaron aquel timbre: Madrid, Sevilla, Toledo, Lucena, Esquivias, Alcazar de San Juan, Consuegra y Alcalá de Henares. Nació en esta ciudad y se bautizó el 9 de Octubre de 1547 en la parroquial iglesia de Santa María la Mayor; su familia, oriunda de Galicia y luego vecindada en Castilla, sin ser de la primera nobleza, correspondía á la clase de los hidalgos.

A principios del siglo XVI se hallaba Juan de Cervantes de corregidor en Osuna y su hijo Rodrigo se desposó por el año 1540, con D.^a Leonor de Cortinas, señora noble del lugar de Barajas; naciendo de este enlace primero dos niñas, D.^a Andrea y D.^a Luisa y luego dos niños, D. Rodrigo y D. Miguel, siendo este el menor de toda aquella familia, tan menesterosa como honrada.

Poco consta de la mocedad de Cervantes; se deja discurrir

que nacido en pueblo de universidad á donde acudían los jóvenes de Madrid, que sólo distaba cuatro leguas, cursó allí sus primeros estudios. Lo que se sabe por su propio testimonio que desde su niñez era aficionado á la lectura hasta el extremo de ir recogiendo por las calles los girones de papelillos despreciados.

Miguel, á la edad de 20 años, pasó á Salamanca donde estuvo dos años matriculado como estudiante en aquella Universidad, en la cual consta que vivió en la calle de los Moros y allí fué donde se impuso en las costumbres de los estudiantes que retrató tan al vivo en varios pasos de sus obras y con especialidad en la segunda parte del *Quijote* y en dos de sus mejores novelas, el *Licenciado Vidriera* y la *Tía Fingida*.

A la muerte y exequias de D.^a Isabel de Valois, escribió Cervantes en 1568 un soneto, unas redondillas y una elegía. En Diciembre del mismo año marchó á Roma como camarero del Cardenal Julio Aquaviva, Legado del Papa. Dos años después se alistó en las tropas españolas, en la compañía del capitán Diego de Urbina, perteneciente al regimiento de D. Miguel Moncada, al mando del general Marco Antonio Colonna, que estaban acuarteladas; en aquella época no habían más carreras entre los hidalgos que la iglesia y las armas; ésta fué la que aceptó Cervantes y sentó plaza de soldado. Asistió Cervantes, en 1571, á la batalla de *Lepanto* y, hallándose enfermo de calenturas, pidió ocupar su puesto en el peligro, recibiendo dos heridas en el pecho y una en la mano izquierda que le quedó inútil para siempre; de ahí su glorioso mote de *El Manco de Lepanto*, que él ostentaba con orgullo. Grandísimo debió de ser su temerario arrojo, cuando siendo simple soldado, se le conocía y distinguía en tal manera. Peleó también como bueno en Navarino, en Corfú, en Túnez y en la Goleta. Más Cervantes, que á pesar de las heridas que tenía no se quiso retirar, lo cual demostraba su valentía, como poco á poco las tropas se acuartelaban, él herido y enfermo, tuvo

que permanecer en Mesina, en el hospital, por espacio de seis meses. D. Juan de Austria, finísimo y contento con Cervantes, ya desde el día posterior al combate y cuando visitó los diferentes cuerpos de la armada, no lo olvidó tampoco en aquel desamparo.

Restablecido, por fin Cervantes, una orden del generalísimo á los oficiales de cuenta y razón, señaló una paga de tres escudos al soldado Cervantes, que pasó á una compañía del tercio de Figueroa, la cual partió en compañía de la escuadra confederada, y otras tantas el 6 de Junio, cuando partió para el Archipiélago Marco Antonio Colonna.

Cervantes, después de entrar en Tunez con el marqués de Santa Cruz en las filas del afamado tercio de Figueroa, volvió á Palermo en la escuadra. Con motivo de tanta expedición militar, anduvo Cervantes toda la Italia, pues visitó á Florencia, Venecia, Roma, Nápoles, Palermo y el colegio de Bolonia donde se impuso en la lengua y literatura italiana, en la que se habían ya ido labrando los ingenios de Boscan, Garcilaso, Hurtado de Mendoza, y se estaban en su tiempo ejercitando Mesá, Virués, Mira de Amescua y los hermanos Argensolas.

Cervantes, de edad de 29 años, lisiado, desfallecido con los quebrantos de tres campañas, y siempre soldado raso, trató de restituirse á su patria y familia; embarcóse, pues, Cervantes, pertrechado con recomendaciones tan relevantes y lisonjeras, desde Nápoles, en la galera española el *Sol*, con su hermano mayor Rodrigo, soldado como él, el general de Artillería y un ex-gobernador, la cual fué atacada por los piratas argelinos quienes apresaron á todos los tripulantes. Vivió Cervantes cautivo en Argel, imaginando, no ya el proyecto de fugarse, propio de todo prisionero, sino la vastísima empresa de rebelarse al frente de los treinta mil cautivos cristianos que había en la ciudad, alzarse con el dominio de ésta y regalársela á España.

Cervantes fué vendido á Hasan-Agá, cuyo verdadero apellido era Andreta, á fines de 1577, en medio de su es-

trecho cautiverio y del peligro inminente que le estaba amenazando á cada intento de fuga, no por eso dejó de emplear cuantos arbitrios le proporcionaban las circunstancias y su maestría.

Por todo el año 1578, halló medio para enviar á un moro á Orán con cartas dirigidas al general D. Martín de Córdoba, gobernador de aquella plaza; mas el emisario fué cogido al llegar á su destino y traído con sus pliegos al rey de Argel. Hasan-Agá mandó empalar al desastrado mensajero y condenó á Cervantes por la firma de sus cartas, á dos mil azotes.

Mientras estaba Cervantes echando infructuosamente el resto por conseguir su libertad, su parentela le estaba agenciando á toda costa su rescate, por el rumbo corriente. Agotados ya todos sus recursos en 1577, para aprontar el contingente por el primogénito, sacaron en Madrid una certificación de los alcaldes de corte, con fecha de 17 de Marzo de 1578 con presencia de varios testigos que acreditaban los servicios eminentes de Cervantes en las campañas de Oriente y el sumo desamparo de la familia para rescatarlo. A este documento que se comunicó al rey, acompañó el duque de Sesá, ex-*virrey* de Sicilia, una especie de abono en que recomendaba eficazmente su soldado antiguo á la dignación del monarca.

En Diciembre de 1584 se casó con la hermosa, excelente y noble dama D.^a Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, hija de acomodada familia de Esquivias, en la provincia de Toledo.

En 1585 salió á luz su primera obra, la novela pastoril *La Galatea*, por la cual le pagó Robles 1.336 reales. Tuvo la novela menos éxito del que merecía y quizás por esto la conservó Cervantes toda su vida el cariño tierno que se profesa á un hijo desgraciado. En 1588 pasó á Sevilla, fué nombrado proveedor de la Armada Invencible, donde se mostró una vez más su desventura. En 1590 solicitó pasar á América en uno de los cuatro regimientos ó señalamientos

vacantes en Granada de Indias, Cartagena de Indias, la Paz y Guatemala. No consiguió su pretensión por falta de apoyos. En 1592 ajustó con el comediante de Sevilla, Rodrigo de Osorio las comedias que pudiera escribir, á cincuenta ducados una con otra.

En 1594 fué nombrado recaudador de contribuciones en Granada.

Y en 1595 obtuvo un premio en el Certamen celebrado en Zaragoza en loor de San Jacinto.

¿Será de extrañar repasando los peregrinos acontecimientos de aquel cautiverio que Cervantes los tuviera tan clavados en la memoria, tomando sus propias aventuras por tema de sus dramas y novelas y que en casi todas sus obras haya estado aludiendo á puntos que no se entendían hasta que se ha logrado historiar despejadamente su vida? Tampoco se le trascordó el medio por donde consiguió su rescate, y su agradecimiento le fué apuntando en la novela de la *Española Inglesa* con las alabanzas debidas á los padres de la Redención.

Entre las obras que Cervantes escribió se conservan las siguientes:

La Galatea que aventaja, con mucho, á la de todos cuantos autores habian escrito antes y si no llega á la sublime altura del *Quijote*, es por la flojedad y escaso jugo del asunto. En esta novela aparecen Cervantes y sus amigos los escritores contemporáneos y las amadas de todos ellos, disfrazados con los nombres pastoriles de Elicio, Erastro, Lauro, Silerio, Tirsi, Timbrio, Nisida, Galatea, Rosaura, Florisa, Silema, etcétera. Después de la *Galatea* compuso Cervantes las comedias de la primera época de la que sólo nos quedan dos, la *Numancia* y el *Trato de Argel*. También escribió otra llamada el *Quijote*: novela fantástica sobre los caballeros, hidalgos y andantes en la que figuran dos, D. Quijote y Sancho Panza: bien puede decirse como afirman algunos libros que novela como el *Quijote* no la hay en Portugal. *Las Novelas ejemplares* publicadas en 1613. *El Viaje ai*

Parnaso; poema en hermosos tercetos, en que habla de sí mismo y de los demás poetas contemporáneos, no ya en el tono de dulzona alabanza que usara antes.

Seguro ya de su fama, publicó en 1615 sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*. También escribió Cervantes la novela que ha llamado la atención denominada la *Tía fingida*. Es digna de mencionarse *La gitanilla*, hermosísima pintura de las costumbres de los gitanos, á la que sirve de fondo la figura de Preciosa, gallarda gitana que resulta ser hija de noble familia, y sus amores con un caballero que se mete en la cofradía de los gitanos para seguir su suerte. Las tres novelas que inspiraron á Cervantes los sucesos de su cautiverio, son: *El cautivo*, *El amante liberal* y *la Española Inglesa*. *La señora Cornelia*, *Las dos doncellas* y *La fuerza de la sangre* son novelas de intriga amorosa, inspiradas en la manera de los novelistas italianos. La incomparable narración filosófica y estudio psicológico de las locuras discretas de *El licenciado Vidriera* y *La ilustre fregona*, *El casamiento engañoso* y *Rinconete y Cortadillo* son muy celebradas.

La acción de *Pérsiles* libro que califican de pesado los que no le han leído, marcha rápida, abundosa, cuajada de incidentes, algunos tan originales y leídos como el de *Feliciana de la Voz*.

Las descripciones son animadas é interesantes. Solo puede olvidarse este libro hallándose á su lado el *Quijote*.

Cervantes soldado valiente y escritor incomparable murió en la indigencia, á los cuatro días de escrita la dedicatoria de *Pérsiles*, el 23 de Abril de 1616 Como hermano de la Venerable Orden Tercera, fué conducido con la cara descubierta desde su casa, calle de Lope de Vega, esquina á la de León, hasta el vecino convento de las Trinitarias en la calle de Cervantes.

No se han encontrado los restos del inmortal autor, ni hace falta. Para hablar de él, después de resumir su vida en las anteriores líneas, necesitaríase un gran libro,

— 85 —

que aún no se ha escrito y un gran ingenio, que no ha nacido aún.

Dos insignes literatos, gloria de Alemania el uno, Enrique Heine, de Rusia el otro, Ivan Turguenef, han escrito páginas admirables acerca del *Quijote*.

GIORDANO BLASCO LÓPEZ.

Alumno de 5.º curso.







À CERVANTES

SONETO

ATRASADA la patria en libertades,
 No supo apreciar bien al gran portento,
 Y han venido después otras edades,
 A rendir homenaje á tu talento.

Mi débil voz con vacilante acento,
 Hoy tropieza con mil dificultades,
 Para cantar con otros, las verdades
 Que presiente á la vez mi pensamiento.

¡Qué hermoso es el Quijote que has escrito!
 Maestro eterno, de mi patria gloria,
 Vivirás más que el tiempo y que el granito

¡Presente cual de Dios es la memoria,
 Yo escribiré la fama de tu historia
 En el espacio azul de lo infinito!

El alumno
 ANTONIO PERIS BENLLOCH.





Discusión sobre el lugar del nacimiento de Cervantes

OCHO han sido los pueblos que se han disputado la honra de ser la patria del insigne autor del Quijote: Madrid, Toledo, Esquivias, Sevilla, Lucena, Consuegra, Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan.

La villa de Madrid fundaba sus derechos en que el insigne poeta Lope de Vega, en su Laurel de Apolo, señala á Madrid como patria del insigne ingenio.

El poeta y célebre comediante, Andrés de Claramonte, en su libro titulado *Letanía moral*, señala como patria de Cervantes á Toledo.

El cronista D. Tomás Tamayo á la villa de Esquivias, porque de ella era natural la esposa de Cervantes.

Sevilla, en que en los anales de dicha ciudad escritos por Ortiz y Zúñiga, cita como preclaro hijo de dicha ciudad á Miguel de Cervantes Saavedra, pero este escritor sólo hizo seguir las huellas de D. Nicolás Antonio, el cual, en su Biblioteca Hispana, dice, fundándose en lo que escribió Cervantes en el prólogo de sus Comedias, que allí siendo niño había visto representar al famoso comediante Lope de Rueda.

Lucena se funda en que en los libros parroquiales de dicho pueblo existen dos partidas de bautismo que llevan el apellido de Saavedra.

Consuegra también presentó sus títulos con iguales aspiraciones, fundándose en una partida de bautismo encontrada allí que dice:

«En primeros del mes de setiembre de mil quinientos cincuenta y seis yo Diego Abad de Arabe, clerigo, baptice á Miguel, hijo de Miguel Lopez Cervantes y de su mujer Maria de Figuerca; fué su compadre Rodrigo del Alamo y comadre Locia Alonsa, en fe de lo cual lo firme de mi nombre =Diego Abad, clerigo.»

Aunque este documento dió mucho juego, retiróse también dicha villa.

Entonces quedóse reducida la cuestión á la ciudad de Alcalá y á la villa de Alcázar; poco tiempo después se dió casi por terminado el asunto con motivo del *hallazgo* de una relación impresa en Granada el año 1581 que comprendía los nombres y naturalezas de 185 cautivos rescatados en Argel el año 1580, en la que figuraba Miguel de Cervantes Saavedra, natural de Alcalá de Henares. Se buscó en los libros parroquiales y se encontró la verdadera partida de bautismo que dice así:

Año 1547 «Domingo nueve dias del mes de octubre, año del señor de mil e quinientos e cuarenta e siete años, fue baptizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes e su mujer Doña Leonor; fueron sus compadres Juan Pardo baptizale el reverendo Sr. Br. Serrano cura de nuestra señora: testigos Baltasar Vazquez Sacristan e yo que le baptice e firme de mi nombre El Br. Serrano.

Pero aun había algunas dudas respecto á si ésta era la verdadera partida, por el hecho de firmarse él en sus obras Cervantes Saavedra y en la antedicha partida no figurar el segundo apellido que, como parecía natural, debía ser el de su madre, á la cual en dicha partida se la designa con el solo nombre de Doña Leonor. Poco tiempo después apare-

ció en Alcázar de San Juan un nuevo documento que dice así:

«Certifico yo Don Pedro de Cordoba, Teniente cura prior de la Iglesia parroquial mayor de Santa Maria de esta villa de Alcazar de San Juan, que en uno de los libros de bautismo de dicha Iglesia que principio en 10 dias de Septiembre de 1506 y finalizo en 18 de Febrero de 1635, al folio 20 ay una partida de bautismo tenor siguiente=Partida=En 9 dias del mes de Noviembre de 1558 bautizo el licenciado señor Alonso Diaz Pajares un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina Lopez que le puso por nombre Miguel: fue su padrino de pila Melchor de Ortega acompañados Juan de Quiros y Francisco Almendros y sus mujeres de los dichos=El licenciado Alonso Diaz=Al margen de dicha partida se halla escrito por nota lo siguiente: Este fue el autor de la Historia de Don Quijote. Y para que coste y tenga los efectos que haya lugar en derecho doy la presente en esta villa de Alcazar de San Juan en 28 del mes de Agosto de 1765=Don Pedro de Cordoba.»

Esto volvió á sembrar la duda y la confusión entre los literatos, hasta que habiendo examinado los archivos de la Redención de Cautivos, encontraron una partida de rescate extendida en Argel en 19 de Septiembre de 1580, en la que consta que Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares el 9 de Octubre de 1547.

ERNESTO ZURRIAGA ESTEVE.

Alumno de 5.º curso.







Cervantes como militar

DIGNO es de admirarse Cervantes como militar, cualidad que unía á la de literato.

Entendió que el primer deber del hombre era servir á su patria, esto es, pelear por ella, morir si fuera necesario.

Hay una máxima suya que indica su carácter valeroso, y es «que las heridas que se sacan de las batallas son estrellas que guían al cielo de la gloria».

Su valor quedó probado en diferentes ocasiones, pero en la que maravilló á sus capitanes, compañeros y á España entera fué en Lepanto, en la terrible batalla de Lepanto, aquella gloriosa batalla que sostuvieron los cristianos contra la «media luna», batalla entre dos religiones, que es la más terrible que se conoce y sólo puede compararse á la de razas.

El mar estaba tranquilo, el aire había cesado de soplar, el sol brillaba en el horizonte alumbrando aquel magnífico y deslumbrante cuadro.

Veíase del lado cristiano las banderas multicolores, los relucientes cascos y corazas que con la luz del sol lanzaban vivos resplandores, picas, espadas con sus deslumbrantes

reflejos, mosquetes y cañones dispuestos á hacer sentir sus mortíferos efectos.

Por el lado turco divisábanse sus curvos y relucientes alfanges, sus turbantes, sus banderas en las que se veía la «media luna».

Un silencio siniestro reinaba en el golfo.

Oyóse el cañonazo del barco en el que iba el jefe turco, que fué contestado por el cristiano.

Chocó el ala derecha de los turcos con la izquierda de los cristianos, el turco Uleh-Ali apresó la capitanata de Malta y pasó á cuchillo á todos sus defensores, salvándose tres, que tan llenos de heridas estaban, que los contaron entre los muertos.

Las galeras de los jefes D. Juan de Austria y Ali-Baja se precipitaron una sobre otra; la artillería no cesaba un momento de barrer las cubiertas.

El combate se generalizó en pocos momentos.

Ambos bandos pelearon heroicamente.

Retumbaba el cañón echando á pique los barcos y haciendo múltiples víctimas; los mosquetes no cesaban un instante en causar sus mortales efectos; se oía el siniestro choque de las espadas, todo era estrago y muerte.

El mar engullíase las naves y los ensangrentados cuerpos de turcos y cristianos que iban á servir de pasto á los peces que se regalarían con el para ellos sabrosísimo manjar.

Cervantes se encontraba en la galera «Marquesa» de Andrea Doria, postrado de calenturas, pero al empezar el combate, sintiendo inflamarse su pecho, sintiendo en su interior deseos de pelear contra los enemigos de su patria, pidió á su capitán le colocara en el punto de mayor peligro.

En vano su capitán y compañeros se obstinaron en convencerle que estaba más para curar que para combatir, todo fué inútil.

Cervantes peleó con valor como un héroe y recibió dos

heridas en el pecho y una en la mano izquierda, circunstancia por la que se le denomina «El Manco de Lepanto».

Pero sus heridas no le acobardaban, al contrario, le embravecían y se mantuvo peleando, sin que hubiera medio de hacerle retirar, hasta que cesó el combate.

Tan grande fué su arrojo, que á pesar de ser soldado, se le admiró en todo el mundo.

También peleó en Navarino con mucho arrojo.

También estuvo Cervantes en la Goleta, plaza que fué tomada por los españoles sin que se les hiciera resistencia.

Sin duda estaban acobardados de los descalabros de Lepanto, cuando entregaron la plaza sin resistirse.

Al mismo tiempo que se apoderaban de la Goleta se apoderaron de Túnez, donde se portó como acostumbraba.

Después de la toma de la Goleta, Cervantes se puso en cura, cosa que duró algún tiempo, pues sus heridas habían sido de consideración.

Ya restablecido pidió licencia á D. Juan de Austria para volver á España, que le fué concedida.

Cervantes embarcó en la galera *Sol*, con el general de artillería y algunos jefes y soldados.

El día 16 de Septiembre de 1575 se encontró rodeada la galera de una escuadrilla de galeotes que mandaba Mami, capitán del mar de Argel.

Atacáronla los buques enemigos y después de una gran resistencia, quedó en poder de los moros y fué conducida á Argel con sus tripulantes, á sufrir las torturas del cautiverio.

Hecho el reparto de esclavos, á Mami le tocó en suerte Cervantes, que empezó á sufrir las torturas del trato que aquellas gentes feroces daban á los cautivos cristianos, cargándolos de cadenas, apaleándolos y ahorcándolos cuando les placía.

Cervantes permanecía resignado y sufría impasible los improperios que á su vista proferían aquellas gentes incultas.

Desde el momento en que fué privado de libertad, en su alma se alimentó la idea de recobrarla.

La primera tentativa fué fugarse de casa de su amo, é indujo á un moro á que le acompañara á Orán, plaza española, acompañado de algunos de sus compañeros, pero el moro les abandonó á la primera jornada y no tuvieron más remedio que volver á Argel, donde los cargaron más de cadenas y aumentaron los castigos.

La familia de Cervantes, enterada de su cautiverio, procuró reunir la suma que pedían los moros por su rescate, pero á pesar de las privaciones no pudieron allegar la cantidad tan grande como la pedían, sino otra menor.

Los moros no quisieron dar á Cervantes tan barato, pero dieron á su hermano Rodrigo, que quedó en mandar para su rescate una fragata, como así lo hizo.

Reunido Cervantes con algunos compañeros, y guiados por un jardinero cristiano, que les ayudó á la fuga llevando provisiones á una cueva, en donde habían de estar hasta que llegase la fragata.

Llegó por fin la fragata, pero fué apercebida por los moros que la capturaron é hicieron cautivos á todos sus tripulantes, y el mismo que les llevaba las provisiones descubrió al rey el escondrijo en donde estaban.

La tercera tentativa fué que habiendo hecho amistad con un moro y un renegado, persuadió á aquél que comprase una fragata con pretexto de hacer el corso y que huirían de Argel con unos cuantos cautivos de los principales.

Ya se preparaban los cristianos á huir, cuando hubo un traidor que los delató, éste fué Juan Blanco de Paz, que había sido fraile Dominicó y hombre de malos instintos, era odiado de todos, y al enterarse del proyecto de fuga, los descubrió al rey.

Dícese que el rey le dió en pago de su traición un escudo y un jarro de manteca.

El rey quiso sorprenderles en el acto en que realizaban el embarque, pero advertidos á tiempo desistieron de la empresa.

En esta como en las ocasiones anteriores, Cervantes se echó encima toda la culpa.

Concibió la temeraria empresa de sublevarse con 25.000 cautivos cristianos y entregar Argel al rey Felipe II.

Varias tentativas se hicieron en España para ver si se podía reunir la suma pedida por el moro, pero fracasaron.

Por fin la familia, con ayuda de varios señores, pudo reunir la suma pedida, y fué negociado su rescate por Fray Juan Gil, marchó á Constantinopla y por fin regresó á Madrid el 18 de Diciembre de 1580.

Esta fue la vida militar de nuestro gran Cervantes, ignorada tanto, como conocida es su vida literaria.

Acordémonos de Cervantes, dediquémosle el homenaje que se merece, homenaje que dedicará el mundo entero al eminente Manco de Lepanto.

JOSÉ MARTÍNEZ BENIMELI.

Alumno de 5.º curso.







¡LEPANTO!

QUERIDOS COMPAÑEROS:

POR R. O. del Ministerio de Instrucción pública se dispone que en todos los centros de enseñanza se celebren fiestas, en conmemoración del tercer centenario de la publicación de «El Quijote», gloria del autor inmortal D. Miguel de Cervantes Saavedra.

No sólo España recuerda á aquel hijo patrio, honra de nuestros antepasados, sino que hasta las naciones extranjeras conmemoran este grandioso día; entre ellas Rusia, que por medio de su embajador ha regalado á nuestro gobierno cuatro cuadros del siglo XVII que reproducen escenas de aquella nunca bastante gloriada obra.

Yo, el último de todos vosotros, que por primera vez me decido á hablar en público, declaro que el pulso me tiembla para escribir estas mal trazadas líneas, ¿y sabéis por qué? porque no encuentro tema de qué hablar.

Solicito vuestra indulgencia, por todos los errores que cometa, que no serán pocos, y fiado en vuestros nobles

corazones y en la hidalguía de todos vosotros, me permito dedicar este mi primer paso á mis prestigiosos y sabios profesores haciendo algunas consideraciones acerca de la batalla de Lepanto.

¡Glorioso nombre que recuerda nuestra madre patria!

¡Glorioso nombre que recuerda la batalla más victoriosa que se conoce en los anales de la historia!

¡Glorioso nombre que recuerda á nuestros guerreros antepasados, almas de hierro, corazón patrio y nunca traidores á su madre patria!

En aquella fecha, España había llegado á su mayor alto grado de esplendor y poderío. Eran nuestras posesiones tantas y se extendían de tal suerte por la superficie del globo, que de ahí se dijese la frase de que «no se ponía el sol en los dominios españoles».

Reinaba en aquella época Felipe II. Había sido sofocada la rebelión de los moros en Granada, en cuyos hechos de armas se había distinguido D. Juan de Austria, hermano natural de D. Felipe.

Por aquel tiempo los turcos, cuyo dominio en el Mediterráneo tenía alarmadas á algunas potencias, habían amenazado apoderarse de la isla de Chipre, perteneciente á la República de Venecia.

El Papa Pío V, al ver los atropellos de que iba á ser objeto aquella República, convocó á todos los Príncipes cristianos para poner coto á tales desmanes.

Desgraciadamente la voz del Pontífice cayó en el vacío y sólo fué oída y secundada en nuestra guerrera patria; sólo el rey Felipe II, apoyó tan sagrada determinación. Al efecto se formó una liga, compuesta de Roma, Venecia y aquella grande España (digo aquella pues, por desgracia y afrenta nuestra, hoy no nos queda más que la vanidad y la honra de haber sido).

«Esta Liga» bien pronto hizo los preparativos con entusiasmo indescriptible y nuestra guerrera y hermosa patria tuvo bien pronto concluidas y equipadas con todos los ele-

mentos de ofensa y defensa, noventa galeras y setenta naves de una construcción sólida y esmerada.

Roma y Venecia esmeráronse también en construir barcos grandes, pero no tan sólidos como los nuestros, como quedó demostrado en aquella grandiosa batalla.

Las crueldades de los turcos contra las posesiones de Chipre redobláronse con más encarnecimiento al notar los preparativos de nuestra madre patria; puesto que las fuerzas coligadas constaban de veintinueve mil combatientes, de los cuales diecinueve mil fueron españoles; de ahí que la victoria ó derrota había de ser exclusivamente española.

D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, fué el general en jefe de aquella grandiosa expedición; ¿y quién había de ser si no un español, puesto que la fuerza ó la mayoría de aquella era española?

Mesina fué el punto escogido de reunión de fuerzas, y entre vítores y aclamaciones salieron de aquel puerto el 16 de Septiembre de 1571.

Se levaron anclas, llegó el domingo 7 de Octubre de aquella memorable fecha y horrenda batalla, y á los primeros albores del nuevo día se encontraba nuestra escuadra á la entrada del golfo de *Lepanto*; distinguió á la musulmana compuesta de 250 naves y al momento principió el estruendoso cañoneo, empeñándose el combate con horrible tenacidad por ambas partes, llegando la encarnizada lucha cuerpo á cuerpo y al abordaje. El entusiasmo de los españoles crece; por todas partes se oían lastimeros y desgarradores ayes acompañados de confusos gritos, entre el estampido de los cañones. La sangre corría por las cubiertas de las embarcaciones y teñía las aguas del mar en gran extensión; nuestra Capitana, mandada por D. Juan de Austria, abordó la de los musulmanes; se oyen los clarines de ataque, y los españoles, con indescriptible entusiasmo, saltan á la capitana de los turcos; el jefe de éstos cae mortalmente herido y entra la confusión y el espanto en las fuerzas enemigas; las tropas cristianas ciñen una vez más el laurel de la victoria.

Entre aquellos héroes se hallaba un obscuro soldado voluntario de las tropas españolas, alistado en la compañía del capitán D. Diego de Urbina, perteneciente al regimiento de D. Miguel de Moncada, al mando del general don Marco Antonio Colonna. Tomó parte como buen soldado en las batallas de Navarino, Corfú, Túnez y en la Goleta; postrado se hallaba en cama, este buen patricio, por la terrible enfermedad de calenturas, cuando el estampido del primer cañonazo anunciaba el combate; desoye los consejos de sus buenos amigos de que no abandonase el lecho, pero al ver á su querida patria amenazada, pide ocupar su puesto en el peligro; toma las armas y se coloca en el lugar más arriesgado de cubierta; su arrojo y su valor causan la admiración de sus compañeros; al fin cae mortalmente herido, recibiendo dos heridas en el pecho y una en la mano izquierda que le quedó inútil para siempre y por ello pierde el brazo.

Grandísimo debió de ser su temerario arrojo, cuando, siendo simple soldado, se le conocía y distinguía entre todos.

Aquel héroe, aquel soldado obscuro, voluntario de las tropas españolas, ¿sabéis quién era? ¡un español! el inmortal autor de «El Quijote», el Príncipe de los ingenios españoles, D. Miguel de Cervantes Saavedra, MANCO DE LEPANTO, que si bien esgrimía las armas en acción de guerra, mejor manejaba la pluma como escritor, como poeta, como autor dramático, como novelista.

¡Loor á aquel guerrero!

¡Loor á aquel escritor!

¡Loor á aquel poeta!

¡Loor á aquel ilustre dramaturgo!

¡Loor á aquel novelista gloria y orgullo de nuestra querida madre patria!

He dicho.

ANTONIO FERRI GENOVEVA.

Alumno de 5.º Curso.



A Cervantes

SONETO

Qu genio augusto de la patria mía,
 Que te elevaste sobre el mundo entero,
 Retratando un perfecto caballero
 Y desterrando la Caballería!

Aunque humilde mi voz, en este día
 Cantar tu gloria entusiasmado quiero,
 Porque dentro del pecho, placentero
 Palpita el corazón con alegría.

Hoy, al conmemorar el centenario
 Del libro que ha obtenido mayor gloria
 En la esfera del arte literario,

Grave por siempre España en su memoria,
 Que Cervantes, de un modo extraordinario,
 Escribió lo mejor de nuestra historia.

El alumno

VICENTE OLTRA VELA.





Cervantes en su cautiverio

Es este uno de los pasajes de mayor importancia y del cual bien podría hacerse una historia, para conocer todas las vicisitudes por que atravesó Cervantes en Argel y los peligros, que continuamente, amenazaban su vida; pero, lo limitado de mis facultades y la brevedad de tiempo no me permitirán ser muy extenso.

Terminada la guerra, que costó á Cervantes la mano izquierda y varias heridas en el pecho, pasó á curarse á Nápoles y de allí merced á los ruegos de D. Juan, hermano del rey, consiguió el permiso para abandonar aquel hospital y pasar á España su patria. En Septiembre del año 1575 salió del puerto de Nápoles la galera llamada *Sol* encargada de conducir á España aquellos desvalidos héroes de la victoria. Navegaba en aguas Africanas la galera, cuando se encontró rodeada por una escuadrilla de piratas al frente de Mami, capitán de mar en Argel, cargo de extraordinaria importancia en aquel reino. La galera fué apresada y conducida á Argel lo mismo que sus pasajeros y una vez allí

el ánimo se extremece al ver los *horribles* tratos que se daba á aquellos infelices cristianos; les hacían renegar de su religión, los *encerraban* en baños (nombre que recibe la cárcel de los cautivos), los compraban y vendían al azar, sufrían los trabajos más duros, los ahorcaban en caso de no satisfacer sus caprichos y en una palabra, estaban huérfanos de una ley que moderase el poder del señor sobre el *siervo*.

No escapó Cervantes á esta suerte, pero en cuanto la familia tuvo noticia de la desgracia de su hijo, vendió todos sus bienes por lograr el rescate, pero esta suma no fué suficiente para cubrir las exigencias de Azanaga, rey de Argel, y quedó Cervantes sin otro consuelo que el que en su religión encontraba.

La idea de la libertad no pudo extinguirse de su mente, y á pesar de la mucha vigilancia, no tardó en realizar una serie de tentativas que comprometían la vida por lograr la libertad.

Buscaron para realizar su primera, un mozo que le sirviese de guía acompañándolos á Orán, posesión Española y de allí poderse redimir. Pero el mozo no se compadeció, y después de algunas jornadas les abandonó en peores circunstancias que antes de su salida, sin poder pasar adelante en medio de fieros enemigos y amenazados con grandes castigos si volvían á sus amos. Después de algún tiempo de duda se decidieron por lo último y sufrir los castigos que sobreviniesen.

El hermano de Cervantes, deseoso de alcanzar su libertad compró una galera para dirigirse á Argel y ver si conseguía llevarlo á España. Enterado Cervantes, reunió á sus compañeros, los llevó á una cueva que había en la playa y allí esperar el incierto día de la salvación. Les acompañaba un renegado deseoso de volver á su antigua religión, encargado al mismo tiempo de proveerles de *viveres* durante su estancia en aquel lugar. Llegó aquel hermoso día y poco después de ocultarse el sol vieron acercarse una embarca-

ción, aquella era sin duda la encargada de romper las cadenas; ya había llegado el momento de alejarse de aquel país. En el oportuno momento de desembarcar los tripulantes alármase la población de aquellos campos y quedaron todos en poder de los moros. Tres días permanecieron en la cueva sin víveres, pues el renegado les hizo traición y viendo frustrada su tentativa denunció el hecho al rey, por una mísera recompensa y agravó la situación de los que con él habían de compartir el buen éxito de la empresa. Después de este tiempo, volvieron á ver al Dorado que así se llamaba el renegado, acompañado de cuatro infantes que se encargaron de conducir á los cautivos á sus respectivos amos.

Por último entabló Cervantes amistad con otro renegado, al parecer mejor que el anterior, deseoso también de conciliarse con la Iglesia y pensó que tomando una embarcación, con el pretexto de hacer el corso, podrían internarse en el mar, pasando á Mallorca que era la más próxima posesión Española y verse libres de tan cruel yugo. Pero enterado el rey de lo que se trataba se propuso sorprenderles en el momento de embarcar y gracias á un mozo que se compadeció de ellos, avisando á Cervantes, no fueron ahorcados como el rey deseaba. En estas circunstancias ofreció el renegado rescatar á Cervantes con tal de que guardase secreto, pero la grandeza de su alma no permitió salvarse él sólo y dejar en la esclavitud á los que con él habían compartido la hiel del cautiverio.

Agotados ya todos los recursos que sus fuerzas les ofrecían y viendo que el número de los cristianos era cada día menor, debido á la peste que por los malos tratos se desarrollaba en aquellas cárceles, la desesperación de los cautivos llegó á su colmo y pensaron sublevarse al frente de Cervantes y ofrecer esta colonia á su rey D. Felipe. Tan arrojado intento no llegó á realizarse, pero basta para comprender el estado en que Cervantes se encontraría, lo mismo que su afligida familia en España hasta reunir trescientos ducados que fueron entregados al P. Fray Juan Gil, encar-

gado de llevar al África el estandarte de la redención. El 19 de Septiembre del año 1580 fué rescatado y quiso estar en sus compañeros hasta Diciembre del mismo año que abandonó para siempre aquel país de sufrimiento, volviendo á pisar las arenas de su patria y gozar de la libertad que tan lejos la creían.

FRANCISCO LANUZA UBEROS.





Muerte de Cervantes

SI no existiera otra prueba de la miseria y ruindad de este mundo en que estamos y al que hemos venido á padecer y sufrir, que el poco lustre que acá abajo tienen los verdaderos genios, que sólo los que después de ellos vienen, se percatan de que lo son, bastaría con leer la historia de tantos y tantos famosos guerreros, sabios, jurisconsultos ó humanistas, filósofos ó teólogos, que han llevado, á su paso por esta tierra de quebrantos y sinsabores, una vida obscura y miserable, cuando no una existencia menguada, asendereada y perseguida. Entre éstos figura el antiguo soldado de Lepanto, Miguel de Cervantes, insigne y pulido escritor, honra y prez de su siglo, adorno de las letras castellanas, timbre el más claro del Parnaso Español, quien, después de apurar hondas amarguras, nacidas unas de la envidia de los que le admiraban, sin tener la virtud magnánima de alabar en los talentos de este escritor el poder y la gloria de Dios y siendo originadas otras de la poca estima que en el comercio y sociedad de los hombres, se tiene á los de preclaro ingenio, á los 68 años de edad sucumbió á tanta pesadumbre, pasando desapercibida su

muerte á sus contemporáneos, para luego resucitar gigante en posteriores siglos, siendo hoy el prototipo de la pureza en el lenguaje, el príncipe de los hablistas y el que ha conquistado para sí el título de patrono y padre del lenguaje español.

Miguel de Cervantes se habrá percatado en la gloria, la que él se labraba cuando escribía su discreto y entretenido libro, el *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*; y ya que de su gloria hablo, apuntaré sucintamente las noticias que se conservan de los últimos momentos de su vida y lugar en que fué enterrado su cuerpo, que es el tema que voy á desarrollar.

Cuando en 31 de Octubre de 1615 se encontraba nuestro héroe firmando la dedicatoria al conde de Lemos de su segunda parte del *Quijote*, había contraído una penosa y grave enfermedad, alarmante por la edad de 68 años que á la sazón contaba, sentíase con suficientes ánimos para ofrecer á su bienhechor, el conde de Lemos, los trabajos de *Pérsiles y Segismunda*, libro todavía no terminado y que para serlo faltábanle unos pocos meses.

Así como en la batalla de Lepanto no logró acabarle la fiebre en el peligro en que estuvo á bordo de la galeota *Marquesa*, con el mismo ánimo parecía en la presente ocasión; pues, como he dicho anteriormente, le faltaban unos pocos meses para dar fin á aquella obra, que según en los términos en que se la anunciaba á su repetido bienhechor, el conde de Lemos, era la de su predilección, tal vez porque la trabajosa coordinación de sus aventuras distrajo su pensamiento ó tal vez por el amor que un autor debe tener á lo que cree es la última obra que escribe, pues estando enfermo y de alguna gravedad, era casi segura la muerte.

Agravándose de hora en hora la enfermedad mortal de hidropesía tuvieron los médicos que recetarle la salida de la corte para tomar los aires puros del campo. Obedeció Cervantes á los médicos por no causar mayores daños á su familia con el desenlace funesto. Pero antes de poner en

acción el tan inútil remedio, quiso fortalecer su espíritu profesando en su misma casa, el 2 de Abril de 1616 (que por cierto era sábado Santo), en la Orden Tercera de San Francisco, á la cual había pertenecido ya en otra ocasión estando en Alcalá.

Aprovechando uno de los intervalos de su enfermedad, se trasladó á la siguiente semana de Pascua á la villa de Esquivias, á donde acostumbraba todavía hacer alguna excursión, tal vez por si poseía algunos escasos bienes de su esposa, ó tal vez por ver si encontraba alivio en su enfermedad, lo cierto es, que pasado un breve tiempo, regresó otra vez á la corte. Este viaje dió origen á que escribiera el Prólogo de *Pérsiles y Segismunda*, en el que relata el encuentro que tuvo en dicho viaje con dos estudiantes en el momento en que se veía caer encima la mano fría de la muerte. Al poco tiempo, se agravó de tal modo la enfermedad, que tuvo que otorgar testamento de sus escasos bienes, dejando como heredera á su esposa D.^a Catalina Salazar y tuvieron que darle la Extremaunción. Al día siguiente escribió la siguiente carta al ya dicho conde de Lemos, protector suyo:

«Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor ésta te escribo:

Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y con todo esto llevo la vida con el deseo que tengo de vivir y quisiera ponerle coto hasta besar los pies á V. E. que podría ser fuese tanto el contento de verle bueno en España, que me volviese á dar la vida, pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos, sepa V. E. este mi deseo y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte, mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo

y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E.»

La situación de este insigne escritor, al redactar esta carta, era grave. El sábado 23 de Abril de 1616, entregó su alma al Altísimo, en su casa, calle del León, esquina á la de los Francos, la que hoy lleva su nombre. Al día siguiente, verificose el entierro de su cadáver, que fué conducido con la cara descubierta, como costumbre de aquella época y llevado en hombro de cuatro Hermanos de la Orden de San Francisco, á la que ya he dicho antes pertenecía, al Convento de Monjas Trinitarias, á donde hacía poco tiempo había ingresado una hija suya llamada D.^a Isabel.

Enterrado Cervantes en el susodicho Convento de Monjas, sus restos fueron colocados en uno de los nichos puestos *ad hoc* para recibir un cadáver, el que supuso uno más de los que no importa al mundo, según la feliz expresión del poeta Espronceda. Cadáver que había encerrado la resurrección de las letras castellanas y el espíritu inmortal del que, al paso que limó el lenguaje, depuraba y corregía las costumbres de sus contemporáneos, zahiriendo con maestría inimitable la antigua caballería andante, con sus gigantes imposibles, sus damas inaguantables, sus tajos y mandobles imaginarios, sus castillos encantados y fantásticos, siquier al paso resultan un tantico malparadas y tal vez bur-ladas la fe y la caballerosidad hidalga de aquella edad de oro.

JOSÉ M.^a ZAPATER,

Alumno de 5.^o curso.





NOVELAS EJEMPLARES

DICE Ginés de Pasamonte en uno de los pasajes del Quijote que «siempre las desdichas persiguen al buen ingenio», pero no sólo fueron las desdichas, sino también la envidia con su baba venenosa y la ignorancia ciega y atrevida, las que se cernieron en la persona del inmortal autor de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*.

Apenado por contratiempos tan inauditos, vendiendo sus obras á los editores á precios sumamente bajos (como entonces era costumbre), la raquítica recompensa con que la Monarquía le pagó sus servicios militares (que como todos sabemos quedó manco en la batalla de Lepanto) resolvió vivir en el retiro de su casa *volviendo*, como advierte él mismo, *á su antigua ociosidad*, que empleó en componer algunas novelas y en mejorar otras.

En este período de tiempo publicó doce ó trece novelas ó cuentos largos (las que sin duda aventajan al Quijote en la corrección del lenguaje), que el mismo Cervantes tituló *Novelas ejemplares*, por distinguirlas sin duda de las poco edificantes de la escuela de *Bocaccio*, que traducidas de idio-

mas extranjeros andaban en manos de los aficionados á este genero de entretenimiento. Cervantes, en el prólogo, dice, que las ha llamado *ejemplares* porque no hay ninguna de quien no pueda sacarse provechoso ejemplo. Estas novelas, que bajo los títulos siguientes: *La Gitanilla, El Amante Liberal, Rinconete y Cortadillo, La Española Inglesa, El Licenciado Vidriera, La Fuerza de la Sangre, El Zeloso Extremeño, La Ilustre Fregona, Las Dos Doncellas, La Señora Cornelia, El Casamiento Engañoso* y el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza* .. dió á la estampa en el año 1613, dedicándolas á D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, á la sazón virey de Nápoles, caballero muy erudito y aficionado á la literatura, quien le dispensó su más alta protección, y á quien Cervantes llama su *bienhechor*, como también se vé en la dedicatoria de la segunda parte del Quijote, que entre otras palabras, dice... «*emperador por emperador, monarca por monarca, en Nápoles tengo al gran conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara, y hace más merced que la que yo ácierto á desear, etc...*» En el prólogo de las novelas se jactó Cervantes de haber sido el primero que noveló en lengua castellana, y en recomendación de ellas, dice... «*pues tuve la osadía de dirigirlas al gran conde de Lemos, algún misterio tienen escondido que las levanta...*» esto prueba que siendo éste su Mecenaz, no se las hubiera dedicado, á no tenerlas por muy excelentes. En dicho prólogo describe de un modo admirable el retrato de sí mismo en estas palabras: «*Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes; la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste, digo, que es el autor de la Galatea y de D. Quijote*

de la Mancha, y del que hizo el Viaje al Parnaso, á imitación del de César Caporal, Perusino y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra...»

Compuso en Madrid *La Gitanilla*, novela en que pinta de mano maestra la vida y costumbres de los gitanos, y en la que la gitana llamada Preciosa resulta ser hija de una familia noble y sus amores con un caballero, el cual se mete en la cofradía de los gitanos para seguir á Preciosa. Cervantes inserta en esta novela uno de sus infinitos romances que escribió en Valladolid, con motivo de haber salido á misa la Reina D.^a Margarita á la iglesia de San Lorenzo de Valladolid en 31 de Mayo de 1605, para rendir gracias al Altísimo, por el natalicio de su hijo el príncipe D. Felipe IV. Con expresiones metafóricas, declara los personajes de la comitiva. *El sol de Austria* es el Rey: «*el lucero*» es el príncipe Felipe IV, que nació entre las nueve y diez de la noche del Viernes Santo.

*A sus espaldas la sigue
Un lucero, que á deshora
Salió la noche del día,
Que el cielo y la tierra lloran.*

«*La tierna aurora*» es la infanta D.^a Ana Mauricia y al duque de Lerma llama *Júpiter*.

El Amante Liberal se supone fue trazada en el Baño de Argel, es un recuerdo de su vida de soldado y de las campañas contra los turcos.

Rinconete y Cortadillo: su argumento es describir la vida y costumbres de los famosos ladrones que vivían en Sevilla con su jefe á la cabeza: el de la novela se llama «*Monipodio*». Estas cuadrillas de ladrones han existido verdaderamente como lo atestigua D. Luis Zapata á fines del siglo XVI, que dice: «*En Sevilla dicen que hay cofradía de ladrones con su prior y cónsules: hay depositario entre ellos, en cuya casa se recogen los hurtos, y arca de tres llaves, donde se echa lo que se*

hurta, y lo que se vende, y sacan de allí para el gasto, y para cohechar los que pueden para su remedio cuando se ven en aprieto: son muy recatados en recibir, que sean hombres esforzados, y lijeros, y cristianos viejos, no acojen sino á criados de hombres poderosos, y favorecidos en la ciudad, ministros de justicia; y lo primero que juran es esto: que aunque los hagan cuartos, pasarán su trabajo, mas no descubrirán sus compañeros; y así cuando entre gente honrada falta algo, que dicen que el diablo lo llevó, levantándose al diablo, que no lo llevó, sino alguno de estos: y de haber cofradia es cierto, y durará mucho más que la señoría de Venecia, porque aunque la justicia entresaca algunos desdichados, nunca ha llegado al cabo de la hebra.»

En Andalucía escribió Cervantes *La Española Inglesa*, que está fundada en la invasión y saqueo de Cádiz por los ingleses, que bajo el mando del conde Enex, sorprendieron y asaltaron la plaza el día 1.º de Julio de 1596. La protagonista de esta novela es una niña transportada á Londres entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz.

El Licenciado Vidriera es una novela en que Cervantes tradujo con explosión todo el amargo humor, toda la misantropía, fruto de una desordenada experiencia.

La fuerza de la sangre, aunque no desmerece de las otras, no ofrece estudio particular.

En *El Zeloso Extremeño*, presenta á Carrizales como un verdadero carácter, mártir de sí mismo y víctima de sus celos: esta novela encierra una lección profundamente moral. La compuso en el año 1604, cuya fecha se sabe por la aparición de cierto baile y canción llamada la *Zarabanda*, por suponer que la época de la novela corresponde con la de la introducción de este baile indecente, supuesto se dice en ella que cuando Loaisa entró en casa del Extremeño y las criadas le oyeron cantar á la vihuela la *Zarabanda*, era entonces esta «nueva en Sevilla» ó en España, aunque duda de su origen.

La Ilustre Fregona desarrolla el pensamiento de la metamorfosis de España.

Las Dos Doncellas son dos muchachas abandonadas por un mismo amante, buscan y hallan á su pérfido Eneas: son dos tipos deliciosos de elegancia y de hermosura.

La Señora Cornelia tiene como fondo y asunto el concierto de la cortesía española y de la elegancia italiana.

El Casamiento Engañoso no presenta cualidades que le hagan sobresalir de las demás novelas.

El Coloquio de los perros Cipión y Berganza es una aguda sátira, muy celebrada por nacionales y extranjeros; sólo podemos decir que *Cipión y Berganza* eran dos perros del Hospital de la Resurrección de Valladolid á principios del siglo XVII; cuyo piadoso asilo se encontraba, como en la actualidad, situado á pocos pasos en la misma acera de la casa en que habitó Cervantes. De esta novela, dijo el reputado crítico francés Charles: «*La última palabra de Cervantes sobre la España social... Aclara de una sola ojeada las páginas humorísticas sembradas á través de sus cuentos, su novela y su teatro, y que formarán reunidas una extraña revista del país y del siglo; crúzanse mil figuras singulares y verdaderas, pero con verdad significativa. . Con los años Cervantes tomó la pluma de Aristófanes para escribir la leyenda á la vista de las figuras.*»

A estas doce novelas, debiera agregarse la del *Cautivo*, verdadera en la mayor parte de sus hechos, y la de *El Curioso Impertinente*, que fué la primera que se publicó, y que Cervantes incluyó en la primera parte del Quijote, anunciando que todavía quedaban en *el cartapacio*. Desglosándola de éste la imprimió en París en 1608, César Oudin, para el uso de sus discípulos, como modelo de lengua castellana, lo cual debió alentar á su autor para dar á la prensa todas las demás como lo verificó en 1613.

También debiera agregarse la de «*La Tía Fingida*» que en algún tiempo se dudó que fuera de Cervantes, pero hoy se ha venido en conocimiento de que es una obra maestra, que tan sólo Cervantes pudo escribir. Se cree que no la incluyó en las demás por considerarla algo libre y desenvuel-

ta. Una casualidad la salvó del olvido; algunas de las copias que se sacaron cayeron en manos del licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, quien la incluyó con otras también de Cervantes en una «*Miscelánea*» que formó hacia el año 1606 por encargo del arzobispo D. Fernández Niño de Guevara, que quería pasar entretenido con esta lectura las siestas del verano en su quinta de *Umbrete*. Este manuscrito, fué á parar en el archivo del colegio de San Hermenegildo de aquella ciudad; pasó luego al colegio Imperial de Madrid y allí fué encontrada por D. Isidoro Bosarte. El Sr. Arrieta sacó una copia de aquella novela, que con algunas mutilaciones publicó en nuestros días.

Una de las más interesantes de estas novelas es la del *Curioso Impertinente* por la moralidad que encierra. Charles la juzgó de la siguiente manera: «El hombre tal como lo presenta Pascal; el ser que se agita y huye de sí mismo; el espíritu curioso, inconstante, á quien no satisface condición alguna de la vida; el alma errante que se halla inquieta en el reposo y miserable en la felicidad, todo esto está personificado en Anselmo que pide al mundo más de lo que el mundo puede darle... El Curioso Impertinente es indudablemente, á medias todavía, una novela italiana; Cervantes recuerda en ella á cada instante sus modelos, cita al Ariosto que le inspira y á Luigi Tamilo, cuyos poemas había leído... Pero, á despecho de sí mismo, preciso es reconocer aquí la huella de su genio, la observación superior y nueva, la sagacidad instructiva, la atención penetrante aplicada á los estudios morales.»

Los argumentos de estas novelas, sirvieron de base para que muchos autores tales como Lope de Vega, Moreto, Figueroa y Solís escribieran sus más aplaudidas comedias como son: *La Gitanilla de Madrid*; *La más Ilustre Fregona*; *La Hija del Mesonero*; *El Licenciado Vidriera* y otras, que aunque alguna de ellas no lleven el título puesto por Cervantes, no por eso dejan de estar inspiradas en sus obras.

JOSÉ PITARCH JARQUE,

Alumno de 5.º curso.



La Gitanilla

DE entre las novelas que con el título de ejemplares, muy justificado por cierto, publicó Cervantes, una de las mejores, entre todas ellas que son excelentes, es «La Gitanilla».

Constituye esta novela la historia de una muchacha llamada Constanza, y que luego se llamó Preciosa, que siendo de extirpe noble fué robada y educada por una tribu de gitanos vagabundos, para exhibirla en los sitios públicos con otras muchachas gitanas que cantaban, bailaban y decían la buena-ventura. Todos admiraban la belleza de Preciosa, pero de su honestidad y recato, al par que por su hermosura, se enamoró primero un joven llamado Sancho, que con excusa de que era poeta y que quería ajustarse con Preciosa para venderle romances para que ella los cantara, le entregó uno en el cual iba dentro un escudo, y en el que le declaraba su amor. Después de haberle tomado, se marchó en compañía de su abuela y las demás gitanas; más habiéndoles llamado unos caballeros entraron en la casa donde habían sido llamadas y uno de ellos habiendo visto que Preciosa llevaba un papel se lo tomó y le leyó en

público quedando enterada la gitanilla de lo que ella creía era un romance que le había dado aquel joven para que le cantara. La gitanilla proporcionaba bastante dinero á la vieja cada vez que cantaba ó bailaba tocando la pandereta.

Se enamoró luego de ella un joven caballero llamado D. Juan de Cárcamo, este joven se lo manifestó un día á Preciosa ofreciéndole un risueño porvenir á lo que contestó ella, que para ser su esposo habían de preceder muchas condiciones y averiguaciones. Primera, si era en efecto el que decía ser y luego que había de pasar dos años en compañía de aquella tribu de gitanos trocando sus trajes y costumbres por las de ellos y que al cabo de los dos años si Preciosa y él estaban contentos el uno del otro, se unirían con los eternos lazos del matrimonio.

A esto respondió D. Juan que la hermosura de Preciosa le llevaría hasta lo imposible y que estaba dispuesto á hacer todo lo que ella le mandase.

Por lo que con motivo de ir á Flandes engañaría á sus padres sacándoles todo el dinero que pudiese y que á lo más tardar dentro de ocho días se pondría en disposición de poder partir. Para averiguar si era cierto todo lo que D. Juan les había dicho, pasaron por su casa y habiendo alzado la cabeza vieron en un balcón á un noble anciano con un hábito de cruz colorada en el pecho que les llamó y les dijo que subiesen; pues allí les darían limosna. Este caballero que no era otro que el padre de D. Juan de Cárcamo, después de haberles hecho bailar les dió limosna; pero durante el baile sucedió un incidente desagradable y fué que estando bailando Preciosa se le cayó un papel que contenía una poesía y que al verlo D. Juan le produjo tan grande impresión que hubiese perdido el sentido, si Preciosa no le hubiera dirigido al menos algunas palabras que los demás no oyeron; y que habiendo sido preguntada acerca de lo que le había dicho, respondió con una oración en verso que se le ocurrió. Pasados los ocho días D. Juan tomó una mula de alquiler y partió al punto para ir donde

se habían dado cita; no sin llevar todo el dinero que pudo sacar á sus padres que fué bastante, con el que pudo dejar contenta á toda aquella tribu de gitanos. D. Juan hizo lo que había prometido y en el momento que llegó cambió de traje y aún de nombre; pues así lo habían ya acordado. A su llegada le rodearon muchos gitanos para felicitarle por el nuevo cambio de estado; y uno de ellos comenzó á decir que la mula que traía Andrés Caballero, pues este fué el nombre que le pusieron, podría venderse en la feria de Toledo, á lo cual se opuso Andrés diciendo que podía ser conocida, no obstante esto le respondieron que era imposible ser conocida; pues ellos la transformarían de tal modo que no la conocería ni la madre que la parió; y esta discusión tuvo fin merced á la influencia pecuniaria de Andrés, no sin haberles dicho este antes que traía suficiente dinero para comprar tres ó cuatro mulas como aquella, por lo cual convinieron en darle muerte aquella misma noche. Luego un viejo gitano contó á Andrés todas sus costumbres y leyes. Desde este momento todos aclamaban á Andrés y á Preciosa como á su prometida, (no sin contar con la envidia de algunas de las gitanillas que miraron esto con malos ojos). Andrés hizo una vida ejemplar de gitano, aunque no del todo; pues habiendo llegado la tribu á los alrededores de Toledo y viendo como sus compañeros robaban á todo el mundo, él se enterneció y pagaba con su dinero los robos que hacían los demás gitanos; por lo cual se le quejaban y le decían que esto era contravenir á sus estatutos y ordenanzas que prohibían se hospedase la caridad en sus pechos y que esto les prohibía ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera á los gitanos; él callaba á todo esto y no sabía que hacer; pero un día le asaltó la mente una idea salvadora y era decir que quería ir él solo á robar y habiéndosele concedido salía por las mañanas y volvía por la noche cargado de objetos que no eran otra cosa sino que los había comprado en alguna platería, por lo cual los gitanos creyendo que era robado

estaban muy contentos con él, en especial Preciosa, á la cual no cesaba de hacer regalos que ella creía eran también robados. Sucedió que á media noche cuando ya estaban todos descansando oyeron ladrar sus perros más de lo que acostumbraban y salieron algunos gitanos, entre ellos Andrés, á ver que era lo que ocurría y vieron que un hombre vestido de blanco se defendía de dos perros que le tenían asido de una pierna. Al verle Andrés, le preguntó que á qué iba por allí y á tales horas; á lo que contestó que no sabía donde se encontraba y que hicieran el favor de decirle donde encontraría por allí una venta, en donde acabaría de pasar la noche y donde pudiera ser curado de las heridas que le habían hecho aquellos malditos perros.

Se aproximaron á él y vieron que era un mozo gallardo y de gentil rostro y talle que le dió algo que temer á Andrés, pues no hacía otra cosa que dirigir la vista á donde estaba Preciosa. De lavarle las heridas se encargó la abuela de Preciosa, la cual estaba muy acostumbrada á esas cosas. La cura la hizo del siguiente modo: tomó algunos pelos de los perros, friolos con aceite, y lavó con vino las mordeduras que tenía en la pierna, colocando encima un poco de romero verde mascado y cuidando de santiguar dos ó tres veces las heridas. Luego, Preciosa llamó á parte á Andrés y le dijo si se acordaba de aquel papel que le cayó estando bailando en su casa, á lo que contestó éste que sí que se acordaba y que era un soneto en alabanza de Preciosa y continuó ella diciendo que el autor de aquel soneto era el mozo mordido: á lo que contestó este que si por el mismo motivo que se había hecho él gitano se habría hecho el otro molinero. A lo que respondió Preciosa que entre gitanos no cabía tener celos; con lo cual quedó Andrés algo tranquilo. Se aproximó al joven mordido y le preguntó que por qué motivo había ido allí. Este le respondió con mucho miedo y con poca verdad, lo que hizo pensar mal nuevamente á Andrés. Pero le quitó las sospechas el joven forastero contándole su historia, quedando amigos él y

Sancho que así se llamaba), y que á partir de este momento se llamó Clemente para no ser conocido; pues habíale jugado un mal partido á uno y huía de la policía, por lo cual había determinado seguir con los gitanos. Después, una vez amigos, cogían sus guitarras, tumbábanse en el suelo y cantaban algunas cosillas, que al parecer, no eran otra cosa que alabanzas á Preciosa. Luego marchó la tribu de gitanos á la Mancha. Durante el viaje no ocurrió ningún incidente desagradable y luego se pasaron á Murcia. Sucedió que, habiéndose alojado, los gitanos, en casa de una viuda rica, ésta tenía una hija de diecisiete años, llamada Juana Carducha. Sucedió que ésta, habiendo visto bailar á Andrés en compañía de los demás gitanos y gitanas, se enamoró perdidamente de Andrés y hasta tomó la resolución de que en la primera ocasión que se le presentase se lo había de decir. En efecto, habiendo entrado Andrés en el corral á requerir dos pollinos, le dijo todo el amor que sentía para con él, diciéndole que le aceptase, pues era rica y única en la casa. Andrés se excusó diciendo que una ley de los gitanos prohibía que se casaran con mujeres que no fuesen gitanas. La Carducha estuvo á punto de desmayarse á no ser que hubieran entrado algunas gitanas. Para acabar con bien este asunto, Andrés resolvió que aquel mismo día se marchasen á otro pueblo. Entre tanto la Carducha juró vengarse de los desdenes de Andrés. Y así lo hizo, pues antes de que partiesen los gitanos colocó entre las alhajas de Andrés muchas de las suyas y cuando ya habían salido de su casa, los gitanos, comenzó á dar gritos y voces diciendo que los gitanos le habían robado algunas alhajas, por lo cual, los gitanos como eran inocentes de lo que se les acusaba no miraron en volver atrás y se dejaron registrar por la justicia, la cual había acudido á los gritos y voces de Carducha; mas ésta dijo que registraran á Andrés. No faltó mucho á éste para que se desmayara, pues habiendo mirado lo que él llevaba, le encontraron las alhajas de Carducha en compañía de las suyas. Todos comenzaron á injuriar á Andrés,

hasta un soldado, después de haberle calificado con los epítetos más groseros, le asestó un bofetón que le hizo volver de su atolondramiento; pero éste acordándose que era más caballero que el soldado le hechó la mano á la cintura desenvainando la espada del soldado y con la misma le dió muerte.

Enterado de esto el Corregidor, mandó que todos los gitanos con Andrés á la cabeza pasaran á la cárcel quedándose él á Preciosa y á su abuela que se las llevó á casa enseñándole á su esposa la gitanilla que también le gustó mucho. Preciosa no cesaba de llorar y suplicar al Corregidor sacase á Andrés, pues era inocente, así marcharon las cosas tres ó cuatro días, durante los cuales los gitanos no sacaron nada. Pero un día, cansada ya la abuela de Preciosa de tanta desgracia, dijo que ya se había terminado todo y que iba á descubrir un secreto aunque le costara la vida. Todos extrañaron la actitud de la vieja gitana, pero metiéndose la mano en el bolsillo sacó un papel en que decía que Preciosa era Constanza de Acevedo, ó sea, hija del Corregidor D. Francisco de Acevedo, con lo cual después de muchas reprensiones, sacaron á Andrés de la Cárcel y se efectuaron las bodas de D. Juan de Cárcamo con D.^a Constanza de Acevedo; no sin llamar al padre de D. Juan, el cual había alcanzado un sitio de los mejores en el reino y que en el momento recibió noticia de Andrés partió y se juntó con él con gran regocijo.

Entonces la Carducha declaró que todo lo que había pasado había sido la venganza que juró tomar cuando Andrés la despreció.

Se distingue esta obra por una gran verdad en la que se descubre el espíritu observador de Cervantes y el gran conocimiento que adquirió de la vida y costumbres de las gentes gitanas, por la gracia de que está impregnada esta novela y por el colorido con que describe y pinta las escenas y episodios de la misma.

También contiene la novela algunas poesías de hermoso

corte, distinguiéndose entre las que cantaba Preciosa el romance á Santa Ana, además de otra que comienza así:

Salió á misa de parida
La mayor reina de...

y otras muchas.

Cervantes tuvo esta novela como una de las mejores de la colección y Víctor Hugo ha reproducido el carácter de Preciosa en la Esmeralda de su famosa novela Nuestra Señora de París.

JESÚS MONTOLÍO.

Alumno de 5.º curso.







La Tía fingida

CENSURAN algunos no el estilo del mejor novelista del mundo, sino las incorrecciones gramaticales que abundan en sus obras. Líbreme Dios de negar que existan, que aun en una de sus novelas cortas, *La Tía fingida*, se puede ver alguna falta contra la sintáxis, y ya es sabido que dichas novelas las ha escrito el ilustre Manco de Lepanto con más cuidados en la forma que la obra maestra de toda la literatura, con mayor atención que el Quijote. No citaré ninguna de dichas faltas por no asemejarme á la oruga que al gusano de seda censuraba.

Pero, ¿qué importan los errores de palabra para los que conocen la importancia de la idea? No, no notamos como defectos tales expresiones que se apartan de lo que á los que no son genios manda la gramática. Mas bien debemos extrañarnos de que Cervantes, el *Quijote de Argel*, no fuera más incorrecto en el decir después de haber pasado tanto tiempo entre mahometanos y esclavos de las más distintas regiones, en donde tan mal español se hablaba.

Y si no es el decir lo que examinamos sino la trama ó argumento, y nos contraemos á la más discutida de las novelas ejemplares, á *La Tía fingida*, y si hacemos en ella un

estudio estético de la manera de presentar las situaciones; de los caracteres que estudia, de los cuadros, retratos, etcétera, que hace, de las enumeraciones que verifica Cervantes, subirá de punto nuestra extrañeza y maravilla al ver que en novela tan pequeña que en menos de una hora se puede leer, se unan y armonicen tantas bellezas y ni por casualidad aparezca un sólo pensamiento falso ó un sólo sentimiento mal presentado.

Los grandes novelistas no necesitan que la trama de sus obras sea complicada para interesar al público lector. Sencilla es la de esta novela. Se reduce á que dos estudiantes de Salamanca vieron, entre varias casas de las llamadas tiendas de carne, en su tiempo (y por respeto me callo el nombre moderno) una ventana con estrecha reja, y extrañándoles aquella violación de las costumbres de los vecinos que no pensaban que el paño bueno en el arca se vende, preguntaron y respondieronles que poco tiempo hacía, vivían allí varios forasteros: una tía, su sobrina, hermosísima y graciable joven, un escudero y dos dueñas y que al parecer eran gente principal y recatada.

Esperáronlas, las vieron, casi se enamoraron, congeturaron que pues aquella era gente forastera, no habrían venido á aprender leyes sino á quebrantarlas y decidieron darles serenata aquella noche ya que su pobreza no les permitía excesivos gastos.

Reunieron músicos y cantores, compusieron versos y música á porrillo, y con tales pertrechos fueron á eso de media noche á situarse frente á la celosía antes citada donde cantaron y tocaron despertando á la vecindad. En medio del canto se abrió la ventana y habló la dueña diciendo que se marcharan pues aquellas músicas eran escándalo del vecindario y que ofendían el recato de su señora D.^a Esperanza de Meneses y Pacheco y el buen nombre de la tía de ésta D.^a Claudia de Astudillo y Quiñones.

Se cerró la ventana, y cansados de cantar, fueron los dos estudiantes á pedir ayuda á un D. Félix amigo suyo,

generoso, gastador, rico y amigo de valientes. Hiciéronlo así y el caballero les ofreció conquistarla para ellos. Dicho caballero, por medio de un paje envió una carta á la tía y ésta, conociendo su riqueza, mandó á la dueña para que le informara de esas prendas.

Ya la dueña en casa de aquel señor, díjole que Esperanza era una hermosísima y casta doncella, dando sin embargo á entender que estaba en sus manos que dejase aquella situación. El caballero, merced á algunos regalos que á la dueña hizo, oyó de sus labios algo de la verdadera historia de Esperanza, los medios de que la tía se valía para saciar su codicia, la triple pérdida de la honra de la muchacha y su arte en el fingimiento, el de la vieja, en la fabricación de ciertos mejunges para arreglar el ídolo de los hombres. Él, acabó con ella que aquella misma noche, le encerrase en su casa, donde quería hablar á solas con la joven, sin que la Claudia lo supiese.

Llegó el plazo y D. Félix se fué á la casa donde la dueña esperaba para conducirle al aposento de la joven y esconderle en él.

En la sala de al lado estaban platicando tía y sobrina. Ésta, aunque sabía que D. Félix había venido no sabía dónde se ocultaba.

La Claudia empezó á hablar recordando á Esperanza su historia, explicando las cualidades de cada gente y país, recomendando tacto en el trato mundanal, y atención á sus consejos. La chica disgustada arguye sosteniendo una conversación notable para el historiador que haya de estudiar aquella época ó cierta clase social, conversación que no concluyen por haber oído un involuntario estornudo de D. Félix.

Corren las mujeres al cuarto y el caballero le ofrece á Claudia unas alhajas porque le dejase seguir allí. La vieja esperando más dinero, afecta incomodarse, mientras la chica y la dueña, disgustadas por la avaricia de Claudia quieren admitir.

Una ronda de capa y espada que por allí discurría, entra en la casa inquiriéndose el porqué de aquellos gritos y tras ella los estudiantes que esperaban feliz suceso en la calle. Dijo el corregidor que las llevaría á la prisión, y mientras las mujeres discutían la procedencia de aquella orden, los estudiantes salieron, se encontraron con varios compañeros, á quienes pidieron les auxiliaran contra la autoridad, y los invitados accedieron gustosísimos. ¡Cuánto duran las costumbres! ¿Que porqué digo esto? Me callo, no digan que aludo á nuestros tiempos. Lo cierto es que los de la Universidad agradecieron más aquella petición que el más agradable regalo.

Mientras la ronda tras largo rato de discusión fué á llevar á la prisión á la tía, la sobrina, y la dueña, contando sin la huéspeda, pues en la calle ellas, los estudiantes cerraron contra la ronda, huyendo ésta con Claudia y la dueña y quedando Esperanza en poder de los estudiantes.

Y la novela concluyó diciendo que un estudiante se casó con Esperanza, que ella y el padre del estudiante hicieron muy buenas migas, que en el proceso que contra la Claudia se siguió, se le probó que no era tal tía, sino que había recogido á Esperanza recién nacida á la puerta de una iglesia, que en su mocedad consigo misma y en su vejez con otros había seguido el mismo oficio que con Esperanza, y que tenía algo de hechicera, por todo lo cual fué condenada á durísimas penas.

Esta es, narrada escuetamente, la acción de la novela citada. Lo que no se puede explicar, lo que á no ser por su lectura no puede comprenderse, es el vigor y la sobriedad con que pinta los retratos, los caracteres, los lugares, las costumbres, la felicidad de los pensamientos de que la obra está esmaltada, el tino de las enumeraciones que hace, la singular maestría con que el autor supo, apartándose de la perniciosa escuela de Góngora, no acercarse excesivamente á la de Bocaccio, á pesar de ser tan escabroso el asunto, la verdad que indudablemente refleja, la multitud

de ideas geniales que ordenada y sencillamente se ofrecen al lector.

*
* *

¿Esto es novela *ejemplar*? ¿Qué ejemplo moral tiene? Según Cervantes ninguno. Sin duda, por eso no la incluyó entre sus novelas ejemplares el autor, y sin embargo, moral es, y muy moral el pensamiento que da unidad á la obra y como moral y ejemplar, por su fondo, la colocan al fin de las otras doce los modernos editores. Y aún por su forma es mucho más moral que las del ya citado Bocaccio. En algún tiempo se dudó de que esta obra fuera del que escribió el *Quijote*, pero hoy día se ha venido en la cuenta de que ésta es una novela maestra de costumbres picarescas que sólo Cervantes pudo escribir. Y es verdad. Ningún escritor, sino él era capaz de escribir una novela con un tema que, aunque hoy es tan usado, en aquella época y con las costumbres aquellas había de parecer tan extraño. Tal era el concepto del honor en aquellos tiempos, que la idea de la redención por amor, tenía que resultar, necesariamente obscura y por lo mismo se había de tener por absurda. Es tal la condición del hombre que todo lo obscuro lo creemos absurdo. Por sugestión común se formó la idea del honor caballeresco y con esta idea es incompatible la base de *La Tía fingida*. Al revés de Cervantes, que era lo que Nietzsche llama un super-hombre, y que á pesar de haber sido de la madera de los héroes y quizá por eso mismo, fué poco influido por tal sugestión, los literatos de aquellos tiempos, viendo tal incompatibilidad y no comprendiendo que sistema tan completo como aquel del honor, pudiera ser falso, declararon ridícula tal base. Y como pensaban, con razón, que el *Quijote* era obra de un genio, y como creían, quizás sin ella que tal novela tenía un sentido exotérico, didáctico é indiscutible y que, en cambio, el pensamiento fundamental de la obra de que me ocupo, era falso, las gentes de aquellos tiempos creyeron que este cuento largo era indigno

del Maestro de los novelistas, y por consiguiente, apócrifo.

Y si no nos bastara esta consideración para dar al César lo que es del César, y estudiáramos la forma externa de la novela comparándolas con obras de su tiempo, veremos que nadie más que él pudo hablar de aquellos asuntos con tanta sencillez, y á la vez con tanta novedad, describiendo con fidelidad y lisura y á la vez con relativo recato y elegancia, aquellos dichos, aquellos hechos y aquellos lugares, aun los más escabrosos.

Si con las demás novelas de Cervantes comparamos ésta de que nos ocupamos, veremos que dicho autor, cuyo nombre no sé como glorificar, abusa de los raptos y separaciones violentas. En más de la mitad de ellas, los protagonistas han sido raptados por cuadrillas de gitanos, por infames tenorios, por nobles amantes, por piratas turcos, etcétera. En ésta, la Celestina que afectaba ser tía de Esperanza, la había tomado de donde estaba abandonada de sus padres, ¿será esto inverosímil? Ni mucho menos. El carácter de la época, las costumbres, la falta de policía social, las leyes, todo en fin, conspira á hacer posible el hecho de la suplantación de parentesco.

Es esta una novela que, aunque alude á Salamanca y á su época, podía (salvo en lo relativo á los trajes y á ciertos mejuques), haber sido escrita en nuestros tiempos, si en nuestros tiempos hubieran genios. Digo, nó, si posible fuera el milagro de que en esta época de sueño intelectual, sueño literario, sueño artístico, sueño religioso, sueño político, sueño militar, sueño científico, sueño moral, sueño español, en fin, hijo de nuestra gran pereza intelectual y de nuestra debilidad volitiva, si en nuestros desgraciados tiempos hubiera un hombre, un hombre de verdad, un literato que tuviera el casi sobrenatural talento necesario para hacer una novela que valiera tanto como ésta, la hubiera hecho de seguro con fin más didáctico, pues éste es hijo de la época.

Voltaire en su *Micromegas*, Julio Verne y otros, han

dado la norma de las novelas científicas; el cardenal Wisseman de las religiosas; los novelistas filosóficos no hacen más que copiar á Voltaire en su *Cándido*; las novelas de costumbres, hijas de las de Petronio y Apuleyo, tienen por objeto casi exclusivo, ridiculizar los vicios y alabar las virtudes de tal clase social, con las novelas históricas de las que hoy día tan gran derroche se hace, aprendemos muchos hechos, pero es lo mismo ó peor que si no los aprendiéramos, pues lo menos mal que nos puede suceder, es que después de leídas nos quedemos en la duda de cuáles de estos hechos serán ficticios y cuáles verdaderos y de si el novelista conocerá á fondo la historia para pintar las costumbres de la época.

¿Es esto beneficio ó perjuicio para el público? Muchos dicen que esto es ventaja sobre las novelas clásicas, porque presentan la ciencia bajo agradable aspecto y hacen que se aprendan con mayor facilidad. Así parece que debiera ser, pero yo lo dudo. Tiempo hará (antes que yo estudiara física), leí una novela de Fernández y González, según creo, de la que tres hojas, lo menos, se ocupaban del estudio de la electricidad en general y de las pilas en especial. Las leí con atención, pero nada pude comprender. De cinco amigos míos que conmigo la leyeron, cuatro saltaron las páginas que de electricidad trataban, uno las leyó y creyó comprenderlas, por lo que luego á todas horas estaba disparatando, y diciendo con la mayor buena fe tonterías y absurdos, y discutiendo, cuando había ocasión, con peritos electricistas, y poniendo de manifiesto su necesidad. Hoy día, bien ó mal, entiendo algo de Julio Verne, pero si antes me agradaba su estilo, era por sus narraciones y descripciones, no por sus disertaciones científicas. ¡Cuántas utopías sociológicas, cuántos anacronismos históricos, cuántas imposibilidades filosóficas he podido encontrar en labios del vulgo español, como meridional, exajerado en sus adoraciones y nada ecléctico! Pues estas utopías, anacronismos é imposibilidades, son casi siempre hijas de las novelas.

Es la novela un género literario en el que nada se puede probar, si no es de rápida manera, y siempre tal rapidez es contraria á la profundidad. Y como la novela es leída en España, al menos, más que la obra seria; como el carácter no es más que resultante de lo que más nos impresiona y las novelas nos impresionan mucho; como parte de nuestras ideas las tomamos de las novelas que leemos y esas ideas no pueden tener profundidad; tenemos, que una de las causas, causa pequeña, pero causa al fin, de nuestra superficialidad, es el abuso de la lectura de novelas modernas en lugar de obras meditadas, serias y profundas.

Finalizo pidiendo me perdonen los yerros que el apresuramiento y la falta de dotes literarias me hayan hecho cometer.

JUSTO RODRÍGUEZ FRANCISCO.

Alumno de 5.º curso.





DON QUIJOTE Y LOS LIBROS DE CABALLERÍA

EN los albores del siglo XVI los libros que principalmente se leían eran los de caballería, y todos ellos tenían por tema los caballeros aventureros, cuyos hechos eran tan sólo una reacción contra la anarquía feudal de la Edad Media.

Fijando nuestra atención en aquella edad en que la inocencia y la debilidad, privadas de la protección del soberano, no podían recibir otra que la de los particulares, presenta una halagüeña figura la persona que, impelida por su generosidad, se consagra al socorro de los oprimidos. Tal es el fundamento del interés con que eran leídos los libros de caballería, fundamento sólido porque se funda en sentimientos virtuosos.

Si el éxito corona los esfuerzos del caballero, si vence, si destruye á los malandrines que infestan los caminos, á los grandes que tiranizan desde las fortalezas, á los gigantes que hacen peligrosos los campos, á los vestiglos que atemorizan en las cavernas; si liberta de deshonor á doncellas, del injusto suplicio al inocente, al cautivo de las cadenas;

si castiga á los usurpadores, restituyendo á su trono príncipes y princesas injustamente despojadas de él; si llena el orbe con la fama de sus proezas; si el caballero está dotado de valor y fortuna, de celo por la justicia; generosidad, desinterés, sensibilidad y ternura de corazón, lealtad á su dama, amor á la gloria, desprecio á la muerte; si es robusto, gallardo y bello de cuerpo, este tipo será el ideal de estas sociedades. Tal fué la caballería en sus primeros tiempos. Pero todo degenera. Quizá desde antes de las Cruzadas, con la máscara de la caballería, salieran al campo seres que no podían, como en otros tiempos, ejercer su bandillaje.

En España entraron tarde los libros de caballería, pero quizá por la caballescra cruzada de la reconquista se arraigaron más, perjudicando mucho al género novelesco, pues en lugar de pintar tan sólo lo verosímil, describían lanzadas y más lanzadas, cuchilladas y más cuchilladas, fastidiosas relaciones de torneos, batallas, justas y aventuras, hasta la saciedad repetidas, errores groseros de la geografía, de la historia, de las costumbres, golpes desaforados, hazañas increíbles; al mismo tiempo, ternura y ferocidad, dureza y molicie, moralidad y superstición, y echando mano á lo portentoso, presentaban encantamientos, guerra de nigromantes, etc. En el vulgo, empero, se leían con afición estos libros, y de ellos se tomaban ideas y conceptos.

Los libros que por entonces hicieron furor, fueron: *El Amadis de Gaula*, por Ordeñez de Montalvo; el *Amadis de Grecia*, publicado en Lisboa en 1556; el *Bernaldo del Carpio*, escrito por Agustín Alonso en Toledo, año 1585; *Palmerín de Oliva*, publicado en Toledo en 1580; *Palmerín de Inglaterra*, del que es fama le compuso un discreto rey de Portugal; el *Belianis de Grecia*, por Jerónimo Fernández en 1547; *Tirante el Blanco*, publicado por Juan Martorell (Valencia 1490); *D. Olivante de Laura*, escrito por Antonio de Torquemada, Barcelona, 1564; *Florismarte de Hircania*, por Melchor de Ortega (Valladolid 1556); *Orlando el Fu-*

rioso, por Ludovico Ariosto; el *Caballero Platir*, y otros muchos de que da cuenta Cervantes en su gracioso escrutinio de la librería de *D. Quijote*.

Estos libros fueron causa de muchos adulterios, de competencia de mozuelos, obedeciendo ciegamente á caprichos femeninos, de atroces venganzas, de pequeñas injurias, desprecio del orden social, máximas violentas, lúbricas escenas, etcétera y los libros éstos llegaron á ser tan perjudiciales á las costumbres como al buen gusto.

Declamaron contra ellos el valenciano Juan Luis Vives, el P. Gracian y otros. Carlos V en 1543 no los consintió en las Indias, pero el que en ojo ajeno veía la paja se deleitaba leyendo uno de los novelones más disparatados, el *D. Belianis de Grecia*.

Nada, absolutamente nada, se consiguió con tales censuras, pues no solo pueblo, sino nobleza y clero siguió escribiendo libros de caballería, hasta que salió á luz la *Obra* del inmortal Cervantes.

En ella pintó en *D. Quijote* lo ridículo del caballero andante y en Sancho lo de los que apreciaban y daban valor á los absurdos caballerescos. Presentó á uno y á otro en varias situaciones, en que siendo el objeto de la burla y la risa de los lectores la refleja sobre los paladines aventureros y los apreciadores de sus historias.

Los caracteres de las personas subalternas de la fábula, están tratados magistralmente, pero sin que lleguen á hacer olvidar lo que pudo tener de benéfico, generoso y recomendable la institución primitiva de la caballería, viendo sólo en sus impertinentes exageraciones de amor y de valentía, lo repugnante é inconveniente de su ejercicio y su incompatibilidad con la civilización y el orden.

Cervantes intentó acabar con los desaforados desatinos de los libros de caballería, lo absurdo de sus transformaciones y milagros, la fealdad de sus errores históricos, geográficos y cronológicos y la repetición de aventuras y torneos; lo que consiguió cumplidamente como lo prueba el

que después de D. Quijote no haya vuelto á publicarse ningún nuevo libro de caballería.

Nuestro lenguaje tan fácil para la mofa, el desprecio ó el insulto, carece de palabras enérgicas que expresen nuestra admiración por las obras del *Genio*, con la misma intensidad que emociona nuestro espíritu al contemplar lo bien encarnada que se halla la vida humana con todas sus grandezas y defectos en el asendereado caballero.

Mezclad la risa con el llanto; animad el barro quebradizo con el fuego de un ideal; colocad todas las ridiculeces y desencantos de la vida práctica junto á los pensamientos más humanitarios y elevados y tendréis á D. Quijote.

Cervantes, el obscuro soldado de Lepanto, *más versado en desdichas que en versos*, puso en su inmortal obra, toda la experiencia de un mundo que siempre le había pagado con ingratitudes; por eso la lectura del Hidalgo de la Mancha es sublime, épica y profundamente humana.

Inútil tarea buscar interpretaciones ni simbolismos en una obra que resplandece con la claridad de un sol; de seguro que Cervantes no pudo ni aún suponer, al engendrar su hijo predilecto, la huella eterna que éste, obscureciendo sus otros trabajos, había de dejar en la literatura patria y en la literatura universal.

JOSÉ PÉREZ DE TUDELA Y MONSERRAT.

Alumno de 5.º curso.





Estudio comparativo del Quijote de Cervantes y el de Avellaneda

UNA de las facultades de la potencia intelectual, por cuyo medio podemos llegar al conocimiento de la naturaleza íntima de las cosas, es la comparación de la que nos servimos al contemplar dos ó más objetos á la vez con el fin de conocer sus semejanzas y diferencias.

El contraste que de la comparación resulta, facilita de modo extraordinario la apreciación de las cosas comparadas y el mérito ó de mérito de las mismas se pone ante nosotros de manifiesto, permitiéndonos alambicar el conocimiento hasta en sus últimas y más remotas consecuencias. La superficie inmensa de los mares se aprecia tanto más cuanto más se le compara con las breves dimensiones del frágil leño que sobre ella nos mantiene. La obra colosal de un ingenio se siente más intensa y más potente cuando se le parangonea con el resultado de los esfuerzos de las inteligencias mediocres. Llegar, pues, á este resultado y sacar de él las oportunas consecuencias con relación á la de Cervantes, es la finalidad que nos proponemos en el desarrollo de este nuestro modestísimo trabajo; para ello compararemos en primer término las figuras de los autores y des-

pués estudiaremos brevemente sus obras, no sólo en cuanto á su elemento interno, sino también en cuanto á su expresión literaria, comenzando por hacer constar que este estudio nace espontáneamente de la naturaleza misma de la obra de Fray Luis de Aliaga (que, según el sesudo parecer de D. Cayetano Rosell, es el que usó el seudónimo de Avellaneda), el cual no tuvo inconveniente ó por soberbia ó por ignorancia de ponerse al lado de Cervantes, pretendiendo obscurecerle como en su prólogo consta, de un modo disimulado cuando menos. Justo es, pues, que sufra las consecuencias de su desmedida ambición como le pasó á Ícaro cuando con alas de cera quiso llegar hasta el sol.

Comencemos.

Esa potencia creadora, esa fecundidad característica para producir obras nuevas, que constituye el patrimonio peculiar del genio no se da en Avellaneda, pues aunque en su Quijote se encuentran con frecuencia amenidad, inspiración y gusto, en su totalidad carece del dominio extraordinario que imprime á las obras un sello indeleble de originalidad, mediante el cual se adivina lo bello y lo reviste de nuevas y primorosas formas.

La razón madura tampoco se da en Avellaneda como en Cervantes; sabe éste conocer las cosas y sus propiedades, contribuyendo con tan envidiable cualidad para que el desarrollo de su composición sea lógicamente ordenado en el conjunto de sus partes. Carece el primero de ella, por lo menos en grado tan elevado, como se demuestra por la contextura de su obra, su trabazón y método, su texto desprovisto de las reflexiones naturales y de los hechos indispensables para conseguir la finalidad de la obra misma, que era, como es sabido, desterrar la afición perniciosa á los libros de caballería, tan en boga en aquella época.

La imaginación ó fantasía es mucho más potente, espontánea y completa en Cervantes que en su imitador, el cual se ve necesariamente arrastrado en múltiples ocasiones á un exceso de idealismo, mientras en otras desciende á una

prosa baja y arrastrada, en la que lo lánguido de la forma corre parejas con lo trivial y bajo del fondo.

Finalmente, aquella suma de conocimientos que resplandecen por doquiera en la obra de Cervantes, y mediante las cuales su Quijote constituye una enseñanza adecuada para todos, pues se encuentran en ella oportunas reflexiones, sabias sentencias, máximas discretas, profundos pensamientos, consideraciones prácticas de la vida en todos órdenes y manifestaciones, lo que constituye en suma la llamada por nuestro maestro cultura general humana, llevada á su más alto grado y perfección, no se muestra en ninguno de los capítulos del Quijote de Avellaneda. Las palabras del héroe manchego no son sino las desilvanadas de un loco de remate que tiene por último digno paradero en la casa del Nuncio de Tolédo; las palabras de su escudero son las de un hombre vulgar y soez, ignorante y bajo, indignas de ser transcritas ni de que un espíritu reflexivo pare mientes en ellas. De aquí la diferencia inmensa, profunda, colosal, que separa á un escritor de otro. Mientras Cervantes se eleva en alas de su genio á las más altas regiones del arte, dejándonos una obra en la que ha de aparecer algún ligerísimo defecto para que pueda ser considerada como verdadera producción del hombre, Avellaneda no pasa de ser uno de tantos escritores que en la época del apogeo de una literatura, ocupa un lugar secundario entre la pléyade de los autores que la ilustran.

Afirmaciones son las que se dejan expuestas que necesitan una comprobación por medio del estudio de sus producciones, estudio que vamos á comenzar siguiendo en su método el que nos marca la preceptiva.

El fondo literario que es lo que compone el objeto de la parte de aquella ciencia que recibe el nombre de Inven- ción, no puede ser más pertinente en la obra de Cervantes, dada la época en que la escribió y las aficiones dominantes en aquella sociedad. Pudo Cervantes combatir la pernicio- sa afición á los libros de caballerías por medio de tratados

filosóficos y de consideraciones de un orden que pudiéramos llamar especulativo, pero con su clara inteligencia le fué muy fácil alcanzar que esos tratados no son a propósito más que para las clases eruditas que saben apreciarlos en su justo valor y hubo de preferir el empleo del género novelesco, que sobre adaptarse mucho mejor á sus condiciones personales, tenía la ventaja inmensa de hacerse asequible á las inteligencias todas y llevar el convencimiento á los corazones de toda clase de gentes, lo mismo las acostumbradas al cultivo y estudio de la literatura, que las profanas en este género de materias.

Era además superior la novela á las obras didácticas para alcanzar el fin propuesto porque á la esencia del asunto permite que se una lo interesante de la misma acción, despertando por consiguiente en el lector la afición y deseo de conocer lo que sigue, avivando el entendimiento y avisando los sentidos.

Dentro de estas condiciones pudo Cervantes desenvolverse libremente sin olvidar en ningún momento los tres requisitos que es indispensable tener en cuenta en la elección de toda clase de asuntos á saber: moralidad, interés y fecundidad. Sabido es que no hay asunto bueno que no sea moral, por ser la moralidad cualidad inseparable de la belleza; pero no hay que confundir ese cierto naturalismo que presta á las obras un carácter verdaderamente humano, con lo que se ha dado en llamar la pornografía ó exhibición literaria de las pasiones más bajas y sentimientos más rastroeros del hombre. Cervantes sabe bordear este peligrosísimo escollo, en el que naufragan gran número de escritores de no escaso talento, y aprovechando las miserias comunes á la humanidad para escribir las páginas más regocijadas de su composición, separarse por completo de cualquier linaje de inmoralidad y llegar hasta el mismo límite de la decencia sin caer jamás en lo obsceno, como puede verse en la escena de la venta que constituye uno de los capítulos de mayor gracejo de su obra.

Ya quedó indicado anteriormente algo de lo que al interés se refiere, pero bueno será ampliar aquí lo expuesto, añadiendo que el príncipe de nuestros ingenios supo dominar tan por completo este difícil requisito que con razón puede afirmarse de su obra que es de tal naturaleza que contiene nuestra atención, nos deleita y nos conmueve, despertando en nosotros un interés duradero y no efímero, real y no aparente, hablando lo mismo á la inteligencia que á la imaginación y al corazón, reuniendo por modo admirable y que pudiera llamarse maravilloso, todas estas hermosísimas cualidades.

La fecundidad del asunto se desprende de su misma esencia, y no cabe duda que una vez ideado por Cervantes, hubo de encontrar materia abundante y campo suficiente á la actividad del escritor, porque es de tal naturaleza que las aventuras podían muy bien multiplicarse hasta lo infinito sin que el asunto se agotara ni se llegase á la región de la esterilidad.

Pero Cervantes no quiso caer en el vicio contrario y pecar de prolijo, ni salirse de la esfera de lo real, es decir, de esa verdad puramente convencional, que es patrimonio exclusivo de la novela. Los disparates de un loco no podían desarrollarse en los campos de la Mancha por un tiempo indefinido y el resultado de las aventuras, debía haber sido la reclusión del protagonista, como afirma Sancho después de la de los galeotes; era preciso pues, para que la verosimilitud quedase á salvo que las salidas del héroe manchego fuesen relativamente breves y el número de aventuras no muy crecido. Punto es este que despierta la admiración, cuando reflexionando sobre él se considera cuan fácilmente otro cualquiera escritor hubiera caído en el defecto de la difusión y de la proligidad. Poco tuvo Avellaneda por el contrario que discurrir acerca del fondo ó elemento interno de su obra, supuesto que tan sólo en este punto se ve brillar su modestia al constituirse en continuador de una composición ideada por otro y en la que no tuvo que

hacer sino proseguir la marcha misma que en la primera parte se le había impuesto, conservando los caracteres y prolongando las escenas.

Ni aun esto pudo hacer; sin duda no alcanzó cual fuera la finalidad que Cervantes se proponía, supuesto que lo que pudiéramos llamar tésis, el fin primordial de Cervantes, que era el combatir la afición á cierto género de lecturas no es desarrollada en su segunda parte, limitándose á la continuación de escenas jocosas propias tan sólo para servir un rato de solaz y de expansión.

De la serie de las aventuras que nos narra, no se desprende aquel elevado fin, y en vez de remontar nuestra inteligencia á las causas lamentables de la locura del buen hidalgo, nos entretiene con él, convirtiéndole en un tipo grotesco y vulgar, con el cual pueden permitirse las gentes todo género de libertades, á diferencia del Quijote de Cervantes que aun en medio de sus desgracias es tan grande, sereno y elevado que causa respeto é infunde admiración en los mismos que le maltratan y burlan.

¿Y qué diremos de la moral de Avellaneda? El cuento del soldado que intercala en su novela, es una verdadera indecencia como afirma con muchísima razón el Sr. Menéndez Pelayo; su Sancho ya no es el cristiano viejo, rancioso, que Cervantes nos describe, sensual, globoso y vulgar, pero enemigo de todo aquello que constituye ultraje á la ley de Dios; su Maritornes no es la que en la primera parte vemos, pues si en ella por hacer un favor no se desdénaba de holgar un rato con el arriero de Arévalo, cuando menos á los ojos del público se tienen escondidos sus tratos y no sucede como en la segunda parte que la vemos ofrecer cuerpo á todos para hacer toda merced por ocho miserables cuartos. La Dulcinea de Cervantes, aquella Aldonza Lorenzo, hombruna y valerosa, que aechaba un costal de trigo en breve rato, ó asustaba á las mozas con un grito desde el campanario de la iglesia, es, según las palabras de D. Quijote, hermosa y honesta y si en lo pri-

mero ninguno le igualaba, en la buena fama pocas le llegaban, en tanto que Avellaneda nos pinta al buen hidalgo enamorado de una bodegonera de Alcalá, despojo de estudiantes pobres y estampa de la herejía.

¿Pero á qué seguir citando casos concretos? Basta decir que aquella escrupulosa honestidad cervantina, que en todo caso procura huir de aquello que pueda parecer indecente, no se encuentra en la obra de su imitador, el cual para hacer asomar la risa á los labios de sus lectores, no ve inconveniente en apelar á aquellos medios que están prohibidos á todo escritor que se aprecie, cuanto más de entre ellos al que ostenta un hábito al que por propia dignidad debía profesar algún respeto.

Fuerza es reconocer, en otro orden de consideraciones, que Fray Luis de Aliaga no era lerdo, pues en cuanto á interés y fecundidad, su obra reúne estos requisitos sino en tan alto grado como en la de Cervantes, por lo menos en cantidad no despreciable.

La aventura del melonero que á D. Quijote le pareció Roldán el Furioso, las justas de Zaragoza, el encuentro de Bárbara, el cartel de Sigüenza, las escenas del protagonista con la compañía de representantes y algunas otras, son aventuras que tienen gracia y amenidad y que están escritas con desenvoltura y tratadas con acierto.

Cierto es que las escenas de la venta, de Cervantes, el escrutinio de su librería, la escena de los molinos y la batalla del Vizcaíno, la aventura que D. Quijote tuvo con un cuerpo muerto, la del yelmo de Mambrino, con todas las que se intercalan para dar amenidad y fluidez á la obra, y tantas otras que sería ocioso consignar, están muy por encima de las citadas anteriormente; pero téngase en cuenta, para ser justos, la distancia inmensa que entre Cervantes y los demás escritores hay, y se comprenderá fácilmente que el mérito literario de la obra de Avellaneda no es tan escaso como algunos críticos han querido suponer.

Los preceptos de la Disposición acerca de la metódica

distribución de la obra en tres partes distintas y con finalidad propia no tienen exacta aplicación al género novelesco en donde predominando la imaginación ó fantasía del autor la unidad alcanza mayor amplitud, tolerándose incidentes y episodios más numerosos y variados. Por esta razón prescindimos de este estudio y pasamos á examinar ligeramente los personajes, caracteres, costumbres y pasiones de las obras á que nos venimos refiriendo.

La figura del protagonista de Cervantes refleja el pensamiento del autor con toda exactitud y es así mismo tan humana, y se mueve dentro de un tan acertado ambiente que sólo por esto merecía aquél el título de Príncipe de nuestros ingenios. La ociosidad del hidalgo de aldea que se aficiona á la lectura de libros de caballería, para ver en la imaginación lo que ya no le es dable percibir en la realidad; su orgullo de clase reflejado en sus altas ambiciones; su trastorno cerebral por pasarse los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio; sus múltiples aventuras en las que siempre sale molido y aporreado, pero infatuado y resuelto, son cualidades que hacen resaltar aún más sus nobles sentimientos, su carácter honrado, su inteligencia clara en cuanto no toque al objeto de su locura, su generosidad y desprendimiento, las bellas cualidades, en fin, que le adornan y para comprender las cuales se necesita poseer un corazón ingénuo como el que poseía el buen hidalgo.

El tipo del hombre vulgar encarnado en Sancho, es no menos notable. Su retrato solo basta para causar admiración pero cuando habla el regocijo se apodera de nuestros corazones al contemplar aquella graciosísima mezcla de candor y de malicia, de ignorancia y de espíritu práctico que se subleva naturalmente de las locuras de su amo y que se deja arrastrar por ellas hasta el profundo de su mentecatez.

Maritornes, Dorotea, el Ventero y su hija, el Cura y el Barbero, Sansón Carrasco, Teresa Panza ó Mari Gutiérrez, que esta es una de las equivocaciones de Cervantes, el hombre del verde gabán, la graciosísima dueña D.^a Rodríguez,

los duques, Altisidora, todos cuantos personajes intervienen en la novela y toman parte más ó menos directa en su acción, son tipos completos y acabadísimos, á los que el talento del autor ha sabido dotar de los elementos necesarios para que causen en los lectores la impresión de la realidad, empleando para cada uno la forma correspondiente: el carácter, del cual son modelo D. Quijote y Sancho; el retrato ó semblanza, como se ve en Maritornes; la prosografía, en el bachiller Sansón Carrasco; la epopeya, en Cardenio y don Fernando; y en otro género de descripciones, la topografía en la pintura del lugar en donde ocurrió la aventura de los yangüeses; el cuadro en la de la casa del caballero del verde gabán y en la del camarachón de la venta, donde la hija del castillo fué á buscar al buen caballero, con objeto de que hiciese agravio á la dama de sus pensamientos; y la cronografía en la de la edad de oro...

En punto á figuras lógicas, patéticas y oblicuas, lo mismo que en los ornamentos de la buena elocución, que se conocen con el nombre de elegancias del lenguaje, Cervantes se presenta á nuestros ojos como el modelo más perfecto y acabado del escritor.

Y no nos entretenemos en copiar ejemplos por que si quisiéramos dejar consignados todos cuantos en la obra de Cervantes pueden ponerse de modelos, habría que hacer como el escribano del cuento, que deseando aumentar sus honorarios en una diligencia de embargo á la que asistió, para describir unos libros que se embargaban, los fué copiando por completo.

Menos trabajo nos exigiría el libro de Avellaneda, por que en todo él no se encuentra la sustancia, el mérito y el valor que en unas cuantas páginas del primero. Sus figuras descriptivas pecan de pobres, en las lógicas se nota cierta intranquilidad y azoramiento que no le permiten discurrir y razonar con sosiego; las patéticas son por lo general desleídas, bajas y pobres y en cuanto á las elegancias del lenguaje puede afirmarse que si en absoluto no huelgan es

difícil encontrarlas bien aplicadas y dispuestas del conveniente modo para que produzcan el apetecido efecto.

De donde se deduce, no sólo por lo últimamente, si no por todo lo que queda expuesto, que entre la obra de Cervantes y la de Avellaneda, media un abismo determinado por el genio extraordinario del primero, pero que el libro de Fray Luis de Aliaga, con ser infinitamente inferior al del Príncipe de nuestros ingenios, no es tan rematadamente malo que no merezca ser colocado entre los de los otros escritores de no escaso renombre, siendo su mayor perjuicio el de haber querido hombrearse con Cervantes y ponerse á su mismo nivel, resultando entre ambos una diferencia parecida á la que aplica el mismo Cervantes á las tradiciones, á saber, la que se encuentra en un tapiz de Flandes visto al derecho ó visto al revés; al derecho se aprecian exactamente las figuras y se comprende á la simple vista el asunto; al revés se distinguen borrosamente sin que sea posible darse cuenta precisa de lo que representa.

Con esto hemos dicho cuanto nuestro pobre entendimiento nos ha sugerido acerca de tan interesante punto; sirva este modestísimo trabajo de tributo de admiración que el último de los alumnos de la clase de Historia Literaria tributa al primero de los literatos españoles.

P. FERRER BARTRINA,

Alumno de 5.º curso.





Lo cómico en el Quijote

I

Preliminares, algunas nociones acerca de lo bello.

EXISTE en el hombre un sentimiento que es el de la belleza, mediante el cual, le es dable apreciar la unidad, variedad, armonía y proporción de las cosas, con otras cualidades que producen en el alma cierta íntima y agradable satisfacción, bien distinta, por cierto, de esa sensación de repugnancia ó malestar que el desorden de las cosas nos ocasiona.

Ese sentimiento de la belleza, patrimonio exclusivo de la potencia intelectual, es subjetivamente uno y único en tanto en cuanto radica en el sujeto que sabe conocerla y apreciarla, pero es vario en cuanto á que cada uno la entiende, de modo diferente, por lo menos, en cuanto á sus condiciones accidentales se refiere.

Por lo expuesto, se comprende cuanta verdad encierra la frase popular de que sobre gustos no hay nada escrito y á cuanta confusión no se presta en el terreno práctico, pues siendo este sentimiento privativo de cada uno, suele el hombre encontrar belleza en aquello en que otros encuentran

fealdad y viceversa, haciéndose, en conciencia, difícilísimo el dar una definición apropiada de la misma, que satisfaga y sume todos los pareceres y opiniones que sobre ella puedan darse.

Prescindiendo, pues, de entrar en este terreno árduo y difícil y que nos llevaría más lejos de lo que nos proponemos, hemos de limitarnos á decir que para explicarse y comprender la belleza, hay necesidad de haberla experimentado, no de otro modo que para darse cuenta de los diferentes colores, se requiere haberlos visto, y para percartarse de los sonidos, haberlos escuchado.

La belleza, siendo una, como queda dicho, se presenta ante nosotros, varia no sólo en cuanto al número de objetos bellos, sino también en cuanto á sus grados é intensidad. En este sentido cabe distinguir lo simple ó estrictamente bello, de lo sublime y lo bonito, que constituyen en cierto sentido lo que pudiéramos llamar el adjetivo absoluto, su aumentativo y su diminutivo.

En cuanto á su valor objetivo, hay que hacer constar que la belleza es como una idea abstracta, aplicable á un mundo infinito de cosas, algo así como un traje apropiado á un número ilimitado de personas. Por eso la encontramos en el orden físico, en el intelectual y en el moral, pudiendo en cada uno de ellos decir, con propiedad, y como ejemplo que es bello, el panorama que desde Mont-Blanc se divisa, la Iliada de Homero y el perdón de las ofensas.

II

Siguen los preliminares. Nociones acerca de lo feo.

En contraposición de la idea de belleza, existe la idea de lo feo que es diametralmente opuesta á aquélla y que produce en el alma sensaciones completamente diferentes.

Lo feo está constituído por la ausencia de lo bello,

como lo está el frío por la ausencia del calor, y siendo la belleza tan difícil de definir como ha quedado expuesto, hay tantas dificultades como en aquélla para dar una definición positiva de lo feo y que al mismo tiempo explique su naturaleza.

Lo bello radica en el bien, de tal manera, que belleza y bondad son palabras que tienen idéntico significado hasta el punto de que en la misma Biblia se confunden, y siendo el mal la idea contraria, queda sobreentendido que la fealdad es una cualidad sinónima de aquél. La fealdad absoluta, rara vez, por no decir nunca, puede encontrarse en el universo, pues del mismo modo que Cervantes dijo de los libros que no hay ninguno, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena, tampoco hay en el mundo nada que no tenga nada de bello.

El mal produce en nosotros un movimiento despectivo de repugnancia ó repulsión. Puede suceder, sin embargo, que á la larga nos connaturalicemos con lo feo, como algunos se acostumbran á los malos olores, pero esto no es sino un extravío ó perturbación del sentido estético que nada dice en contra de las afirmaciones que quedan consignadas.

III

Terminación de los Preliminares. De lo cómico ó ridículo.

Dentro de la fealdad hay un grado que pudiéramos llamar especial, y que produce en nosotros efectos singulares, acerca del cual hemos de decir alguna cosa que sirva de base y fundamento al estudio que nos proponemos hacer de la obra de Cervantes.

Cuando lo feo no reviste condiciones de gravedad excesiva, sino que nace de defectos de poca monta que influyen, sin embargo, de tal manera que de una ó varias cosas bellas, resulta una incompleta ó defectuosa, surge lo que se

llama ridículo ó cómico que consiste, por consiguiente, en la perturbación ligera, pero sensible del orden, de donde muchos lo definen por el contraste, esto es, por la percepción inmediata y directa de lo que es y lo que debe ser.

De aquí se deduce que lo ridículo ó cómico sólo se da en aquellos seres que teniendo libertad para el bien lo perturban, y por lo tanto, no puede darse nunca en los animales, sino de un modo relativo, cuando, por ejemplo, por medio de la domesticación les obligamos á desempeñar papeles impropios de su naturaleza.

Los efectos del ridículo tienen una manifestación apropiada en la risa; por eso el hombre es el único ser riante de la creación; por eso los animales, jamás rien, aún cuando nosotros encontramos sobrados motivos para ello.

Los efectos de lo cómico son muy sensibles en todos los órdenes, y por su naturaleza, esencialmente humana, los más apropósito, para que por medio del violento contraste que ante nuestros ojos presenta pueda hacerse apetecible lo bello y odioso el mal. Mucho más efecto suele causar en el hombre un acto ridículo que muchos discursos y de aquí el gran mérito de aquellos que se valen de esta arma en la prensa, en la literatura y en todos los órdenes, para levantar y mejorar el gusto del público, y lo censurable que resulta el que algunos utilicen tan peligrosos medios para hacer aborrecibles cosas por todos conceptos dignas de respeto y veneración.

El hombre puede crear estados bellos por medio de su inteligencia ó de su actividad, y por lo tanto, le es dable asimismo crear estados feos en todos los órdenes, y en conciencia en un grado mínimo, que es el ridículo. Cuando los crea los establece en unas ocasiones, involuntariamente, como cuando un escritor quiere hacer una gran obra y por carencia de medios le resulta mala, y otras voluntariamente, como cuando emplea este procedimiento para hacer resaltar la noción del bien entre las cosas malas. En esta ocasión no puede decirse propiamente que sea el autor el

que crea este estado de la belleza negativa, sino que lo expone á la consideración del público, dejando á éste en libertad para que saque las consecuencias naturales y oportunas.

Por eso, una obra que en su esencia sea cómica, puede ser bellísima en sus partes y en su totalidad. Así la novela de Cervantes el *Quijote*, tiene en su elemento interno como base y fundamento el contraste del que resulta lo cómico, pero en su manifestación, en su forma de exposición, en sus condiciones y desarrollo, una obra de belleza admirable é indiscutible.

Tenemos con lo expuesto, desarrollada la teoría de la belleza y por de contado de lo feo que es su extremo opuesto; hemos indicado los grados de fealdad y nos hemos detenido en el ridículo para darnos cuenta perfecta de su esencia; vamos á hacer, ahora, aplicación de estos principios á la portentosa producción del primero y más grande de nuestros novelistas.

IV

Pensamiento fundamental de Cervantes. Elemento interno de su Obra.

El espíritu caballeresco y aventurero del siglo XVI, no cabe duda que aunque dependiese de muchas causas, fué poderosamente influido por las novelas que, como el *Amadis de Gaula* y *Orlando el furioso*, llevaban la perturbación á muchas inteligencias y los hacían desvariar tomando como cosas prácticas y hacederas lo que sólo eran fantasías é imaginaciones de los autores.

El paje las leía en las antesalas, el canónigo en la iglesia, el hidalgo en los largos espacios que tenía para holgar, el segador en los ratos de descanso, la doncella á hurto de de sus padres, el galán con ocasión de sacar de ellos temas y palabras para sus devaneos.

Prueba de lo que decimos es el teatro de aquella época en el que se nota la influencia de aquel género de literatura, y el mismo *Quijote*, en el que se ve que la locura del protagonista nació precisamente de su afición á los libros caballerescos; las tonterías que los duques realizaron en sus castillos, del conocimiento que de los mismos tenían, las frases del posadero de las que guardaba y en la época de la vendimia se leían á la luz de la tea en el hogar, y hasta los conocían las mozas del partido que armaron al caballero manchego, como se demuestra por la facilidad con que supieron representar la farsa de la investidura de andante y que tan satisfecho dejó al buen hidalgo. Esas aficiones influyeron considerablemente en las costumbres públicas, y Cervantes se propuso corregir el mal, haciendo ver cuán irrealizables son ciertas teorías en el terreno de la práctica, ideando para ello la publicación de una obra, en la que se pusiera de manifiesto las peripecias á que se veía sometido el que alimentó su inteligencia con tan insanas lecturas, noble propósito que consiguió cumplidamente, por medio del contraste á que se presenta lo que en la vida real es el hombre y lo que aparece ser en aquel género; de donde se infiere que la obra de Cervantes, basada en el antedicho contraste, es una obra cómica, en el sentido que de esta palabra hemos dado anteriormente.

V

Los protagonistas: D. Quijote, Sancho.

La primera y principal figura es la del hidalgo al que se le secó el cerebro, de manera que vino á perder el juicio á fuerza de embeberse en la lectura del sinnúmero de obras caballerescas que se describen, cuando el cura y el barbero realizaron el donoso escrutinio que se nos cuenta en el capítulo VI de su primera parte.

El hidalgo de aldea, cuya hacienda se consumía con manjares no muy delicados, y que se honraba en los días de entresemana con su vellori de los más fino, pretende renovar las hazañas de los héroes legendarios. La ambición pretensiosa de que se halla poseído, nos hace ya reír á su costa, y se completa lo cómico de sus aspiraciones con la descripción de su figura indigna de enamorar á ninguna dama, y la escasez de sus medios para llevar á cabo tamaña empresa. Cierto es que los caballeros andantes debían la mayor parte de sus triunfos á la protección de sus amigos y encantadores, pero también es cierto que en toda ocasión contaban con fuerzas propias y con elementos indispensables para el guerrero. Pero salir á la ventura sobre un mal caballo, con una espada mohosa y una celada de papelón débil, y espiritado por el insomnio, la vigilia y la locura, es un violento y vivo contraste con las aspiraciones de que estaba poseído. ¿Cabe mayor ridículo que presentárenos liberal sin dinero, valiente sin fuerzas, ambicioso de gloria y de poder, sin que pudiese alcanzar otra que palos y molimientos?

Pues de la misma manera se presenta su escudero ante nosotros, rústico, ignorante, sensual y bajo, pero movido por aspiraciones tan elevadas, cuanto más ruin y pobre es su naturaleza. No quiere bajar de conde, duque ó emperador, y cuando se entera de los males que el bálsamo de Fierabrás cura, cambia todos sus deseos por el conocimiento de los simples que lo forman, creyendo que ha de enriquecer vendiendo á dos reales el cuartillo... Esa ignorancia del valor de las cosas hasta el punto de confundir la gravedad del cargo de gobernador por la de muñidor de una cofradía, hacen de él el tipo más cómico, más ridículo y más ingenioso que se ha podido concebir.

Pero no quiere esto decir que careciesen uno y otro de buenas cualidades, antes al contrario, para que el contraste se presente con mayor fuerza á nuestros ojos, vemos á don Quijote ser leal, caballero, noble y magnánimo, amante de la honestidad y del decoro, afable con su escudero, conse-

cuenta con su pasión, discreto cuando no se toca su flaco de las caballerías; y á Sancho fiel hasta la muerte á su amo y señor natural, tierno y blando de corazón, como cumple á quien está acostumbrado á conocer y catar las miserias de la vida, sufrido y paciente á pesar de sus protestas y remolonerías, y en ocasiones tan discreto como un doctor de Salamanca, á pesar de su carencia de estudios y de luces naturales.

Este conjunto de hermosas cualidades y de graves defectos, de aspiraciones nobles y medios ruines, de grandes intenciones y tristes escenas, forman, al ponerse en contacto con los hechos más vulgares y corrientes de la vida, una serie de escenas ridículas que producen en el lector una verdadera impresión de realidad, en la que se mezclan y confunden las alegrías y las tristezas, los vicios y las virtudes, las grandes hazañas y las miserables villanías, algo en fin, que al inclinarnos á la risa y á la burla tiene en su seno un principio de verdad tan grande que el entendimiento se lo asimila, y sin necesidad de esfuerzo ni razonamiento alguno se adhiere á nuestra inteligencia y queda en esta grabada con señales indelebles de perpetuidad.

Pero el contraste que hemos visto en cada uno de los dos protagonistas del Quijote, existe con la parte que pudiéramos llamar buena de cada uno de ellos, existe también entre ambos. Muchos escritores han hecho resaltar en nuestros días la gran diferencia que hay entre el hidalgo manchego y el labriego rústico, y filosofando acerca de aquellas dos naturalezas tan encontradas, que la locura del amo y la mentecatez del otro juntó y asoció para regocijo y placer del mundo entero, han puesto de manifiesto los dos aspectos de la humanidad; el idealista que vive de ilusiones y que con ellas se alimenta, y el realista que busca la parte positiva de las cosas con el objeto de sacarle utilidad y convertirlas en materia de negocio y granjería.

Y es lo más triste que olvidando nuestra propia historia, la hidiosincracia del pueblo español, sus altivas miras,

sus grandes hechos, y no viendo más que las desgracias y sinsabores, demasiado cercanos para que puedan olvidarse fácilmente, nos proponen á Sancho como modelo para la reforma y enmienda de nuestra vida, y abominan de don Quijote como del dictador de nuestra conciencia y causante de nuestras desgracias.

No, y mil veces no. El hidalgo es el símbolo de nuestra alma que, elevándose de lo ruin y bajo, se agita en un mundo de ideas superiores á las tristezas de la vida; el hidalgo manchego es el símbolo de aquella noble ambición que hizo de nuestro pueblo el más grande de los pueblos civilizados; el hidalgo manchego es el símbolo de aquella legendaria temeridad española que hizo nacer conquistadores como D. Juan de Austria, el duque de Alba y Hernán Cortés, navegantes como Colón y guerreros como el Cid.

Sancho es el tipo vulgar que se mueve en un ambiente de triste y miserable prosa; como el escarabajo que se arrastra por los muladares y convierte las más impuras materias en el nido donde se desarrollan sus propios hijos, aspira sólo á la utilidad y conveniencia material. Y entre los defectos del uno y los defectos del otro, ya que no sea posible ser perfecto, preferimos los del primero. Sí, que vale más ser loco que mentecato, ambicioso que villano, y temerario que cobarde, porque los locos, los ambiciosos y los temerarios, son los que llevaron á cabo la realización de los hechos que á las restantes generaciones asombran y maravillan: los hechos de la historia que al mundo pasman, ¿qué han sido sino locuras y temeridades que la suerte y la fortuna han completado con la aureola del éxito más lisonjero?

VI

Personajes secundarios del Quijote.

Al lado de los dos protagonistas de los que algo hemos dicho, aunque sea poco, coloca Cervantes en su obra un gran número de personajes que se mueven y agitan en las páginas de su libro y que sirven para completar y perfeccionar la acción, dándole todos los caracteres de verdad relativa que en el género novelesco se requiere.

El talento de su autor supo sacarles el oportuno partido para que cooperasen al fin que se había propuesto alcanzar, pero nosotros, circunscribiéndonos al título de nuestro trabajo, nos limitaremos á poner en evidencia el espíritu observador de Cervantes y su grande y extraordinaria habilidad para encontrar en ellos lo que pudiéramos llamar su lado flaco, y exhibir su parte ridícula á la consideración del público.

El cura y el barbero, que tan importante papel juegan en la obra, vienen á representar el sentido común, colocado en la línea divisoria entre las locuras del hidalgo y las tonterías de su escudero.

La molinera y la Tolosa, aquellas mozas del partido que con tanta discreción le ciñeron la espada y le calzaron la espuela cuando fué armado caballero, son, en nuestro sentido, la imagen ó representación del vicio, prestando pleito y homenaje á la virtud donde quiera que ésta se halle; el ventero, su mujer, Maritornes, los mercaderes toledanos, el gallardo Vizcaíno, los cabreros y yangüeses, los cuadrilleros y galeotes, arrieros y toda la caterva de gentes de tal ralea que ante los ojos del admirado lector desfilan, representan las realidades y asperezas de la vida, en opuesta y completa oposición con los idealismos del valiente manchego, de cuya oposición surge el ridículo del protagonista y lo có-

mico de las escenas, que es lo que constituye la finalidad que Cervantes se propuso llevar á cabo.

Imposible nos es seguir por este camino enumerando todas las personas que en el Quijote intervienen y haciendo sobre cada una consideraciones apropiadas. Si el tiempo y la ocupación nos lo permitiesen, haríamos resaltar el espíritu regocijado y profundamente observador de Cervantes mostrando el carácter de Teresa Panza y de su hija Sanchica, la donosura de Dulcinea, el humor de los cómicos que caminaban en el carro de la Muerte, la socarronería del bachiller Carrasco, el silencioso estupor del caballero del verde gabán, el ingenio de Basilio el pobre y la esplendidez de Camacho el rico, la necedad de los duques, y la nunca bastante ponderada de la dueña D.^a Rodríguez, el cinismo de Torilas el lacayo, la desenvoltura de Altisidora y la guasa de los caballeros catalanes. Pero fuerza es que pongamos fin á este apartado de nuestro trabajo, dejando consignado como ya está dicho, que el autor á cuyo claro talento nada escapa, supo utilizarles debidamente para encontrar en todos ellos la parte esencialmente cómica, con el objeto que repetidas veces hemos indicado que se proponía alcanzar.

VII

Los episodios del Quijote.

Relatados, siquiera sea ligeramente, los caracteres que Cervantes nos presenta en su producción literaria, diremos algo, también con brevedad, de los episodios.

El autor del Quijote quiso hacernos ver la pugna existente entre la imaginación calenturienta y exaltada, con los hechos naturales y corrientes de la vida, y cómo aquélla, cuando no está regida por la razón, se extravía y confunde aun en aquello que es más vulgar y conocido. Así sucede á los que se apartan del camino justo y buscan la satisfacción

de sus naturales inclinaciones á toda costa, que convierten en substancia cuanto les rodea para la satisfacción de sus apetitos y encuentran en consecuencia el justo castigo á su egoismo y temeridad.

Pero Cervantes no olvidó en ningún momento ni el carácter de su obra ni los medios que debía escogitar para su desarrollo, y si en el transcurso de la novela incluye episodios sentimentales ó pasionales, que no tienen nada de cómicos, como la historia del cautivo y los amores de Dorothea y D. Fernando y de Luscinda y Gardenio, hácelo con la discreta intención de evitar la monotonía ó pesadez de la obra, proporcionando al alma momentos de esparcimiento de una calidad superior, para que con mayor gusto y satisfacción se vuelvan á saborear las hazañas del hidalgo manchego.

En todas las restantes el carácter eminentemente cómico de la obra resplandece en alto grado; sirvan de ejemplo las aventuras de los molinos de viento y las regocijadas de la venta que á él se le imaginó castillo, la del cuerpo muerto y la de los batanes, la del yelmo de Mambrino y la de los galeotes, la de la princesa Micomicona y el encantamiento de D. Quijote, la de la entrevista con Dulcinea y la carreta de los representantes, la del caballero de los Espejos y la de la cueva de Montesinos, las de maese Pedro el titiritero y el barco encantado, las que tuvieron lugar en los castillos de los duques y los maceros de Sancho Panza en su gobierno de la ínsula Barataria.

Dos más hay también graciosísimas y llenas de ingenio que son las de los rebaños de carneros que á D. Quijote parecieron ejércitos, y en las cuales hace alarde de su conocimiento profundo de los libros de caballerías y de la riqueza de su imaginación exuberante y lozana; y la de los cerdos, que por la ocasión y forma con que la describe y pinta, causa profunda sensación en el lector hasta que se apercibe del desenlace y trueca en risa lo que antes había sido temor ó interés.

No ya en concepto de aventuras, sino en el de episodios en el sentido lato de la palabra, merecen especial mención, como modelos inimitables de gracia y donosura, los discretos razonamientos que entre D. Quijote y Sancho se narran en muchos capítulos de la obra, y los no menos ingenuos habidos por este último con su mujer y ésta con su hija.

El eterno contraste, engendrador del ridículo, está expuesto en ellos con los más vivos colores de la paleta del artista; oír las ilusiones que vanamente acaricia el enamorado galán de Dulcinea, y como las expone á su escudero que las cree y comparte como la cosa más fácil y hacedera; escucharles hablar de imperios, de palacios, de princesas y gobiernos en medio de una polvorienta carretera, sin una blanca y abandonados de los hombres, es lo que hay que oír para convencerse del singular gracejo de Cervantes.

¿Y qué diremos de las conversaciones que entre Teresa Panza y su marido se describen en el capítulo V de la segunda parte de la novela? No encontramos palabras para expresar la admiración que nos produce la sal ática con que están escritos. Hay que leerlos, y la impresión que en el lector produzca es la misma de que nos hemos sentido poseídos cada vez que nuestra vista se ha parado en aquellas páginas y nuestra imaginación regocijada en aquellos conceptos. ¡Oh y qué bien hablaba Teresa y con cuánto sentido y elocuencia rústica defendía la tranquilidad de la modesta vida, la satisfacción íntima del hogar pobre y honrado, la paz de la familia, la vida quieta y la conciencia tranquila! ¡Oh, y cuán humano es que el entendimiento discorra bien y la voluntad se marche, sin embargo, con el mal, como le pasaba á la buena mujer de que nos estamos ocupando! ¡Cuán diferente es, en ese capítulo que acabamos de citar de aquella otra ocasión, en que el paje de la duquesa la visita y la ofrece como presente un collar de ricos corales y el traje de caza de su marido el gobernador!

¡Libro admirable y admirado que contiene en tus páginas tanta filosofía como en la Summa de Santo Tomás de Aquino! Ojalá que todos los que te abran sepan apreciar la sana y hermosísima doctrina que entre tus páginas encierras! ¡Ojalá todos los que te lean sepan leer en tus entrañas!

VIII

Consideraciones finales.

Hemos terminado el trabajo que nos habíamos propuesto desarrollar, pero antes de poner en él la última palabra, séanos lícito decir algo como epílogo y compendio de todo lo expuesto.

Cuéntase de Felipe IV que holgando una tarde tras las vidrieras de su palacio, contemplaba á un estudiante que estaba sentado en un banco de la plaza y que reía sabrosamente con la lectura de un libro que entre sus manos tenía. Y se dice que aquel rey exclamó al verle reír de tan buena gana: O ese estudiante está loco, ó está leyendo el Quijote.

La discreta frase del monarca resume cuanto en pro de la gracia de la novela de Cervantes puede decirse. El cirujano sana dañando; el médico causando enfado con sus remedios; el moralista adoctrinando gravemente; el maestro castigando con severidad; sólo los que son maestros, médicos y filósofos á un tiempo, es decir, los hombres verdaderamente superiores, saben curar las enfermedades del espíritu sin causar malestares ni molestias; Cervantes supo, con su ingenio extraordinario, arrancar una llaga social sin emplear más cauterio que el de la sátira fina. En su libro, documento vivo en que todas las generaciones pueden estudiar y todas las clases aprender, no emplea ni las reflexiones secas, ni los discursos áridos, ni los argumentos pesados. Ni cierra los ojos dormidos por el beleño intelectual,

ni hastía, ni hace llorar, condiciones indispensables en toda obra mediana, sino que la doctrina que vierte, purifica y lava el entendimiento y la voluntad, mostrándole en sus páginas de oro el camino del bien, sin que en ningún momento la sonrisa se aparte de los labios del que lo lee.

¿Enseña y hace reír? Pues esa es la mejor y más práctica de las pedagogías y la que emplea con acierto el mejor y más grandes de los escritores.

JOSÉ COLVÉE Y REIG.

Alumno de 5.º curso.







La poesía en el Quijote

MIGUEL de Cervantes Saavedra, el más portentoso ingenio que la España ha producido para gloria de las patrias letras, no sólo cultivó la prosa de modo tan admirable que pudiéramos llamar inimitable, sino que fué un hábil é inspirado poeta y un hijo predilecto de las musas, desde que asistía á los estudios de López de Hoyos.

Esta afición poética se mostró desde la juventud de manera intensa, hasta el punto de que él mismo confiesa que compuso romances infinitos, y al dedicarse á otros géneros literarios no pudo sustraerse á la influencia de su inspiración para versificar y así se vé, por ejemplo, que *La Galatea* salió cuajada de poesías.

Cervantes producía cuando quería excelentes versos, como se comprueba con la lectura de algunas de sus comedias, especialmente las tituladas *La casa de los celos* y *La entretenida*.

Su Quijote no pudo sustraerse á las inspiraciones poéticas de su estro y entre sus inmortales páginas se encuentra un número no corto de composiciones, sobre las cuales

nos proponemos decir algo para que sirva este trabajo de tributo de admiración hacia el más grande de nuestros novelistas.

Sabido es de todos que los autores, para ensalzar sus obras y darles mayor importancia y predicamento, solían además de enderezar la dedicatoria á algún duque ó grande que les costease la edición, suplicar á los amigos que escribiesen unos sonetos ó cualquier otra composición no muy larga para colocarla al principio ó al fin del texto, de modo que sirviesen como de presentación y despedida para hacer más agradable la lectura y comprensión del mismo.

Cervantes comprendió el ridículo de aquellos elogios tributados por los amigos ó hechos por el autor en persona y que se atribuían en algunas obras, como dice en su prólogo, al Preste Juan de las Indias, y para desacreditar ese sistema de acreditar los libros, propósito que en efecto consiguió, colocó al frente de su Quijote once composiciones, de las cuales ocho son sonetos, y que atribuye con mucha donosura á Urganda la desconocida, á Amadís de Gaula, á D. Belianis de Grecia, á la Señora Oriana, á Gandalín, á Orlando el Furioso, al Caballero del Febo y á Solisdán.

La primera de las indicadas composiciones está formada por siete décimas, que ofrecen la particularidad de que la palabra última de cada verso está incompleta, faltándole la frase final, asonantando por consiguiente las penúltimas. En ella se dan consejos á su propio libro y se enaltece la persona del duque de Béjar, marqués de Gibraleón, que es á quien va dedicado el Quijote.

En el primer soneto, admirablemente hecho como los demás, Amadís de Gaula anuncia á D. Quijote que por esta

tu patria será en todas la primera,
tu sabio autor al mundo único y sólo.

Gran verdad que el tiempo ha confirmado, pues de nuestras pasadas grandezas sólo nos restan lo que nadie nos ha podido arrebatarnos, que es el fruto de la inteligencia de los

ingenios españoles y la gloria de haber sido en esta tierra donde concibieron y llevaron á cabo sus portentosas invenciones.

En el segundo soneto se encuentra un bonito ejemplo de asíndeton en los dos primeros versos del primer cuarteto que dicen:

Rompí, corté, abollé y dije é hice,
Mas que en el orbe caballero andante;

de donde se ve que aquella elegancia del lenguaje está combinada con su contraria la polisíndeton, que se encuentra al final del primer verso, con lo cual al mismo tiempo que se dá mayor ímpetu y celeridad á la expresión, hace que se fije la atención sobre lo que dice, que son los dos fines que se proponen estos ornamentos de la buena elocución.

Las composiciones que en este lugar ocupan los números seis y siete, son dos décimas que atribuye al donoso poeta entreverado y que van dedicadas á Sancho y á Rocinante, y ofrecen la misma particularidad que la primera en cuanto á la falta de la sílaba última de cada verso.

De los restantes sonetos, aunque todos ellos puedan calificarse como modelos en su género, nos limitamos á citar el de Solisdán, que constituye una graciosa y perfecta imitación del lenguaje antiguo que D. Quijote empleaba con las damas y caballeros cuando se juzgaba como tal andante y el último que es un chistosísimo diálogo entre Babiaca y Rocinante que comienza:

—¿Como estáis, Rocinante, tan delgado?
—Por que nunca se come y se trabaja.

A este soneto pertenece el verso tan conocido que dice:

Metafísico estáis.—Es que no como.

que se ha convertido en una frase vulgar y corriente que se ha empleado para explicar la extrañeza que causan ciertas reflexiones en momentos inoportunos.

No faltan tampoco en el texto del Quijote composiciones de gran valía. La primera que se encuentra en la primera parte de la obra, está en el capítulo XI y es la canción que Antonio el zagal cantó en la choza de los cabreiros, á requerimiento de estos, para entretener al héroe manchego después de la parca cena con que le obsequiaron.

Es un romance correcto, fácil, armonioso en el que se juntan las discreciones de enamorado con las rústicas expresiones de un pastor sin instrucción, y en cuanto á su fondo, expresa las quejas de aquél, contra Olalla, la mujer amada, en defensa de la cual sale cuando Teresa de Berrocal la insulta, terminando con ofrecerse al yugo del matrimonio.

Pocos capítulos después, en el XIV, coloca Cervantes la canción de Grisóstomo que titula canción desesperada y que está en armonía con la triste escena en la que se la lee y con el trágico motivo por la que fué escrita. Constituye un hermosísimo grito de dolor arrancado del corazón por los desdenes de una ingrata de quien está perdidamente enamorado. De esta composición pueden sacarse multitud de modelos de figuras del pensamiento, sobre todo, de las patéticas. El apóstrofe, la deprecación, la execración, la interrogación y la prosopopeya, tienen en esta composición un lugar digno, del que el talento de Cervantes supo sacar un gran partido.

El artificio de esta canción admirable y singular, consiste en componerse cada estancia de 16 versos, todos endecasílabos que riman entre sí de un modo nuevo: el hemistiquio del último verso con el penúltimo. Puede reputarse á Cervantes como el inventor de este género de canciones; á lo menos esta es diferente de las que compuso el Petrarca, que fué el primero que las escribió, ni la trae Renjifo, ni se halla otra semejante entre las de Boscan, Lope de Vega, Faria de Sousa, ni Bernaldez.

También en este último capítulo se incluye el epitafio que se puso en el sepulcro de Grisóstomo. Consta de dos cuartetas con consonantes idénticos y el pensamiento que

las anima es tierno y delicado como merecía el asunto á que se dedicaba.

Síguese después un largo trecho sin que se tropiece con ninguna composición poética, hasta el capítulo XXIII en que se inserta un soneto, que se supone consignado en el librito de memorias que con su maleta dejó abandonado en un desfiladero de Sierra Morena el triste y malaventurado Cardenio. En cuanto á su fondo, basta decir que constituye una serie de sùtiles reflexiones acerca del amor, por el procedimiento tan usado de nuestros clásicos y que con tanta frecuencia se ve en el teatro de Lope y de Calderón. Tres décimas á las que Cervantes llama coplas, con una añadidura ridícula en cada una se leen en el XXVI. Son las que compuso D. Quijote cuando se quedó haciendo penitencia en la Peña pobre. Comienzan por un ejemplo de prosopopeya.

«Arboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estais,
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.»

y sigue en todas tres haciendo resaltar el ridículo á que se prestan estas expansiones del alma.

En el siguiente se leen dos composiciones de las llamadas ovillejos, muy en boga entonces, aunque hoy ya casi se usan, y un soneto á la amistad, tan tierno y tan hermoso como indica el cuarteto con que comienza:

«Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las empíreas salas.»

La dulzura de este soneto, su sentimiento bien entendido y la amargura que rebosa, sientan muy bien en el citado Cardenio, que era el que lo cantaba, y prestan

mayor relieve á la figura de este desdichado víctima de amor.

Otro soneto hay incluido en la novela del Curioso Impertinente, que es el que el amigo de Lotario, escribió á la mujer de éste para complacer el insensato deseo del obcecado marido. Constituye un clamor de desaliento por el desden de Clori y describe admirablemente el estado despectivo del alma durante las horas de la noche, y en las largas y tristes de la vigilia cuando el corazón siente afectos mal correspondidos.

En el episodio del cautivo, que es uno de los más interesantes del Quijote, hay también dos sentidos sonetos á manera de epitafios, dedicados el uno á la Goleta, y el otro al fuerte que perdieron los españoles en África después de una defensa heróica y de todo punto sobrehumana. En ellos se revela el despecho y la conformidad por el revés sufrido y se dedica en el segundo un recuerdo á los tres mil soldados que murieron entre los torreones del fuerte.

Atribuye Cervantes estos sonetos al alférez D. Pedro de Aguilas, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento.

En el capítulo XLIII de esta primera parte, incluye Cervantes un breve romance, muy sentido, que es el que al alborear cantaba el joven caballero que disfrazado de mozo de mulas, seguía á su amada D.^a Clara, la hermosa hija del oidor, y otra composición formada por cuatro estancias de seis versos cada una, alternados de cinco y once sílabas, aconsonantados el primero con el tercero, el segundo con el cuarto y el quinto con el sexto, combinación que produce una agradable sonoridad y una hermosa cadencia.

Finalmente, la primera parte del Quijote, termina como comenzó, por unas cuantas composiciones, que ascienden á seis, de las cuales, cuatro son sonetos. Y bueno es consignar aquí, que en nuestro humildísimo criterio, la afición que Cervantes muestra á ellos es debida á la dificultad de hacer buenas composiciones de este género, por ser el más difícil

de la poética hasta el punto de que en él se han estrellado muchos autores de no escaso entendimiento. Esto demuestra lo que al principio decíamos, es á saber, que las aficiones poéticas de Cervantes eran extraordinarias, y él mismo lo muestra al usar tanto de los sonetos como para indicar que aún lo más difícil le era fácil.

Las otras dos composiciones son otros tantos epitafios, compuestos los dos últimos por dos cuartetas cada uno.

Conseguido en su primera parte el propósito de ridiculizar los versos que al principio y fin de sus obras sabían colocar los autores, en su segunda parte prescinde de ellos, y de aquí, que sea en ésta bastante menor el número de composiciones poéticas de las que hemos de ocuparnos.

En el texto sí se encuentran varias, siendo la primera un soneto, que es el que el Caballero de los Espejos, aquel socarrón licenciado que tan mal término tuvo en su determinación de recluir á D. Quijote, canta en el bosque á su supuesta amada D.^a Casildea de Vandalía. Imita muy bien el estilo apropiado á la escena que se está representando.

Sigue en el capítulo XVIII una glosa á los siguientes versos:

«Si mi *fué* tornase á *es*
sin esperar más *será*
ó viniese el tiempo ya
de lo que será después.»

Esta glosa es la que se supone compuso el hijo del caballero del Verde Gabán, Lorenzo de Miranda. Está desarrollada en décimas, en número de cuatro, una para cada verso de los glosados, como es natural, y es esta en mi sentir una de las más ingeniosas composiciones poéticas que en el Quijote se hallan, y dignas por todos conceptos de las alabanzas un tanto hiperbólicas del valiente vencedor del vizcaíno.

Para pulsar en un todo el mérito del hijo de D. Diego, quiso conocerle en otro género á lo que aquel accedió

gustoso, recitando en un soneto la historia ó fábula de Tisbe y Píramo, digno en verdad de que el buen Quijote dijese que entre los infinitos poetas consumidos que hay, sólo á él le había visto consumado.

En el episodio de la boda del rico Camacho, se cuenta una danza de las que llamaban habladas, y en ellas los personajes recitaban sendas coplas de las que se insertan en la obra cinco, compuestas cada una por dos quintillas, y son éstas en nuestro sentir, los versos más flojos de entre todos, bien que Cervantes no pretendió otra cosa sino indicar la esencia misma ó sea el argumento de la danza.

Mucho más adelante, en el capítulo XXXV de esta segunda parte se consigna en verso la traza que el sabio encantador Merlín da para el desencanto de Dulcinea. Está formada esta composición por verso libre, aunque muy cadencioso y bien medido.

Se sigue en el XLIV y en el XLVI respectivamente, el romance que la desenvuelta Altisidora, canta en el jardín una noche para rendir el corazón del asendereado caballero y el que este compuso para contestar á aquella, graciosas piezas poéticas escritas con tanto ingenio como facilidad, y más adelante, en el LVII la composición con que aquella se despide del ingrato caballero.

Y quedan tan sólo tres composiciones más. Una copla, en verso libre, compuesta de tres estancias de cuatro versos, que es una queja al amor. La cantaba D. Quijote en la noche de la cerdosa aventura que tan mal parado le dejó; otra, compuesta de dos octavas, muy bien hechas, que se supone que cantó un hermoso mancebo vestido á lo romano, ante la tumba de Altisidora; y el epitafio de D. Quijote, que como término quiero poner aquí por fin de estas líneas y acabamiento del trabajo.

«Yace aquí el hidalgo fuerte
que á tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte

— 173 —

que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Tuvo á todo el mundo en poco
fué el espantajo y el coco,
del mundo en tal coyuntura
que acreditó su aventura
morir cuerdo, y vivir loco.»

PASCUAL IVORRA TÁRREGA,

Alumno de 5.º curso.





¿QUÉ ES EL QUIJOTE?

PARA unos, una joya literaria; para otros es solamente una obra para satirizar la fábula de los libros de caballería.

Pero para los que admiramos verdaderamente el genio portentoso que poseyó tan privilegiado talento, es más que todo eso: encierran, en nuestro concepto, las páginas brillantes del Quijote, un sentido más noble, más grandioso, más trascendental, más hermoso, más sublime de lo que á primera vista parece.

Todas las ideas expuestas por Cervantes en su inmortal obra, van dirigidas para que sean proclamadas y difundidas á través de los siglos, los dogmas de justicia, de abnegación y de libertad entre los hombres.

Por eso nosotros admiramos ciegamente, apelando sólo á lo que nos dicta nuestra conciencia, al noble, al honrado y digno caballero Alonso Quijano el Bueno, por sus ideas regeneradoras, por sus ideas generosas, por sus nobles y caritativos sentimientos al socorrer al menesteroso y enderezar los entuertos.

En las páginas del Quijote retrata claramente Cervantes, la decadencia moral de su época, el atraso en que vivían sus conciudadanos, el egoísmo, la codicia y la ignorancia de aquella sociedad enflaquecida y tumbada.

No lo dudéis, el Ingenioso Hidalgo está escrito en sentido esotérico, paradójico, figurado; porque sino, no nos esplicamos el temor que tuvo Cervantes de dar á la luz pública su obra, si únicamente tuviera el sentido real, vulgar y simple que algunos atribuyen á tan hermoso libro.

El libro de Cervantes es un estudio detenido de sociología, un poema tan perfectamente concebido y expuesto que debe ser totalmente, en absoluto, admirado no sólo como una novela maravillosa, sino también como un libro doctrinal, que por estar escrito en tonos épicos y por que se dirige á reformar las ideas y enmendar las costumbres en bien de la humanidad, es una verdadera epopeya, mucho más notable que todas las obras que han producido los grandes hombres que han existido y existen en la humanidad.

Quisiera tener el pincel inmortal de los grandes artistas de la historia, de Miguel Ángel, de Velázquez, de Murillo, para trazar en estas pobres y miserables cuartillas, el retrato del más grande, del más brillante, del más noble, del más bondadoso, del más perfecto, del más generoso, del más abnegado, del más justiciero, del más sublime de los escritores, de aquel cuya fama se extiende por los espacios de la humanidad, como se extiende sobre nosotros el gran manto estrellado de lo infinito.

¿Queréis tener una ligera idea acerca de lo que es el Quijote?

Coged pues, separadamente, las hermosas palabras que encierran el *Sermón de la Montaña*, las perfectas ideas que existen en la *Imitación de Cristo*, las nobles doctrinas desarrolladas en el *Ideal de la Humanidad*, las grandiosas teorías expuestas en *La conquista del pan*; tomad, pedid, coged, reunid todo eso; confundidlo, barajadlo, juntadlo bien y

— 177 —

entonces tendréis el esqueleto, el embrión de lo que es el Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha.

Al dar final á este ligero juicio, repito que la obra de Cervantes, es un rasgo maravilloso de su ingenio, en el que á la vez del sentido literal de la novela, existe un sentido tropológico, encubierto ó disimulado por el otro.

VICENTE CANDELA ORTELLS.

Alumno de 6.º curso.





EL IDEAL DE D. QUIJOTE

Es grande, hermoso, redentor, altruista, podemos decir sin ningún escrúpulo, que es la síntesis del Cristianismo y la anarquía doctrinal.

Nadie, al leer los razonamientos del ilustre manchego, podrá tildarlos de vesánicos, todos son inspirados en la caridad y amor infinito que hacia el prójimo siente, son hijos de una conciencia recta, de una estrecha moral, de una educación esmerada, de una ilustración vastísima. Obra por impulso directo del sentimiento, sin parar mientes en los medios de que dispone para acometer las dificultades que presentársele, pueden, sin premeditar las consecuencias, lánzase á impedir á todo trance el cumplimiento de una nueva injusticia, de las infinitas que en el mundo se impetran.

He aquí la causa de su desequilibrio, la falta de oportunidad, en el obrar; discurre cual el cuerdo más completo; obra como el más disparatado loco, creyendo, ¡oh infeliz! que basta ser buena la intención para realizarla en todo momento y lugar.

¿Qué lección nos proporciona este dato? ¿qué nos demuestra este fenómeno? Uno, muy claro, muy sencillo,

muy exacto; la realidad de lo absoluto por perfecta que sea, jamás será implantada; el que tal pretendiere, por contemplarla desde las empíreas regiones de su febril fantasía, descenderá al profundo abismo de la simplicidad.

No tal puede suceder ni sucedería, si su realización la acometiese la colectividad, ella no tiene jueces superiores, poder que le supere, es libre para obrar en un sentido ó en otro. Dispóngase, pues, á cumplir tan perfecto ideal, prescindiendo de obstáculos y prejuicios; si tal lograra, alcanzaría la perfección que tan lejana se observa, tan lejana, que bien podemos decir que su llegada es una utopia.

Pero tened presente, queridos compañeros, que si la masa, el conjunto lo practicase, perdería su condición de fábula, por que lo que hoy es anormal, entonces sería lo normal; lo que hoy lucubración metafísica, mañana realidad; lo que sueño, existencia palmaria.

Dispongámonos, pues, á abandonar nuestras prácticas rancias, y la rutina que nos corroe, sintiendo y practicando con la misma fe que el inmortal Alonso Quijano el Bueno, el principio *Virtud y Trabajo*.

EVARISTO CRESPO BAIXAULI,

Alumno de 6.º curso.





La sociedad de Cervantes: D. Quijote y Sancho

COPIAR capítulos, copiar párrafos y hacer la crítica de una obra incomparable, cuando hombres eminentes lo han hecho de una manera magistral, no tiene ningún atractivo.

Resumir ó hacer la crítica de un capítulo es aún más difícil, para mí imposible, pues se necesita un caudal de conocimientos artístico-literarios, crítico-filosóficos y á la vez un entendimiento tan aguzado, que yo de ninguna manera poseo.

¿Qué hacer? Lo que salga; lo que mi entendimiento diga de la lectura de las páginas de tan hermosa obra.

Pueblo meridional, exaltado, pueblo que se encuentra en el primer período de su decadencia, período en el cual aún se cree poderoso y omnipotente y el menor tropiezo le convierte en polvo deshaciendo todas sus ilusiones y grandes proyectos que pudiera tener formados.

Este pueblo, casi al mismo tiempo de su grandeza política, llegó á la cumbre de su grandeza literaria, única parte sana que en aquella época le quedaba; pues tenía una sociedad compuesta por la gran masa homogénea del pueblo,

incapaz para discurrir, pues no le habían enseñado, y por lo tanto, vivía consumida por el vicio, soñando con guerras para hacer fortuna por cualquier medio, caso más favorable, ó agitarse en su seno lleno de miseria, pidiendo al rey empleos y á los frailes y grandes lo que les sobraba de sus mesas. Y por otro lado, un pequeño grupo de hombres que dirigen la sociedad, que no se diferencian de la masa homogénea pueblo, más que por sus riquezas, pues su cultura no era otra que el roce de los grandes hombres de aquella época, que á pesar de ser en corto número se veían postergados por la necia nobleza de todo tiempo antiguo.

Estos hombres, sin embargo, veían en el porvenir una sociedad en que la moral dominase más al hombre; pero que no podían ni veían solución alguna. Y á todo esto los perezosos, pillos y pedigüños luchan entre sí buscando un bienestar material que no encuentran de ningún modo. Y los nobles sueñan con glorias, justicia inimitable, fe profundísima, caballeridad, belleza y amor ideal, como el pobre sueña en la época presente, con millones caídos del cielo ó que se los regale alguna maga protectora.

Pero de repente, aparece un hombre que encuentra lo que los grandes hombres de aquella época no habían encontrado; esto es, la primer chispa que diera origen al estado soñoliento en que se encontraban, haciéndoles que se mirasen en el espejo (*D. Quijote de la Mancha*) y dejasen su vida y literatura de antes, que aunque hermosa en la forma era perjudicialísima en el fondo; pues mientras la literatura mística llega á hablar de sus ideas, esencialmente espirituales, simbolizando de una manera material y grosera que no se sabe ya de que se habla si de espiritualismo ó de cosas mundanas, la otra, la literatura picaresca, siempre hermosísima en la forma, era corruptora de las costumbres, pues casi siempre son inmorales en el fondo é indignas de ser escritas en tan hermosa lengua.

Este hombre que hace saltar la primera chispa en un pueblo aletargado, es excepcional é incomparable, pues

como historiador se adelanta á su siglo, haciendo la crónica del mismo de una manera imparcial y sin precedente; esto es, que no haciendo caso de unos y de otros y siendo mártir de los dos, se aísla, y los juzga sin odios y sin venganzas, no tomando de ellos nada más que lo único bueno que poseían, esto es, el lenguaje incomparable y hermosísimo que jamás tendrá idioma alguno; y es por primera vez y única que el lenguaje español, en aquella época, es usado como se merece; pues la grandeza de esa obra, de la cual vamos á dar idea de lo que en ella se dice, si nuestras fuerzas lo permiten, no merecía otra.

Cervantes vivió en la popular Madrid, visitó las hermosas vegas levantinas, llenas de luz, de alegría, propias para un enamorado ideal; estuvo en Italia, el país del arte por excelencia, estuvo en la tierra de las variaciones bruscas, en donde tan pronto se veían llanuras fértiles llenas de perfumes, como terrenos cenagosos é inmundos, mansión de miasmas que matan al hombre y destruyen la vegetación, esto es, en la desconocida África. Y, sin embargo, no es ninguno de estos lugares el que elige para su inmortal obra, es la Mancha, páramo desierto, inmenso, gris, imponente, pero lugar el más apropiado para que el hombre resalte ante todo y sobre todo; para que la hermosura de las vegas de levante, el arte de la gran Italia y lo brusco de África, no hagan desmerecer en lo más mínimo á su hombre.

El *Quijote* es el pensamiento de un hombre trasladado al papel sin más retóricas que la verdad, sin más bellezas que la sencillez únicamente comparada con la del catecismo; y por todo esto reunido es un libro escrito para todos, tanto para los inteligentes como para los ignorantes, tanto para los niños como para los viejos, en una palabra, para la humanidad entera, ventaja por la cual se sobrepone á todo lo hecho en general por Goethe, Alighieri y hasta Shakespeare.

Con *D. Quijote de la Mancha* les sucede á algunos lo que en general nos sucede á casi todos leyendo aquella caballe-

resca cruzada del siglo XIII (tercera), en que el caballero castellano Couchi muere en la guerra y al morir deja mandado que antes de enterrarle le habran el pecho, le saquen el corazón y lo manden á Gabriela de Vergi, hermosa dama residente en Fayel. Pero la adversa suerte quiere que el marido recibiera tan fúnebre regalo y lo guardara para tomar un desquite de sus furiosos celos. A las pocas noches, díjole á su mujer que deseaba tener una cena extraordinaria en la cual la obsequiaría con un nunca gustado manjar. Y en efecto, tan extraño plato fué comido, y concluído el cual preguntó á su esposa si sabía lo que había comido, y como ésta dijera que no, exclamó el bárbaro *pues te has comido el corazón de tu amante*. Gabriela dió un grito horrible que hubiera hecho retemblar al mundo, pero que no conmovió el implacable corazón de su esposo. Y perdió, la infeliz, primero la razón y después la vida.

Pues si este suceso tan raro y extravagante es histórico, ¿no puede existir el Ingenioso Hidalgo, hombre tipo invisible para uno que no sea Cervantes en aquella época, y que hoy en día vemos constantemente individuos que si fuéramos á hacerles una disección minuciosa no nos resultarían otros tantos *D. Quijotes*?

D. Quijote es el fanático de la verdad y del amor puro, capaz de sufrir todas las vejaciones del mundo, ser apaleado, dormir de cualquier modo, pasar hambre y hasta perder su propia vida por el ideal. Para *D. Quijote* conservar su vida para comer y vivir cómodamente no la concibe ni tiene ningún mérito, pues todo lo que no conduzca á que la justicia, la verdad y el amor ideal no salgan adelante, no sirve para nada. Él trabaja, él sufre, él no duerme, él no tiene ambición alguna, él sólo se propone desfacer agravios, enderezar entuertos... A él poco le importa lo que sucederá cuando se vuelvan á quedar solos el amo y el pastor, porque no piensa en que se redoblarán los castigos cuando él se vaya. Lo mismo le sucede cuando se cree enfrente de formidables enemigos y ataca á pacíficos molinos de viento.

Pues bien, todos estos sucesos que al niño hacen reír por la inocencia que ven en *D. Quijote* ¡cuánto hacen pensar al viejo que lo estudia y profundiza detenidamente!

Si grande y hermosa es la figura de *D. Quijote* no menos grande y profunda es la de Sancho, ese escudero que se burla de su Señor, que sabe á ciencia cierta que está loco y que á pesar de todo esto deja su casa, su familia, su pequeña hacienda y en una palabra, lo abandona todo y le sigue, se expone, y padece hambre y cansancio, recibe palizas y sin embargo no abandona en ningún momento á su señor hasta su muerte, llorándole en su mismo lecho como sér que pierde algo de mucho valor.

¿Cómo se explica esta fidelidad á *D. Quijote*? ¿Se debe á la próxima recompensa de gobernar la Barataria? No. Sancho sabe que su señor estaba loco y no puede esperar nada de él. Se debe á los conocimientos intuitivos de la masa en general que, sin saber por qué ni á qué santo, y con una abnegación hermosísima, abraza las causas buenas y justas.

Pues Sancho ve en su Señor esa causa y la abraza hasta morir con ella.

No sé más, estoy rendido, quisiera el talento de Séneca, la oratoria de Cicerón y el lenguaje del mismo Cervantes para encomiarle, para enaltecer su nombre y que jamás se perdiera en el abismo de los siglos.

JOSÉ IGUAL RUIZ,

Alumno de 6.º curso.







Sentido oculto de «El Quijote»

ESPAÑA, la antigua Iberia, la floresta europea, la abatida España, viste de gala para celebrar una de sus glorias. El hijo español rinde tributo á la voz de Cervantes y le llena de orgullo el que por uno de sus hermanos haya sido conocida nuestra casa más allá de las fronteras, en lejanos países. La nación aquella con que el sol se veía en trabajo para ponerse en sus dominios, conmemora un testimonio del apogeo que alcanzó su literatura en su siglo de «oro».

El sentir de un pueblo se pone de manifiesto en nuestra nación; todo español contribuye á solemnizar el III centenario de la publicación de la grandiosa obra del Shakespeare español, de la magistral y hermosa obra que de lauro sirve en nuestra literatura.

La discordia, esa enfermedad incurable en la raza latina, debida á la diferencia de juicios, es abolida y desaparece ante este acto, que es la más viva y perfecta expresión de nuestros sentimientos. La nota discordante no solamente no cabe, sino que no existe en este caso; pues el particular sentir del humilde plebeyo, es igual é idéntico al de la co-

lectividad de la nación; de modo que hay conformidad entre el solo individuo y la generalidad de ellos, de tal suerte, que el todo está representado por la parte y, á simultáneo, la parte por el todo; y ese es el sentimiento noble y patriótico que surge espontáneo del alma del pueblo, que une á todos en una opinión, que une á todos en un solo deseo, á un solo fin, á una aspiración única y exclusiva. El espectáculo que ofrece España es producto del sentimiento patrio. La nota oficiosa es para Cervantes. El invadir de las gentes los templos del saber, las numerosas manifestaciones del pueblo y todos cuantos actos se celebran, ponen una vez más de relieve las muestras de gratitud que se tributan al escritor castizo, para el que no existía la fatiga, para el que es el autor de «El Quijote», y en una palabra, para el más grande escritor que en la posteridad vieron los siglos.

El pueblo español sabe cumplir con su deber; el alma castiza se ha preparado convenientemente para celebrar la más bella conmemoración que pudiera hacer; bien lo saben mis amados compañeros de ejercicio, que el eco que en el corazón del elemento escolar suena y retumba es el de Cervantes. España se honra á sí misma honrando á Cervantes; el hecho de que el fecundo maestro publicase su libro y verlo traducido á todos los idiomas y el que mayor celebridad ha alcanzado hasta nuestros días y que á todos satisface, eso... eso es alcanzar aquella grande victoria que anticipa la eternidad en la vida.

Por eso todo lo que se haga en su honor será poco para él, para aquel vástago que se destacó sobre todos los del mundo, para aquel ciudadano del universo, para «el ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha», del príncipe de los Ingenios, con que la historia saluda á su autor D. Miguel de Cervantes Saavedra.

«El Quijote», la sin rival obra en su género, la única que alcanzó el ideal de todo autor, la que logró el aplauso de los antepasados y presentes y la que sin duda ganará el

de los futuros, á pesar del agente destructor por excelencia el tiempo, no ha logrado marchitar su frescura ni amenguar su atractivo, y la posteridad la considera como obra magistral en humorística fantasía, en observación profunda, en invención no superada. De ella se han ocupado muchos críticos y los que nó, han dejado como aprobadas todas las observaciones que de ella han hecho en cuanto á la crítica se refiere. Se la ha considerado como «dura sátira contra los libros de caballerías», á juzgar por lo superficial que en ella se encuentra; se la ha tenido por diversos conceptos: unos ridiculizando la afición á la lectura de libros de caballerías, otros considerando que Cervantes no tuvo otra intención que la de escribir un cuento de carácter cómico. A ser esto y á no encontrar en su «Quijote» mas que la bella forma de lenguaje, no mereciera el realce é importancia que se le ha concedido, porque antes que él ya escribieron otros sobre los libros de caballerías, y que para cuentos de carácter cómico, tenemos á Lope y también á Quevedo, que, juntamente con Cervantes, forman la trinidad de escritores en nuestra literatura. Mas á pesar de lo dicho y de lo que se ha podido decir del «Quijote», la humanidad, conforme va adelantando en su camino, siente con mayor violencia la necesidad de conocer lo verdadero, lo bello y lo útil; esa fuerza, ese deseo del espíritu que nos empuja á conocer más horizontes; ese instinto con que el hombre ya nace, le empuja á explorar más terreno en el campo del saber; ese motor humano que no se satisface ni se verá nunca satisfecho en sus aspiraciones, es el que vió la necesidad de descubrir lo que de oculto se contenía en el «Quijote», lo que su autor no pudo manifestar ni escribir claramente por las circunstancias con que atravesaba aquella época; y que de no haberlo hecho así, hubiese sin duda acarreado un funesto resultado al autor de la más preciada joya de nuestra literatura.

Los antiguos como los contemporáneos críticos no hicieron más que encantarse navegando por el Rhin, recreán-

dose con sólo contemplar sus orillas y la superficie de sus aguas, pero no se les ocurrió bucear en dicho río, para admirar las extraordinarias maravillas que atesora en el fondo de su cauce; esto es, se limitaron á contemplar las bellezas de las orillas y la superficie del «Quijote»; no quieren penetrar en el fondo de su escrito para ver las maravillas que entabla Cervantes; se satisfacen con las impresiones de la materia y menosprecian las profundidades del espíritu. Pero ante tal estado de las cosas, no han faltado quienes buceando en el «Quijote», encontraran expuesta la doctrina que Cervantes adujo refinada bajo el sentido tropológico; y al efecto dice un autor: «Los pensadores y los literatos siguen admirando al «D. Quijote» por lo físico y por lo estético... por lo que se ve y toca de él: por la sencillez y la belleza de sus palabras; y por las profundas observaciones y juicios que hace con ellas; pero sin acertar á ver y desdeñando ver lo metafísico, lo ético que hay en él, es á saber: La novedad y la perfección de sus símiles, de las alegorías que hay en el libro, la maestría é hilación con que están expuestas, para hacer metáforas simbólicas y hablar de este modo por medio de figuras que es un género de elocuencia mucho más profunda, mucho más sabia, mucho más grande y más eficaz que la de las palabras; que permite inventar una trama más sabia y más sólida y encaminarla á un fin más trascendental y que resulte del «Quijote» dos cosas: una en lo literal del juego de las palabras que es la *Novela*; otra en las enseñanzas de los hechos por medio de alegorías y simbolismos que forman una verdadera epopeya.»

Sabido es que *El Quijote*, el libro del ingenio español, tiene como novela gravísimos defectos, ya en hechos inverosímiles como el hacer D. Quijote su lanza desgajando una rama de una encina y sin herramienta, ya con aptitudes imposibles como la sublimidad de Marcela, ya con olvidos indisculpables como el de poner á Sancho vestido después que le quitaron la ropa y montado cuando le quitaron el rucio, ya que al retar á los leones, que hambrientos y apa-

leados, era imposible mantenerse en aquella pasividad, ya intercalando novelas incongruentes, convirtiendo de este modo la novela en un montón de sucesos desordenados y laberínticos y hasta incomprensibles é incompatibles con el inmenso talento que todos reconocemos en Cervantes. Pero sin embargo, bajo el punto de vista figurado, por el contrario, es el libro un conjunto de perfección en armonía con la sublime grandeza del autor. Mas á pesar de ello, siguen comparando á Cervantes con Homero, y con Virgilio, y con los grandes escritores líricos de la humanidad y hasta caen en el ridículo de compararlo con los escritores científicos, por lo que de literalmente dice de Geografía, Medicina y Arquitectura. ¡Cuando por encima de todo eso es Cervantes por sus tropos y simbolismos como Mahoma, Buda y Sócrates, como... y más que los grandes reformadores y regeneradores de la sociedad!

Pero la opinión está hecha, los eximios españoles de nuestros días están como los del siglo XVII, á distinto tono del que transmitía y tenía Cervantes. Y esto se debe á que como todavía en España estamos en tiempos del *magister dixit*, está sucediendo ahora con el sentido figurado, lo que ocurrió en 1605 en lo literal, cuando dijo Lope que «ningún poeta nuevo es tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe al Quijote». Mas á pesar de los muchos detractores del sentido oculto, hay sin embargo otros que saben apreciar la manera con que escribió Cervantes, no como capricho sino amoldándose á las circunstancias de aquella época; pues para escribir de este modo, dicen Cicerón y Quintiliano, hay dos motivos, uno que es «el placer», otro «la necesidad». Como comprendemos, el último de los motivos ó razón es el que indujo á Cervantes á escribir bajo la forma alegórica ó tropológica. Y vamos á confirmar lo que hasta ahora venimos sosteniendo, es decir, la forma sublime con que el ingenioso Cervantes escribió su más predilecta obra bajo ese sentido, que no debe leerse con los ojos de la cara, sino con los del alma, de donde, así entendido, resulta por sus cues-

tiones, el más grande sabio y profundo sociólogo; pareciendo su libro como un evangelio, germen y síntesis de todos los conocimientos filosóficos, políticos y sociales que sirven para guiar á la humanidad hacia el bien.

De todos los pasajes que en *El Quijote* se registran, el que más nos interesa es la discusión entablada entre Don Quijote y el caballero del *Verde Gabán*, medio de que se sirvió Cervantes para hablar sobre la enseñanza y decirnos cómo es debe educar á la juventud.

Según el análisis que de *El Quijote* ha hecho un célebre autor, viene á explicar este pasaje del siguiente modo: «Andaban D. Quijote y Sancho en razones cuando los alcanzó en su marcha el caballero del Verde Gabán. La circunstancia de que viene este caballero detrás de D. Quijote y por el mismo camino y con la misma dirección que él, indica que es un hombre de buenos propósitos y fines regeneradores; su traje, todo, hasta su montera verde, esto es, su exterior del color de la esperanza, y gironeado de terciopelo leonado, es decir, con el sello de la nación; sus espuelas verdes, esperanza también y tan notablemente bruñidas que parecían mejor que si fueran de oro puro, símil de poderosos y excelentes medios para excitar las pasiones; sus armas, el alfange morisco suspendido de un tahalí verde como era nuestro saber de origen arábigo y una esperanza en el mundo, y hasta la poderosa cabalgadura que llevaba con aderezo de leonado y verde y que es blanca, esto es, del color de la de nuestro patrón Santiago, y por añadidura hembra, símbolo de la fecundidad, forman en concepto mío un conjunto de cualidades y circunstancias que por lo características y económicas parecen representar á primera vista un caballero que va por el camino de la redención y del bien como D. Quijote y lleno de esperanzas y con las circunstancias y condiciones con que se podía representar á España en el siglo XVI.

Por otra parte su nombre D. Diego Miranda, por don, tipo de hidalguía cual era entonces nuestra raza; por el ape-

lativo equivalente á Santiago tutelar de España y por el apellido reflejo exacto del estado de reposo en que nos había sumido entonces la intransigencia de nuestro país; sus ejercicios de caza propios de ese reposo; y no con halcón que se remonta por el trabajo; y perro que rebusca por la investigación, sino con (1) *perdigón manso* y *hurón atrevido*, esto es, que logran á mansalva su objetivo, expresión exactísima del medio ambiente en que se movían las aspiraciones de los que mandaban en nuestra sociedad; y su instrucción limitada de algunos libros de la historia, otros de devoción, pero ninguno de caballerías, que absorbían la imaginación de D. Quijote, revelan que en efecto eso que parece por el exterior lo era en la realidad. Y si á esto se le añade su generosidad patente en los convites que daba á sus convecinos y amigos y su esmeradísima educación y su vida ejemplar y su devoción tan excelente, que cuando lo supo Sancho no pudo por menos que echarse del barro y besarle los pies y proclamarle el primer santo á la gineta que había visto; y por último el juicio que le merece á D. Quijote que lo tiene por hombre de chapa, por hombre completo en sus prendas personales, revisten á este caballero con todas las señales de perfección que podía producir España en aquella edad.

Y así no me parece falso ni violento deducir de la exposición de estos hechos, en que resultan acumulados sobre la noble y apuesta figura de aquel gallardo caballero español, las circunstancias de belleza y perfección que podía producir la sociedad de su tiempo, que Cervantes nos ofrece en él más que una figura individual, un tipo en que se representa un conjunto de sentimientos, de afecto y tendencias generales de la parte más noble y selecta de aquella época; el conjunto de perfecciones que podía producir la sociedad española en el siglo XVI.

Y que en la reunión de estos dos personajes no debemos

(1) Todas las palabras de cursiva son textuales del Quijote.

ver un sentido particular y concreto, sino una representación de dos tendencias encaminadas al bien: la una don Quijote, significa la abnegación y la fe atentas, por encima de todo y sin reparar en sacrificios, á que el bien se haga y á que triunfe la justicia y la verdad; la otra D. Diego, parece representación de los hombres buenos y perfectos al uso que juzgaban quiméricos esos ensueños, esto es, á los hombres positivistas de aquella sociedad, que aún siendo buenos también, no pierden nunca de vista los goces y provechos de la buena vida y se acomodan á las realidades, esquivando las molestias para vivir y gozar.

En efecto, cuando los dos caballeros se reúnen y comunican, dice D. Quijote: *empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entregueme á los brazos de la fortuna para resucitar la ya muerta andante caballería*; esto es, se revela como esa tendencia generosa, que sacrificándolo todo á los ideales, encaminaba sus pasos á combatir el mal y hacer el bien para regenerar á la sociedad; y D. Diego dice que *no se puede persuadir de que haya en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, honre casadas, ni socorra huérfanas y no lo creyera si no lo viera con mis ojos, por más que reparto mis bienes con los pobres, oigo misa cada día, procuro poner en paz á los que sé no están, soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios*. Tal es, pues, la situación: dos tendencias encaminadas al bien, pero el uno es de ideal perfecto, el otro también bueno en lo que puede dar aquella sociedad.

Examinemos, pues, ahora, para que los ha reunido Cervantes y vemos que D. Quijote dijo: *Si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, merced recibiría que nos fuésemos juntos*. Y convenido, *preguntole cuántos hijos tenía y cómo los educaba*; con lo que recayó con este motivo la conversación en la manera de educar á la juventud. Y como esto no solo es un importantísimo problema sino que es el primero de los sociológicos, dado que según el sistema con que se educa á los hijos se fija y determina el modo de

ser de la sociedad y de las naciones, resulta que todo lo que viene sucediendo en este capítulo, es que Cervantes ha puesto en contacto al espíritu redentor con un tipo modelo de caballeros cristianos de aquel tiempo, es decir, con el tipo de perfección que podía producir aquella sociedad, para discutir el problema de la educación social que juzga el primero entre todas las cuestiones del Estado y modo de gobernar á los pueblos.

Conviene notar ante todo, que Cervantes pone en este capítulo á D. Quijote *sin celada*, que á pesar de estar en pleno campo de aventuras y por el camino y en busca de ellas, *la llevaba Sancho como maletín en el arzón delantero á la albarda del rucio*. Indicación que hace Cervantes para expresar que se propone hablar de esta materia á cara descubierta y sin artificio alguno. Y con efecto, la contestación de D. Diego expresa la doctrina de la teocracia y la réplica de Cervantes la de la democracia. El primero ha tenido á su hijo en Salamanca seis años, *aprendiendo las lenguas latina y griega* y quiere basar su educación en la *teología*, que juzga *que es la reina de las ciencias; porque letras sin virtud son perlas en muladar*, y D. Quijote le contesta: *en lo de forzarles á que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles nunca será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para ir lucrando, sería yo de parecer que le dejase seguir aquella ciencia á que más le viera inclinado*. El primero induce que la ciencia sin dirección religiosa es una calamidad; y D. Quijote le replica que eso es desacertado, porque *la pluma es la lengua del alma* y si el poeta fuere honrado en sus costumbres, lo será también en sus versos. El primero, que basándose en esos conceptos que son los de aquella época y hombres de aquella edad que él representa, no alcanza otros horizontes para educar á la juventud que la teología, las leyes y la poesía dentro de los límites que consiente la primera y que ve á su hijo engolfado en la ciencia circunscrita á la lectura de los clásicos, encaminada á averiguar si dijo bien ó mal Homero, si Marcial anduvo

deshonestamente y cómo deben entenderse los versos de Virgilio, de Horacio, de Juvenal y de Tibulo, esto es, en una sociedad donde sólo se dedica á la juventud estudiosa al campo de la erudición, para acomodar el saber á fines preconcebidos y contener y sujetar las verdades científicas en las conveniencias de la Iglesia; el segundo, que hallando perjudicial ese sistema de constreñir las iniciativas de la juventud, bajo la inspiración de la teología, afirma con respecto al estudio de la ciencia que *la poesía es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tiene cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas que son todas las otras ciencias, y que ella se ha de servir de todas y con ella se han de autorizar las demás*; con lo que no sólo se opone á ese sentido estrecho meramente estético de la poesía, limitada, según el del Verde Gabán, á dar á los pensamientos una forma erudita y bella, otro concepto ético más elevado, con el fin de abarcar los caminos por donde pueda mostrar el entendimiento los grandes ideales de la perfección absoluta, sino que precisa la doctrina concreta y explícita de que la educación del hombre se debe regir, no sólo por el criterio de la teología y del conocimiento ó cultura de los clásicos, sino manteniendo á la juventud en contacto con todos los hechos científicos y fenómenos de la realidad, para interrogar incesantemente á la naturaleza y formar, en la comunicación de las otras ciencias y por la libre concurrencia y el movimiento cooperativo de ellas, el conocimiento de los secretos de la creación y de la vida. La cosa está pues clara; pero hay más, el del Verde Gabán, había dicho que su hijo *mostraba tener mal cariño al Romance*, reflejando con esto, sin duda, el desdén con que miraban los sabios de aquella época los adelantos que se hacían y verificaban en el lenguaje de aquel tiempo (moderno entonces) y reflejando también aquella idea, fruto del Renacimiento y que imperaba en Europa, de escribir los libros en latín, en la creencia de que esto sería más conveniente para que los sabios se entendie-

sen mejor. Pero Cervantes, adivinando que era equivocado ese criterio, salió en contra y contestó: *Y á lo que decís, Señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía del Romance dame á entender que no anda muy acertado con ello, porque la razón está: el grande Homero no escribió en latín porque era griego, ni Virgilio en griego, porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en leche y no fueron á buscar la extranjera para declarar la alteza de sus conceptos, y siendo esto así, razón sería que estas costumbres se extendiesen por todas las naciones.* Con lo que Cervantes consigna su opinión que es la que ha prevalecido en el curso de los siglos y hoy todos los hombres cultos profesan, á saber: que no es lo más importante, el saber de lo pasado, sino el de lo presente y de lo que está por venir; y cada nación debe enseñar á sus hijos en el idioma que le es familiar.

Y analizando estos sucesos con el sentido de nuestros días, resulta evidente é indudable que bajo la apariencia de una modesta aventura, que después de todo no tiene nada de común en los libros de caballería, se está ventilando aquí sin artificio alguno, una de las cuestiones más graves que hay en la humanidad y que son mantenedores en ella dos caballeros, de los cuales, D. Diego, representa la sociedad de aquella época que quiere hacer depender el régimen de la enseñanza de la dirección de la Iglesia y considera perniciosos y pestilentos los textos, explicaciones y los profesores que se separan de ese criterio y se esfuerzan en sostener que la fuerza civil del monopolio de la enseñanza para ahogar la ciencia en los dictados de la teología y circunscribir las enseñanzas por las verdades del dogma como se practicaba en aquella sociedad, ¡y por desgracia todavía pretenden muchos y así sucede en la nuestra!; y D. Quijote, que representa una aspiración noble y redentora, expresa la necesidad de variar de sistema, y pretende que no hay razón para que la religión imponga restricciones á la investigación y al estudio de la juventud, sino que debe dar á

elegir en el campo de la ciencia, á fin de que el hombre pueda interrogar por distintos modos á la naturaleza y ponerse en contacto con todos los fenómenos de la realidad para desenvolver el entendimiento y producir el saber en todas y cada una de las direcciones científicas, á fin de aunar todos los conocimientos en lo ético y en lo estético, en lo moral y en lo científico, para remontarnos al conocimiento de la verdad absoluta y no por procedimientos autoritarios, sino por la libre ilustración de los espíritus. Y hé aquí cómo Cervantes ha planteado el problema y está discutiendo sobre el gravísimo problema de la perfección intelectual y moral de la especie humana; pero no como los modernos estadistas de ahora, que se pasan los años discutiendo las cuestiones secundarias y accidentales de forma, v. gr., sobre lo primario ó lo secundario; sobre la continuidad ó la discontinuidad ó la diversidad de los textos, sobre la movilidad ó permanencia de los catedráticos, sobre la abolición de los exámenes ó la naturaleza de los métodos... etc..., etc...; sino muy por encima de todo ello, metiéndose á fondo en lo verdaderamente fundamental que se debe filtrar en el alma de los alumnos, la fe científica en vez de la teología; se vé es amigo ardiente y apasionado de que se procure el progreso y la vida moral de la sociedad, no por medios autoritarios mecanizados por el poder civil, sino que combatiendo la ignorancia en todos terrenos y dando libertad al entendimiento para lograr en los conocimientos científicos la unidad de todas las almas nobles y estudiosas que aspiran al conocimiento de la verdad y á realizar el bien, sin temor á las preocupaciones y sin segunda intención. En efecto, tan entusiasta partidario de la libertad es, que suyas son estas palabras con las cuales pone término á esta cuestión: *También digo que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quiere serlo. La razón es porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perfecciónala; así que mezclados la naturaleza y el arte y éste con la naturaleza,*

sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusión de mi plática señor hidalgo que vuesa merced, deje caminar á su hijo por donde su estrella le llame que siendo él tan buen estudiante como debe de ser y habiendo subido al primer escalón de las ciencias, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos ó como las garnachas á los peritos juriconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen á honras ajenas y castíguele y rómpaselas, pero si hiciere sermones al modo de Horacio donde reprenda los vicios en general como tan elegante él lo hizo, alábele porque es lícito... Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es la lengua del alma... ¡que es lo más bello y más hermoso que en mi concepto se ha dicho para defender la libertad de sentir y de pensar! La cual reconoce que puede tener tres defectos: uno que sea vendible en manera alguna, otro que se deje tratar de los truhanes y otro que caiga en el extremo de la populachería y de la murmuración, esto es, que no sea manoseada ni atraída por las calles ni por los rincones de los palacios, pero no dice que se deban corregir por la fuerza, sino por la eficacia de sí misma que dice es una alquimia de tal virtud que quien la sabe tratar la volverá de oro purísimo de inestimable precio. Preciosa metáfora, por cuyos medios enseña que la libertad es el ambiente de las almas grandes, bellas y generosas y que ella misma da los mejores medios para que se puedan enmendar los males que originan sus defectos y que en ella reproduce la verdadera virtud, el verdadero saber y el verdadero amor noble del hombre.

Resumiendo: tenemos que Cervantes ha dicho que se necesita cambiar el modo de educar á la juventud, de tal modo, que en vez de estudiar el latín y el griego y el conocimiento de los clásicos, se aprenda en el estudio de todos los fenómenos de la naturaleza, en la lengua propia y libremente, según la afición de cada uno; y que se procure

el concurso de todas las ciencias incluso las teológicas; por medio de la libertad en vez de sujetar el conocimiento de la verdad absoluta á la teología. Tal es la enseñanza de este capítulo que como no podía Cervantes escribir á las claras ante los poderosos y pervertidos poderes del clero y del trono, tuvo que escribir en alegorías. Estas son las enseñanzas que Cervantes aduce en su libro que como he dicho y repito, es como un evangelio en donde se encuentran reunidos á la par todos los conocimientos filosóficos, políticos y sociales que viven de manera extraordinaria para regenerar á la nación española, que yace postrada en el siglo de los adelantos é inventos. Sí, Cervantes se vió precisado á inventar esta trama para que el censor dejase pasar su libro. En Cervantes cundió la belleza, esa belleza que como dice el sabio Echegaray, «cuando encuentra el cerebro del hombre de genio por él brota como por sublime cráter en mármoles y bronces, moldeados en lienzos encendidos de pintores, en cantos y creaciones mil graciosas». Cervantes ha sido sublime, satírico y ático hasta el fin, y despojado ya su libro de la forma extravagante con que lo tuvo que presentar ante el Censor; y reconocido ya en toda su extensión y grandeza, el noble carácter y gran alcance de sus ideas, el mundo civilizado puede ver, en sus propios adelantos de proclamar los derechos del hombre, que tan sabia y maravillosamente exhumó Cervantes hacía tres siglos. Y este libro, que hasta el presente sólo se ha leído en broma para deleitar nuestros sentidos, será más que nuestro favorito, nuestro amigo, porque nos enseña el ideal modo de regirnos y una orientación y ofrece un sistema de enseñanza que conduce á un orden social donde sea la vida más sincera, más progresiva y satisfactoria. Mirad, pues, todos cuantos desde diversos puntos amais á la patria, que á pesar de las tristezas y decaimientos de nuestra historia, si las enseñanzas del «Quijote» pueden servir de bandera para orientar nuestras aspiraciones y encaminar nuestros pasos hacia la ansiada regeneración.

Este es, pues, el sentido de su Obra; esta es, pues, la doctrina que apunta en su libro que es el primero que mantiene querido nuestro idioma en el extranjero; pero si seguimos desdeñando este maravilloso sentido, seguirán prevaleciendo las doctrinas del caballero del Verde Gabán á las del elemento redentor, es decir D. Quijote. Pero aunque se siga en ese silencio y esa pasividad, el hombre no estará sujeto y acosado por el aguijón de la necesidad, hará prevalecer la doctrina del gran Cervantes; y si esto se consigue, ¡Oh D. Quijote! ¡Oh Dulcinea ideal! ¡Oh Sancho gracioso! Todos juntos y cada uno viviréis infinitos siglos para gusto y beneficio de las gentes, porque no se acabará el gusto, ni se extinguirán tus enseñanzas como sucede ahora sino que se verán en las figuras, metáforas, alegorías y fábulas de esta epopeya y se irá vislumbrando cada vez más la verdad ó aprendiéndolas todas de ésta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡Oh Cervantes sin par, que grande fué tu ingenio!...

Tiempo es ya de que se conozcan en toda su realidad las hazañas de D. Quijote, dignas de grabarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria de lo futuro.

Hora es ya de que no salga D. Quijote como lo hizo en su primer salida, como dice Cervantes «sin dar parte á persona alguna de su intención, y sin que nadie le viera, antes del día por la puerta falsa del corral». Hora es ya de que se conozcan las enseñanzas de la doctrina de Cervantes, y que empecemos á aprovecharnos y á gozar de ellas.

V. VALLS POQUET,

Alumno de 6.º curso.







Valor didáctico del Quijote

MUCHOS y muy doctos personajes del mundo de las letras, han elogiado la inmortal obra de nuestro insigne compatriota Miguel de Cervantes Saavedra; muchos han sido los comentarios que de tal obra se han escrito; muchos los pareceres que acerca de ella se han expuesto; unos elogian su estilo; otros su finalidad; éstos la amenidad de su conjunto; aquéllos su valor histórico y filosófico, y todos, incluso críticos tan descontentadizos y demolidores cual Clemencín, se ven obligados á inclinarse ante el genio.

Bajo cualquier aspecto que se contemple esta joya de nuestra literatura, presenta irisaciones hermosísimas, pero contemplado bajo el punto de vista de su valor didáctico, deslumbra, fascina con los clarísimos destellos de sus máximas, de sus refranes, de sus consejos, de sus enseñanzas.

Sucede con el Quijote lo que con los poemas épico-didácticos: es decir, es una obra destinada á deleitar, pero que une al deleite la enseñanza.

Ancho campo por donde volar la pluma presenta el

tema *Valor didáctico del Quijote*, mas la pequeña extensión de estos apuntes no permite mostrar más que muy contadas facetas de este sin igual diamante.

*
* *

En varios párrafos del *Ingenioso Hidalgo* trata Cervantes de la pasión amorosa, de esa pasión de la que dice *no mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, teniendo la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores.*

Y añade en otro párrafo: *El verdadero amor no se divide y ha de ser voluntario y no forzoso.*

Sólo se vence la pasión amorosa con huirla, y nadie se ha de poner en brazos de tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas.

Esto nos dice y es verdad reconocida y prudente consejo.

Discretísimo anda al tratar del matrimonio, como lo demuestra el párrafo siguiente: *Opinión fué de no sé qué sabio, dice D. Quijote, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya.*

En muy diversas partes de esta obra se notan párrafos acerca del matrimonio, de valor didáctico mucho mayor que el de éste, párrafos que si fuesen leídos en todas las familias, menos desavenidos habría.

Uno de los asuntos en que Cervantes más se distingue es en el conocimiento de la bella mitad del género humano, de la compañera del hombre, de la mujer, en fin, dando muestras de conocer sus flaquezas, como lo prueba á cada paso.

No hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad puesta en lenguas de la adulación... Es natural condición de

mujeres desdeñar á quien las quiere y amar á quien las aborrece... Las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira y encienden el deseo de vengarse... Las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, á esto de traerse bien y andar galanas.

He aquí las pruebas de mi aserto.

También sirve de mentor á doncellas y casadas y á ellas se dirige cuando pone en boca de un cabrero aquello de que *no hay candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden á una doncella que los del recato propio*, junto con otros varios y utilísimos consejos.

En materias artísticas trata felizmente de la música, de la cual dice *compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu y de la poesía*, á la que considera como *una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas que son todas las otras ciencias*; añadiendo que *ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella*.

A propósito de su discurso acerca de estas materias, hace una importante aclaración que atañe á lo que debe sobreentenderse por vulgo, haciendo decir á D. Quijote: *no penséis que yo llamo vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo*.

Sigue tratando del *Ars bene dicendi* y entre otras cosas pone en boca de nuestro Manchego, lo siguiente, acerca del uso de los refranes: *Mira, Sacho, no te digo yo que parece mal un refrán traído á propósito, pero ensartar refranes á troche moche, hace la plática desmayada y baja*.

En el *Quijote* claramente se transparenta el alma guerrera de su autor, y los párrafos: *Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan gloria que la quitan....., el soldado, más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga....., y al soldado mejor le está oler á pólvora que á algalia ...*, presen-

tan y retratan al héroe que gravemente enfermo abandonó su triste lecho de soldado para cumplir sus deberes de tal.

No obstante, guiado por la prudencia, desaprueba la temeridad, diciendo, que tiene más de locura que de fortaleza, y añade, á este fin, *que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á la esperanza.*

La parte moral del *Quijote* es extensísima.

Por su valor moral reconocido, merece apuntarse la frase: *La verdadera nobleza consiste en la virtud; y aquella otra, que dice, La sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud por sí sola vale, lo que la sangre no vale,* junto con el consejo que nos da, diciendo: *Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios.*

El antiguo *Nosce te ipsum*, de los griegos, aquella famosa sentencia que mereció ser grabada con letras de oro, humildemente se desliza entre los consejos que el de la Triste Figura da á Sancho:

Has de poner, le dice, los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.

Siendo el *Quijote* como enciclopedia de prácticas enseñanzas, da reglas de urbanidad tan discretas, como lo es la siguiente: *No se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que cuando eran solteros, porque la buena y verdadera amistad no puede ni debe ser sospechosa en nada; y muchas más que la premura de tiempo me impiden decir.*

Los consejos que el inmortal Caballero de los Leones da á su escudero, antes de ir á gobernar la ínsula Barataria, y aún estando en ella, merecen no ser escritos en pergaminos, sino grabados en bronces.

Cervantes demostró su conocimiento en materias tan diversas como son la higiene y la administración de justicia, al escribir tan acertadas y discretísimas razones.

Muchos, muchísimos son los párrafos que para probar

mi aserto copiar pudiera, mas me contentaré con citar algunos pocos.

Véanse: *Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia..... Al culpado que cayere bajo tu jurisdicción, considéralo hombre miserable sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, mústratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia..... Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones, etc., etc.*

De proverbios y refranes está llena toda la obra y aunque algunos de los segundos están traídos por los cabellos, merced al gracioso rústico Sancho Panza, no por eso dejan de formar una verdadera joya gnómica.

* *

No he pretendido exajerar el inmenso valor didáctico del Ingenioso Hidalgo, antes por el contrario, la brevedad de estos apuntes, ha ligado mi pluma, y por presentar algunos de los más importantes puntos, he tenido que renunciar á hacer comentario alguno.

Quien crea que exajero, lea la obra inmortal, que por ligeramente que lo haga, por poco que fije su atención, se verá obligado á confesar la certeza de mi aserto.

Y nada, nada más, que D. Quijote me dice, que ningún razonamiento es gustoso si es largo.

R. RAMÍREZ MINGUEZ,
Alumno de 5.º curso.





El Quijote como verdadera obra de arte moderno

No hablemos de la grandiosa y colosal obra de aquel Homero divinizado; sí, divinizado, porque este genio, este gran poeta es, no el ignorado y humilde rapsoda que de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, iba recitando los romances, las leyendas y las tradiciones de su patria, sino algo más: la figura humanizada de un dios pagano; tal vez el mismo Marte hecho poeta. No hablamos, no, de la Iliada. ¿Para qué?

Es una obra sublime, elocuente, divina, gigantesca. Tan gigantesca y tan grande, que la crítica la considera hoy, no como un simple poema épico, sino como la más perfecta epopeya de los tiempos antiguos.

Pero frente á un coloso se levanta otro. Frente por frente del aguerrido Anibal, se destaca, magestuosa la gran figura de Scipión. Y frente por frente de la divina Iliada, está, pese á quien pese nuestro *Quijote*, que si no es divino y epopéyico como aquella obra, es en cambio, una producción genial, fecunda en hermosuras, en encantos, en bellezas, en enseñanzas; infinitamente grande, por su inmenso avaloramiento

crítico, por su infinita modestia en la concepción estético-didáctica, por la fresca, la limpia, la riente naturalidad que se desliza por todas sus páginas.

¿Y sabéis por qué? ¿Sabéis por qué yo he lanzado una idea tan acentuadamente atrevida? Vedlo: Si tomáis en vuestras manos la obra inmortal de Homero y la vais leyendo detenidamente, notaréis, al principio de vuestra lectura, una profunda y misteriosa emoción estética, porque no en balde os halláis en presencia del genio, pero luego, pasadas las primeras impresiones, los primeros entusiasmos, sentiréis como un desfallecer lento de vuestro espíritu que degenera al instante en pasividad, en quietismo, en indiferencia crítica. Y ponéis en ella miradas de extrañeza, como se miran aquellas cosas que no se comprenden bien porque son hijas de otros tiempos, de otras costumbres, de otros pueblos, de otra civilización. Es obra sin amaneramientos y sin afectación literaria, pero para llegar á entender su trama, el desarrollo épico de su acción, se precisa un estudio, una preparación previa.

¿Por qué no decirlo de un golpe, súbitamente? Sí, digámoslo: la Iliada ha muerto. Para la crítica que orgullosa pone al héroe del pensamiento la corona de la inmortalidad, puede ser que no, porque sería un sacrilegio enorme, el olvidar primero al anciano y luego al artista más gigantesco que han visto los siglos; pero para la crítica imparcial, desinteresada, sincera, que sólo mira la obra, la Iliada ya no existe, la Iliada ha muerto.

Es sólo una producción de su tiempo y de su pueblo y nada más. Para identificaros íntima y espiritualmente con sus propósitos, sus ideas, sus sentimientos, sus bellezas era preciso os identificarais antes con aquella hermosa y floreciente civilización helénica; con su vida, su arte, su ciencia, su espíritu nacional; era preciso vivierais antes en aquellos tiempos majestuosos, anchurosa y pasionalmente guerreros.

Y ved el contraste. Mientras la Iliada nos resulta, bajo un punto de vista histórico-literario, un poco confusa, un

poco vieja, un poco arcaica, el *Quijote*, el famoso *Quijote* se presenta á nuestros ojos como la obra más clarísima, más nueva, más fresca, más llena de lozanías artísticas.

Y he aquí el primer triunfo del magistral libro de Cervantes. El pensamiento estético moderno pide un arte ilimitadamente universal y eterno; un arte, que traspasando las fronteras sea asequible á todos los hombres y que, permaneciendo inmutable al través del tiempo, no decaiga, ni se hunda, ni se marchite, al incesante correr de los siglos. Y por eso el *Quijote* no puede envejecer nunca, porque nunca envejece ni se torna decrepito el carácter humano; ese carácter íntimo y subjetivamente psicológico, porque tampoco envejece ni muere jamás la verdad filosófica.

Las quimeras líricas de Baudelaire, fiel reflejo de su sentir, personales, particularísimas, si ayer nacieron, ayer murieron. En cambio el *Otelo* de Shakespeare, vivirá eternamente.

Se dice constantemente que la apreciación casi total de la obra literaria, depende, muy mucho, del valor moral del literato. Pero esta afirmación entra de lleno en la crítica moderna. Porque si es cierto que las preceptivas de todos los tiempos la han venido señalando, es igualmente innegable que hoy, más que nunca, se la encomia; hoy, más que nunca, se la concede una importancia capitalísima en la anchurosa esfera de las creaciones bellamente sentidas. Y el valor moral del literato, reside en la sinceridad, una de las prendas más nobles y más admirables. Y es, que lo no sincero, es signo repugnante de hipocresía y signo despreciativo de falsedad; la falta de sinceridad revela raquitismos de espíritu; y el artista ¡ha de mostrar un alma tan grande, un corazón tan sano, tan abiertamente generoso!

Y por eso, por eso mismo, ha triunfado una vez más nuestro amado *Quijote*. Porque si la obra es, como el alma visible del artista, aquí, la novela más universal y conocida nos refleja, como en un lago, las brillanteces solares, el alma grande y sincera de Cervantes. Leed, leed detenidamente

D. *Quijote de la Mancha*, y vuestra admiración hacia este libro irá en aumento al tropezar con párrafos llenos de ingenuidad y franqueza de pensamiento.

Sabido es, que para que un determinado género literario viva y crezca con vigorosa lozanía, es preciso que se identifique en un todo, con las aspiraciones y los deseos del público que ha de sancionarlo con su crítica, más ó menos erudita, pero natural, lógica, espontánea, inexorable.

Y he aquí la verdadera misión de *El Quijote*. ¿Que eran pocos los que pensaban como Cervantes? ¿Que los ataques y los anatemas contra la monomaniaca afición á los libros de caballerías, formaban minoría? Y ¡qué! ¿es que el escritor no se ha de imponer nunca al público? ¿es que las minorías no constituyen generalmente la más pura aspiración popular? Pero bien pensado no era tal minoría. Todo el mundo podía ver bien claramente las soberanas ridiculeces, las locuras, las exageraciones risibles de los caballeros andantes. El D. Quijote que nos pinta Cervantes en su obra, es de carne y hueso y va por esos mundos de Dios, como suele decirse, en busca de amorosas aventuras y desafíos descomunales; con el levantado propósito de *enderezar entuertos y desfacer agravios*; pero en una forma tan descabellada, tan fuera de sí, tan hiperbólica, que los rasgos de sublimidad se tornan súbitamente en interminables situaciones cómicas.

Y nada más que esto se propuso Cervantes: combatir y fustigar duramente, con una sátira bien pensada y bien dirigida, un vicio, una perturbación nacional. Por ello, se debe considerar el *Quijote* como una verdadera obra de arte moderno. Pues es el arte social—se dice en nuestros días—es el arte que canta las florecencias bellas de la vida y teje odios contra sus miserias y ruindades, el soberano, el único, el triunfador...

Como se ha prostituido tanto el verdadero sentido artístico, hoy, á impulsos del realismo y del naturalismo zolesco, la literatura, no solo patria sino extranjera, sigue un

rumbo, una dirección enteramente diferente del que siguió en tiempos antiguos y hasta modernos, con la escuela romántica. «¡La realidad, la realidad viviente; he aquí la regla, la ley casi única, que debe regular nuestros procedimientos literarios!» gritan los críticos con aire doctoral.

Y en efecto; todo se sacrifica en la actualidad y creemos debe sacrificarse en aras del realismo estético. Se quiere hacer del dramaturgo ó del novelista, un hábil y perfecto fotógrafo, que retrate la vida tal cual es, con pocas, muy pocas invenciones fantásticas.

Pues bien; todo esto, que hoy se pregona, ¿no lo vemos ricamente distribuido como los diamantes en un brazalete, en ese hermoso y riente libro que se llama *D. Quijote de la Mancha*?

ANGEL LUIS SIETEIGLESIA.

Alumno de 5.º curso.







Actualidad de «El Quijote»

PERMITIDME y perdonadme al mismo tiempo, ¡héroe de Lepanto, genio de los ingenios! que me atreva á dirigiros esta mi defectuosa composición ya que en ella no hallaréis más que un reflejo de buena voluntad y débil, aunque continuada defensa; para esto, sólo me limitaré á ser el eco de las teorías más fieles y verídicas que de vos se han expuesto y que á mi corto criterio creo más convenientes, para demostrar lo cierto del enunciado de mi trabajo aunque incompletamente por su difícil ejecución, que pide mucho espacio, sobrada inteligencia, madura reflexión y continuado esfuerzo, dotes de que relativamente carezco.

Muchas y repetidas veces, sin fundamento, se ha dicho que el manco de Lepanto, el héroe del ingenio español, Miguel de Cervantes, en su obra el Quijote, no combatía más que un fantasma, puesto que la andante caballería no existía en su tiempo. ¡Qué absurdo! ¡Qué desconocimiento de la naturaleza humana! ¡Qué olvido de las pasiones, de los achaques, de las artimañas, de las artes incomprensibles, artificios ocultos del corazón! ¡Cuánta envidia! que

diría el vulgo. ¡Miserias humanas! que dice un célebre autor.

Mas no obstante, seamos condescendientes, transijamos en que la caballería andante hubiera muerto ya en su época; transijamos también en la suposición de que Amadís de Gaula y Bernardo del Carpio y demás libros de caballería andante con sus romances no poblaran la débil inteligencia de toda la Europa; y aún más, supongamos que no la hubiesen poblado, muchos siglos después de la genial creación del Quijote: y suponiendo todo cuanto acabamos de exponer, ¿habría motivo para afirmar que el D. Quijote no iba paralelo con los grandes fines de razón, de conciencia, de historia depravada, de literatura decaída, de poesía vulgar? Antes de que me contestéis, solamente os diré, que esa obra no se escribió sólo para aquella época, sino á todo tiempo, que el protagonista no es natural de un pueblecillo de la Mancha, sea cual fuere, sino común á toda tierra, aquel hidalgo manchego, no es un tipo puramente español, sino del género humano, por tanto donde éste exista, existirá también aquél. Mas aún, descendamos ya á la vulgaridad, á la popularización de la obra y entonces no podremos hallar el fundamento de que el D. Quijote no tenía realidad en tiempos de su insigne autor, cuando la tiene entre nosotros, puesto que á cada momento exclamamos: «ese hombre es un Quijote; esa conducta es un quijotismo; esa rareza es una quijotada».

En efecto, examínese cada cual en su interior durante un instante; registre los secretos de su casa, porque indiscutiblemente toda casa tiene sus secretos, y diga después si le acude valor para afirmar que no lleva un Quijote de la Mancha, y más que de la Mancha, un Quijote dentro de su loca imaginación, de sus variadas costumbres, de su indomable temperamento, de sus fantásticas esperanzas, de sus innumerables antojos, de sus continuos delirios, de esa interminable posteridad de nuestra estirpe; de ese inmenso hospicio de nuestro dislocado deseo. De lo que fácilmente

se deduce que el libro de Cervantes, fué tan realidad en aquel siglo, en que se dió á la luz, como lo hubiera sido en el primer día de la creación, como lo es en nuestros días, como ha de serlo hasta las últimas horas del juicio final.

Y esto quiere decir (y no hay que darle vueltas), que cada romance tiene su D. Quijote, como cada D. Quijote tiene su romance, y que todos somos romances y Quijotes, en esos Quijotes y en esos romances de una caballería que no tiene fin. ¡Ah! Muchos serían los caballeros que andaban á caballo; ¡cuantos más no somos los caballeros que andamos á pie! Si fuera menester armarnos á todos, es bien seguro que todas las fábricas de la humanidad dando que hacer á sus inmensos hornos, no lograrán fundir los necesarios yelmos de Mambrino. No son Quijotes los que faltan en todos tiempos; lo que falta á la historia es un Cervantes que pinte con befa el mú tiple, el vario, el interminable Hidalgo Manchego de cada país y de cada siglo, romance fabuloso, infinito romance, que tiene un D. Quijote en cada casa, esceptuando alguna en que hay más de uno; y no decimos más de dos, por dar á esta pintura sus tintes más suaves, y por este motivo damos la mano á esta cuestión, mal que pese á nuestro codicioso deseo.

Encerrémonos por un instante dentro del inmortal libro de nuestro autor, como si fuese la redoma encantada del Marqués de Villena; observemos, á través de sus vidrios mágicos, lo que pasa en los aposentos interiores de nuestra guardilla, y es muy posible que exclamemos de buena fe: ¿Quién no tiene, quién no ha tenido, quién no tendrá una Teresa Panza, una Dulcinea de Toboso? ¿Quién no tiene un rocín, un Sancho, una insula Barataria, un castillo en el aire, un molino de viento? Acontece con el Quijote lo que con los libros de una grande santa; siendo la poesía que más se aparta de las costumbres de la vida común, es el más real y positivo de todos los poemas.

Mas no se crea que abrigamos la pretensión de reducir

en los espacios de la crítica el alma de Miguel de Cervantes ni la de su inmortal obra, porque á nadie es dado reinar en un reino que no esté limitado. Hay ciertos hombres que, más que criaturas humanas, son una profunda teología. Sí, admitidlo, hombres que, como el autor de un libro escrito en castellano en el siglo XVI son la teología de la Divina Providencia, una Divina Providencia que nunca dejó de revelarse en algún genio; vemos, pues, ya el nacimiento, el punto de partida de cómo poder expresar tanta realidad; pero es muy posible que Cervantes lo hiciera sin darse cuenta de lo que hacía, porque la inspiración equivale á una luz que alumbra sin quemar, pero que no sabe ni por qué alumbra ni por qué no quema. El alma del hombre es como la estrella del firmamento: brilla, pero no sabe el por qué de su brillo. ¡Misterios soberbios!

Hay tres autores que, subiendo por senderos distintos á la montaña del ingenio, llegaron juntos á la cúspide de la admiración de sus semejantes. Uno de ellos coge al mundo y lo redime con el dolor. Otro coge al mundo y lo redime con el espanto. Otro coge al mundo y lo redime con la befa. Un libro representa el infierno del llanto; otro el infierno del terror; otro el infierno de la risa. ¿Sabéis qué significa cierto autor del siglo XVI? Es un creador maravilloso que con la risa logró hacer un infierno. Una lágrima cae de los ojos de la humanidad, y se llama Divina Comedia; otra lágrima cae y se llama el teatro inglés; cae otra lágrima y se denomina D. Quijote. ¡Qué grande es el Dante! ¡Qué grande es Shakespeare! ¡Qué grande es Miguel de Cervantes Saavedra!

El retrato de su alma privilegiada se encuentra en sus escritos y en sus acciones. Impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente, dotado de juicio recto y clarísimo, de imaginación sin ejemplo en su fecundidad, pasó por el mundo como peregrino cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos

no le conocieron y le miraron con indiferencia, la posteridad le ha dado una compensación justa, pero tardía, porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó á su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad y que, haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilización que amaneció mucho después. No nos quejemos de nuestras miserias ni de nuestros quebrantos cuando abrigamos la ingratitud.

Dios tiene también sus alegrías, y esos tres genios son tres alegrías de Dios, que la humanidad no supo apreciar á tiempo; pues mientras Shakespeare yace en un soberbio monumento bajo las suntuosas bóvedas de Westminster, entre reyes y poderosos, Dante y Cervantes fueron enterrados por limosna, y yacen sepultados en el olvido, esperando á que sus semejantes les reconozcan como los más poderosos en genio. ¿Cuál es la causa de esta obstinación?... Aunque la supiéramos no la diríamos, por no dar cabida á las pasiones ruines, especialmente á la más ruin de todas las pasiones: la escuálida envidia.

FAUSTINO HERNÁNDEZ CASAJUANA,

Alumno de 5.º curso.







DIFICULTAD DE TRADUCIR EL "QUIJOTE,"

EN términos generales se puede afirmar que la dificultad de traducir un libro se halla en relación directa con su importancia literaria. Si el libro es una obra de ciencia, filosofía, derecho, etc., la traducción será posible, porque en él, el fondo domina sobre la forma y con tal que el pensamiento aparezca completo y diga cuanto quiso expresar el autor, podemos darnos por satisfechos. Pero en la obra literaria propiamente dicha ya no sucede así, porque aunque en ella puedan distinguirse aquellos dos elementos, la belleza característica de toda buena obra literaria, sólo surge de la perfecta compenetración y enlace del fondo y la forma.

La traducción de una obra literaria, necesariamente tropezará con dos clases de dificultades: unas que emanan del fondo ó idea, otras de la forma ó palabras con que el pensamiento se ha expresado. El pensamiento es tanto más fácil de traducir cuanto exprese ideas más generales, síntesis más completas, pensamientos más humanos, y por el contrario más difícil cuanto más se particularice, más se con-

crete, aspirando á pintar situaciones de ánimo sólo posibles en una persona, rasgos característicos de un país, de una clase, de un modo de ser especial de las cosas ó de las personas.

De igual modo la traducción en la forma es fácil si las palabras son las admitidas y usadas corrientemente en su acepción natural, si no tienen otro objeto que expresar un pensamiento común á la humanidad; más si, como con frecuencia ocurre en las obras literarias, la frase á más de ser forma cuantitativa del pensamiento, responde á exigencias eufónicas y á necesidades de sonoridad, entonces la dificultad se hace insuperable. Todas estas dificultades, todos estos inconvenientes se presentan agigantados hasta el punto de convertirse en imposibilidades al tratar de traducir á otro idioma nuestro inmortal *D. Quijote de la Mancha*. No basta, no, conocer el castellano y poseer bien el idioma á que se vierte; el *Quijote* es español, su alma, el alma española, su sentir y su hablar constituyen el fondo y la forma de un estado de la sociedad española en un momento tal vez el más importante de la historia patria. Aunque aparentemente el objeto del *Quijote* no fué más que ridiculizar los libros de caballería, exagerando sus efectos en cada una de las aventuras del protagonista, á nadie se puede ocultar que en él se hace un retrato de aquella sociedad del siglo XVI, principios del XVII, en que veladamente se hace la crítica de las instituciones políticas, religiosas, jurídicas, militares, etcétera, que la constituían. Menos mal mientras los personajes se mantienen á cierta altura y hablan de lo que es corriente y normal; pero tomará la palabra *D. Quijote*, alambicará sus enrevesados pensamientos, usará aquellas palabras que solo su extraviada mente ayudada del genio de Cervantes ha podido hablar, en el caudal inagotable de su vastísimo diccionario, utilizará todavía más y encontrará felizmente la palabra única posible que á un mismo tiempo pinte su estado de ánimo y sirva de hermoso contraste con la realidad, y entonces se verá la imposibilidad de que otro

idioma preste á D. Quijote la serie de matices necesarios para que el pensamiento de Cervantes halle forma adecuada. ¿Cómo, por ejemplo, traducir la carta de D. Quijote á Dulcinea?

Por otra parte entrará en escena el buen Sancho con su lenguaje figurado y de rondón ensartará una docena de refranes de imposible traducción por no existir equivalentes en otros idiomas y el traductor se verá obligado ó á suprimir párrafos enteros ó á desnaturalizar el pensamiento, desnaturalizando el personaje que es lo peor. Y sin necesidad de llegar á estos extremos, recordamos haber leído que en una versión del *D. Quijote* al traducir las palabras «Sancho se quedó haciendo pucheros», con las que se indica que se quedó llorando, el traductor tradujo *pucheros* por *ollas* y en una nota explicativa dijo: «en ningún otro sitio de la obra se dice que Sancho fuera alfarero».

Añadamos á estas dificultades las propias de los modismos españoles que tanto abundan en la obra y que constituyen el encanto de sus lectores y se comprenderá la verdadera imposibilidad de que los extranjeros puedan gozar nuestro libro en la medida que nos es dado á nosotros. Sólo los españoles podemos apreciar la belleza del lenguaje del D. Quijote, sólo nosotros podemos apreciar en su valor la armonía de aquella prosa que viene á constituir parte del carácter original de D. Quijote; sólo nosotros podemos estimar el valor de esa perfecta compenetración de espíritu y forma que constituyen la belleza literaria y que hacen del D. Quijote la joya de nuestra literatura.

Y que esto es así, un hecho reciente nos lo ha comprobado. Todos conocen la serie de artículos publicados por el Dr. Pulido sobre los judíos españoles. Recordarán que en su viaje por los estados Danubianos encontró un profesor judío de origen español que se mostró tan amante de España y entusiasta de nuestras cosas que se consideraba consolado de la muerte reciente de un hijo suyo, con la dicha de hablar con un español, por ser el primero que veía.

En la conversación que entre ambos medió se habló del Quijote y el judío se expresó en estos términos: Había leído el Quijote en una traducción que había llegado á sus manos, y aunque le había gustado el pensamiento y leído las originales aventuras del personaje, no comprendía la importancia que se daba al libro; pero la casualidad había hecho caer en sus manos un Quijote en castellano y se quedó tan sorprendido al leerlo, que creyó era un libro nuevo y sólo entonces pudo apreciar el valor inmenso de la obra de Cervantes.

En conclusión, pues, sería necesario para verificar una buena traducción del Quijote que el traductor poseyera á un tiempo su idioma y el nuestro con la perfección que Cervantes y con su talento: sólo así podría hallar las equivalencias precisas para reflejar el pensamiento en forma adecuada. De otra manera la traducción no será más que como se ha dicho: «un tapiz mirado al revés» y el traductor continuará siendo como dicen los italianos: *Traduttore, traditore*, esto es, que el traductor es un traidor al autor y á los lectores.

JOSÉ BÚRGUERA Y DOLZ DEL CASTELLAR,

Alumno de 6.º curso.



DISCURSO DE D. SATURNINO MILEGO

CATEDRÁTICO DE LENGUA Y LITERATURA CASTELLANAS





Muy Ilustre Señor,

SEÑORAS Y SEÑORES:

BIEN puedo recordar, en esta fiesta, algo de lo que dije, hace próximamente seis lustros, en una solemnidad análoga á la que hoy celebramos.

Afirmé entonces y repito ahora que hay nombres cuya sola pronunciación eleva nuestro espíritu y conmueve nuestra alma, en tales términos, que si el corazón es capaz de sentirlos, el pensamiento no sabe cómo expresarlos.

Esto ocurre con el de Miguel Cervantes Saavedra.

Tiene algo inexplicable que nos atrae, que nos seduce, que nos fascina.

Un movimiento involuntario nos obliga á inclinar la frente, con humildad respetuosa, cada vez que lo pronunciamos.

Ni la injuria de las edades, ni la malignidad de la envidia, han podido desfigurar ni obscurecer á «aquel hombre de agudo mirar y de tranquilo semblante que vigorizaba su esperanza á presencia del peligro, y siempre sereno, jamás desmayó en las humanas fatigas.»

Es que Cervantes, cuyo espíritu flota sobre el torbellino de las pasiones humanas y cuyo genio palpita en las entrañas de la sociedad de todos los tiempos, se nos ofrece como un coloso de la inteligencia, que penetrando con su mirada de águila los arcanos del porvenir, supo arrancar con su finísimo escalpelo los secretos más recónditos á nuestra flaca naturaleza.

No exijáis al corazón que late violentamente en el pecho, ni al alma saturada de fuertes emociones, la trabazón, el tejido coherente, el plan y la urdimbre que lleva en sí todo trabajo meditado y reflexivo.

Ni reclaméis tampoco ricas lucubraciones, emanadas de imaginación ardiente y soñadora, ni ecos de brillante fantasía, á quien, consagrado durante más de treinta años á la diaria labor pedagógica de la cátedra, apenas si le restan ya energías para otra cosa que para discurrir amigable y familiarmente con sus *amados discípulos* sobre cuestiones literarias, sin otra ambición que la de orientarles en aquellos estudios que ya el hidalgo manchego estimaba *menos útiles que delectables*, siquiera considerase á la poesía como «doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias».

Si las naciones son grandes por sus autores ilustres, y honrándolos se honran ellas mismas, la España de nuestros días cumple realmente un deber de dignidad y se rehabilita á los ojos del mundo civilizado al rendir sus homenajes al coloso de la literatura moderna, al esclarecido español que, siendo la admiración del mundo entero, estuvo olvidado, en su propia patria, durante más de su siglo.

19 de Octubre de 1547! ¡23 de Abril de 1616! He ahí dos fechas que encierran y compendian en síntesis dolorosísima la vida de Cervantes; del genio que, obligado á comer el pan con el sudor de su frente, nada tuvo que agradecer á los que disponían de los tesoros públicos y de los puestos oficiales; del genio á quien las muchedumbres adoran,

admira el mundo y la posteridad hace justicia; del genio cuyo nombre se repite con entusiasmo en todos los extremos del globo que ilumina la civilización, y no hay quien no simpatice con su pobreza, que es el más honroso timbre de una vida austera y siempre bien encaminada.

¡Inexcrutables misterios del designio! Cervantes fallece en la indigencia; Camoens rinde su ánimo en las salas de un hospital; Milton espira pidiendo limosna!...

¡Detrás de sus harapos brillaba, sin embargo, esplendorosa y refulgente, la aurora de la inmortalidad!

¡Qué contrastes! Cuando hay beneficios, pensiones y dádivas, hasta para los menos dignos; cuando se despilfarran gruesas sumas en ridículas empresas, Cervantes no encuentra puerta alguna para salir de su miseria: olvídanse sus servicios, menosprécianse sus méritos, y el que, en alas de su genio, llevará el nombre español á todos los confines de la tierra, gime desvalido y abandonado mientras se dilapidan las rentas, se acumulan los oficios y se encumbra la ruindad y el crimen...

«Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede la obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo», había dicho en el *cautivo de Argel*.

Ignórase la piedra que cubre su sepultura: no señala mármol alguno el paraje donde yace aquel puñado de tierra que un día engendró los sublimes partos de un talento soberano y gigante... ¡poco importa!; volvió el polvo al polvo, mas quedó lo que nunca muere: el alma que alienta en sus libros, el renombre que llena los ámbitos del mundo y se espacia por la inmensidad de la historia literaria.

Era natural que así aconteciese: el varón modesto que consagra su vida á la ciencia ó al arte, que cruza la tierra sin adquirir fama en el histrionismo de la política, que cierra su corazón á toda pasión desordenada y á toda concupiscencia de ostentación, baja al sepulcro como bajó Cervantes, reducido en la estrechez de austera mediocridad y olvidado por sus contemporáneos.

El momento histórico en que florece aquel gran genio era, por otra parte, el más á propósito para que se mirara con menosprecio al pundonoroso hidalgo á quien, tres siglos después, celebran las generaciones atónitas y avergonzadas de la conducta de las que les precedieron.

La altivez de España caminaba con pasos de gigante hacia su total ruina; una turba de gentes sin conciencia ni freno se enseñoreaba de las regiones del Gobierno, arrastrando por el lodo de la abyección más vergonzosa el santo nombre de la patria; la misma literatura solía servir los más reprobados fines, mientras se levantaban el mal gusto, la hinchazon y el artificio, tendiendo los escritores, no á elevar la condición de los públicos, sino á lucrar, halagando los errores y preocupaciones del vulgo.

Domina arriba la arbitrariedad y la sordidez; abajo el fanatismo y la ignorancia. Dándose la mano la hipocresía y la superstición, regían á su antojo una grey que creía en brujas y sortilegios, asistiendo con gusto á las quemas de herejes y poseídos y tolerando, sin atreverse á ponerles término, las liviandades de toda especie.

Cervantes no estaba ni podía estar de acuerdo con su tiempo: con indiferencia verdaderamente estóica escucha el atropellado rumor de los saraos que se sucedían en las aristocráticas mansiones del Prado; los escándalos palaciegos, amoríos criminales, dilapidaciones que arruinaban, duelos que ningún motivo honesto sancionó, todo, todo tenía que merecer la reprobación del autor del Quijote.

Por eso fué su crítica universal; alcanzaba á todos y á todo, lo mismo al grande y al poderoso que al humilde y necesitado; fija la posición de cada uno con admirable acierto; jamás lucha contra el sentido común; su profundidad llega hasta donde alcanza su genio, que es inmenso y tiene la difícil facilidad de lo sencillo y lo sublime.

Como artista pertenece Cervantes á su siglo, como pensador á la posteridad. Conocedor discreto del corazón humano, sabe herir sus más delicadas fibras y arrancarle

ecos profundos, sorprendiendo sus secretos. Educado en la ruda escuela de la desgracia, testifica una experiencia que encanta por la melancólica suavidad con que se impone.

Cervantes, discreto y prudente al lado de los soberbios, agudo y festivo sin atropellar la leyes del decoro y de la conveniencia, morigerado y sufrido, devora solo y en el mayor aislamiento las mortales ansias de sus acerbos postimerías.

Así son los genios: inmensos receptáculos donde se condensan las ideas, los dolores, las alegrías, las creencias y las esperanzas de toda una edad. Faros brillantes guían nuestras almas mostrándonos lo porvenir, huyendo de las tinieblas de lo que fué, irradiando resplandores luminosos á manera de aurora que anuncia toda nueva florescencia.

Homero, Esquilo, Dante, Tasso, Cervantes, Shakespeare, Molière, Fidias, el Giotto, Rafael, Murillo, según la expresión feliz de un crítico eminente, son flores terrenas que nutre la savia en su doble corriente histórica y contemporánea. Nacen á la luz en el momento en que debieron nacer; su aparición es inevitable fatalismo.

El genio anticipado llámase locura, excentricidad, extravagancia: sus obras triunfan sin embargo de la indiferencia, de la envidia y del odio, prolongándose á través de las generaciones.

El culto entusiasta que la inteligencia rinde al mayor escritor de España, es puro y elevado patriotismo, es admiración justísima, es desagravio muy propio al genio humillado y perseguido en vida, y para quien todo elogio es pequeño, toda alabanza corta y todo enaltecimiento pobre y raquítico.

¡Honor y gloria á Cervantes!

HE DICHO.



DISCURSO DE D. PEDRO ALIAGA

DIRECTOR DEL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO





SEÑORAS Y SEÑORES:

EL centenario de la impresión de un libro, preocupa y agita en estos momentos á todos los españoles y á muchos extranjeros. ¡Hecho singular que no tiene semejante en la Historia!

¿Qué libro es este que interesa á los sabios y á los ignorantes, á los pobres y á los ricos, á los jóvenes y á los viejos, que ha sido traducido á todas las lenguas, y que ha merecido la admiración de todos los pueblos? Es un libro publicado, hace tres siglos, por un pobre y oscuro soldado que peleó en Lepanto, fué cautivo en Argel, encarcelado como un criminal en su patria, desdeñado y escarnecido, que subió la áspera pendiente de la vida, atormentado por la pobreza y el abandono y terminó su larga existencia, rendido por los desengaños y la miseria.

Palpita en todo esto algo patético y misterioso que conmueve y asombra.

Este libro admirable y original, es todavía un misterio para la Filosofía y un arcano para la Literatura.

El *Quijote*, dice un poeta contemporáneo, es la desesperación de la crítica, y no es posible hablar de esta obra singular, sin una especie de entusiasmo, que se rebela contra toda idea de examen. Bowle afirma que su autor celebé-

rimo da honor y gloria, no solamente á su patria, sino al género humano.

Si tan elevado concepto merece á propios y á extraños, temeridad sería pretender juzgar este poema, ni menos querer penetrar en su misteriosa esencia.

Me limitaré modestamente á exponer la impresión individual de asombro, que me produce esta obra maravillosa.

Para mí el *Quijote*, es una producción admirable no clasificada todavía, en la que se ostenta el poder de una inventiva inagotable en la fábula, expresada con todos los primorosos matices del estilo; brillante y solemne, sin hinchazón ni pedantería, regocijado y burlesco sin bajeza, satírico, sin hiel ni ensañamiento; que recrea y conmueve, que hace reír y hace meditar.

Analiza con tan singular penetración el corazón humano, que retrata al hombre y á la humanidad entera. Y aunque es obra genuinamente española, su influencia trasciende á toda la especie humana, ofreciéndole la norma de la conciencia recta, el código del buen gusto literario y los preceptos de la más pura moral.

El *Quijote*, además, fijó el habla castellana, que no puede perderse; porque no puede desaparecer ni caer en olvido obra tan extraordinaria. Y como el lenguaje es el verdadero nexo que forma las naciones y engendra y cristaliza el alma colectiva de los pueblos, la raza española tiene asegurada para siempre un lugar preeminente en la Historia de la humanidad.

Bien merece obra tan grandiosa el homenaje que en este centenario se le tributa.

Y el Instituto de Valencia ha venido aquí á celebrar esta solemne sesión, para dar también realce á estas fiestas, y ya veis la brillantez con que lo ha realizado.

Estos jóvenes alumnos, casi niños, acaban de dar gallarda muestra de sus conocimientos y de su buen gusto literario. Han demostrado que conocen, no sólo el *Quijote*, sino también la significación de los libros de caballería, el

valor artístico y didáctico de este poema sin igual; que han penetrado el sentido simbólico de la fábula, y que han juzgado con rara penetración su sabia moral; y tan familiarizados están con esta obra, que uno de los alumnos ha tenido la idea original de medir las dificultades que ofrece la traducción del *Quijote*.

No se han leído todos los trabajos presentados, por no permitirlo la premura del tiempo; pero me prometo imprimirlos todos, para que sepa Valencia, los frutos que se obtienen en la enseñanza en este Instituto, y cómo se educa é instruye á los alumnos.

Nada he de decir de los discursos pronunciados, primero por el Sr. Calatayud y después por el Sr. Milego, en los que con tanta elocuencia y erudición tratan: el primero, de la pobreza de Cervantes, y el segundo, de la personalidad de este autor y de su obra.

Veteranos en las lides literarias, tienen ya hecha su reputación, en sus obras y en sus discursos, como literatos y escritores. Pero en esta ocasión se ha hecho público y patente, que poseen, además, relevantes dotes como maestros asiduos y perseverantes, mostrándose, en los frutos de su labor docente, á la altura de su envidiable reputación.

Para terminar, dirigiré á los jóvenes alumnos una última reflexión, sugerida por el saludable entusiasmo que ha despertado este centenario.

El positivismo moderno tiende, en nuestros días, á avasallar no sólo la ciencia, sino también la moral y la estética.

Contra esta tendencia demoledora debemos prevenirnos, restableciendo en su justa medida los antiguos idealismos. Y á esta noble empresa prestará poderosa ayuda la obra que hoy celebramos.

Leed el *Quijote*, asimilad su doctrina y en sus máximas encontraréis el buen gusto literario, la disciplina de vuestra conciencia y el código de vuestra moral.

HE DICHO.



ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
DISCURSO DE D. VICENTE CALATAYUD: La pobreza de Cervantes.	11
COMPOSICIONES LEÍDAS POR LOS ALUMNOS DE GRAMÁTICA: Alonso Quijano el Bueno..	31
¡A Cervantes!	39
Al Príncipe de los ingenios, D. Miguel de Cervantes Saavedra.	45
Diálogo entre Babiaca, caballo del Cid, y Rocinante, caballo de D. Quijote..	49
La literatura extranjera y el «Quijote»..	55
Carácter moral de D. Quijote y Sancho..	59
Consideraciones sobre Cervantes y el «Quijote»..	63
TRABAJOS DE LOS ALUMNOS DE HISTORIA GENERAL DE LA LITERATURA: Biografía de Cervantes..	71
A Cervantes..	77
Vida y Obras de Cervantes..	79
A Cervantes..	87
Discusión sobre el lugar del nacimiento de Cervantes..	89
Cervantes como militar..	93
¡Lepanto!..	99
A Cervantes..	103
Cervantes en su cautiverio..	105
Muerte de Cervantes..	109
Novelas ejemplares..	113
La Gitanilla..	119
La Tía fingida..	127
D. Quijote y los libros de caballería..	135
Estudio comparativo del «Quijote» de Cervantes y el de Avelaneda..	139
Lo cómico en el «Quijote»..	149
La poesía en el «Quijote»..	165
¿Qué es el «Quijote?»..	175
El ideal de D. Quijote..	179
La sociedad de Cervantes: D. Quijote y Sancho..	181
Sentido oculto de el «Quijote»..	187
Valor didáctico del «Quijote»..	203
El «Quijote» como verdadera obra de arte moderno..	209
Actualidad de el «Quijote»..	215
Dificultad de traducir el «Quijote»..	221
DISCURSO DE D. SATURNINO MILEGO, Catedrático de Lengua y Literatura castellanas..	227
DISCURSO DE D. PEDRO ALIAGA, Director del Instituto General y Técnico..	235